
3 1761 08714022 4


UNIVERSITY OF TORONTO
VELUT ARBOR ÆVO

V. Blasco Ibáñez

FLOR DE MAYO

(NOVELA)

VALENCIA

1896



M. Milton A. Buchanan.
Madrid 1903

French trans. de 737 B. Rurali. — and afterwards
& G. Raynal Les Annales 1907 No. 1270.

FLOR DE MAYO

Al Sr director del
"Heraldo"

El autor

BIBLIOTECA DE EL PUEBLO

Vicente Blasco Ibáñez

FLOR DE MAYO

NOVELA



VALENCIA
IMPRENTA DE «EL PUEBLO»
Don Juan de Austria, 14.
1895



FLOR DE MAYO

I

Al amanecer cesó la lluvia. Los faroles de gas reflejaban sus inquietas luces en los charcos del adoquinado, enrojecidos como regueros de sangre, y la accidentada línea de tejados comenzaba á dibujarse sobre el fondo ceniciento del espacio.

Eran las cinco. Los vigilantes nocturnos descolgaban sus linternas de las esquinas, y golpeando con fuerza los entumecidos pies, se alejaban después de saludar con perezoso *¡bon día!* á las parejas de agentes encapuchados que aguardaban el relevo de las siete.

A lo lejos, agrandados por la sonoridad del amanecer, desgarraban el silencio los silbidos de los primeros trenes que salían de Valencia; en los campanarios, los esquilones llamaban á la misa del alba, unos con voz cascada de vieja afóni-

ca, otros con inocente balbuceo de niño, y repetido de azotea en azotea, vibraba el canto del gallo con su estridente entonación de diana guerrera.

En las calles, desiertas y mojadas, despertaban extrañas sonoridades los pasos de los primeros transeuntes. Por las puertas cerradas escapábase, á través de las rendijas, misteriosa calma: algo semejante á la respiración de todo un pueblo en las últimas delicias de un sueño tranquilo.

Aclarábase el espacio lentamente, como si allá arriba fuesen rasgándose una por una las innumerables gasas tendidas ante la luz. Penetraba en las encrucijadas, hasta en los últimos rincones, una claridad gris y fría, que sacaba de la sombra los pálidos contornos de la ciudad; y como esfumado paisaje de linterna mágica que en el foco de luz brumosa fija lentamente sus perfiles, aparecían las fachadas mojadas por el aguacero, los tejados brillantes como espejos, los aleros destilando las últimas gotas y los árboles de los paseos, desnudos y escuetos como escobas, sacudiendo su invernal ramaje, con el tronco musgoso destilando humedad.

La fábrica del gas lanzaba sus postreros estertores, cansada del trabajo de toda la noche. Los panzudos gasómetros

caían con desmayo entre sus férreos tirantes como estómagos fatigados por la nocturna indigestión, y la colosal chimenea de ladrillo lanzaba en lo alto sus últimas bocanadas negras y densas, que se esparcían por el espacio con caprichoso serpenteo, cual un borrón resbalando sobre una hoja de papel gris.

Junto al puente del Mar, los empleados de consumos paseaban por librarse de la humedad, escondiendo la nariz en la bufanda; tras los vidrios del fielato, los escribientes recién llegados mostraban sus soñolientas cabezas.

Esperaban la entrada de los vendedores, chusma levantisca educada en el regateo y agriada por la miseria, que por un céntimo soltaba la compuerta á su caudal inagotable de injurias, y antes de llegar á sus puestos del mercado sostenía un sinnúmero de riñas con los representantes de los impuestos.

Ya habían pasado en la penumbra del amanecer los carros de las verduras y las vacas de leche con su melancólico cencerreo. Sólo faltaban las pescaderas, aquel rebaño revuelto, sucio y pingajoso que ensordecía con sus gritos é impregnaba el ambiente con el olor de pescado podrido y el aura salitrosa del mar, que parecía conservarse entre los pliegues de sus zagalejos.

Llegaron cuando ya era de día, y la luz cruda y azulada de una mañana de invierno recortaba vigorosamente todos los objetos sobre el fondo gris del espacio.

Oíase, cada vez más próximo, un indolente cascabeleo. Una tras otra fueron entrando en el puente del Mar cuatro tartanas, arrastradas por horribles jamelgos, que parecían sostenerse por los tirones de riendas de los tartaneros, encogidos en sus asientos y con el tapabocas arrollado hasta los ojos.

Eran verdaderos ataúdes, que saltaban sobre los baches como barcos viejos y despanzurrados á merced de las olas. El encorvado toldo con el cuero agrietado y tremendos rasgones, por donde asomaba el armazón de cañas; pegotes de pasta roja cubriendo las goteras; el herraje roto y chirriante, atado con hilos; las ruedas, guardando en sus capas de suciedad el barro del invierno anterior, y todo el carruaje, de arriba á abajo, hecho una criba, como si acabase de sufrir las descargas de terrible emboscada.

En la parte anterior lucían, como adorno coquetón, unas cortinillas de rojo desteñido, y por la abertura trasera mostrábanse revueltas con los cestos las señoras de la Pescadería, arrebujadas en sus mantones de cuadros, con el pañue-

lo apretado en las sienes, apelotonadas unas con otras y dejando escapar aquel vaho nauseabundo de marisma corrompida que alteraba el estómago.

Así iban adelantando las tartanas en perezosa fila, cabeceando, inclinadas á un lado, como si hubiesen perdido el equilibrio, hasta que de pronto, en el primer bache, se acostaban sobre la otra rueda con la violencia de un enfermo fatigado que muda de posición.

Detuviéronse ante el fielato y fueron descendiendo por sus estribos zapatos en chancla, medias rotas mostrando el sucio talón, y faldas recogidas que dejaban al descubierto los zagalejos amarillos con negros arabescos.

Alineábanse ante la báscula los cestones de caña, cubiertos con húmedo trapo, que dejaba entrever el plomo brillante de la sardina, el suave bermellón de los salmonetes y los largos y sutiles tentáculos de las langostas, estremecidas por el estertor de la agonía. Al lado de las cestas, las piezas mayores; los meros de ancha cola, encorvados por la postrera contracción, con fauces circulares desmesuradamente abiertas, mostrando la obscura garganta y la lengua redonda y blancuzca como una bola de billar; y las rayas, anchas y aplastadas, caídas en el

suelo como un trapo de fregar húmedo y viscoso.

La báscula estaba ocupada por unos panaderos de las afueras, guapos mozos, con las cejas enharinadas, cuadrado mandil y brazos arremangados, descargando sobre el peso sacos de pan caliente y oloroso que parecía esparcir una fragancia de vida en el ambiente nauseabundo del pescado. Y aguardando su turno, las pescaderas charlaban con los empleados y los papanatas que contemplaban embobados los grandes peces. Otras iban llegando á pie, con cestas en la cabeza y en cada brazo, engrosando el grupo; y la línea de banastos extendíase hasta cerca del puente.

Los empleados enfadábanse ante la insolente algarabía de aquellas malas pécoras que les aturdían todas las mañanas.

Hablábanse á gritos, mezclando entre cada palabra ese inagotable repertorio de interjecciones que únicamente se adquiere en un muelle de Levante; al verse juntas recrudecíanse los resentimientos del día anterior, la cuestión sostenida al amanecer en la playa; contestábanse los insultos con soeces ademanes; acompañábanse las palabras con cadenciosas palmadas en los muslos ó enarbolando las manos con expresión amenazante; y

á lo mejor, estos furores trocábanse en risas, que parecían el cloquear de todo un gallinero, si es que á alguna se le ocurría una frase capaz de hacer mella en aquellos paladares fuertes.

La tardanza de los panaderos en dejar libre la báscula enardecíalas; llovían insultos sobre aquellos mocetones, que no se mordían la lengua; y en el derroche de indecencias que se cruzaban con acompañamiento de amigables risas, enviábanse á tocar lo otro y lo de más allá, barajando con inocente tranquilidad las blasfemias más monstruosas con los distintivos del sexo.

En aquel hervidero de risotadas é insultos, la que llamaba la atención era Dolores la *del Retor*, una buena moza mejor vestida que las otras, que se apoyaba con cierta negligencia en una pilastra del fielato, con los brazos atrás, arqueando la robusta pechuga y sonriendo como un ídolo satisfecho cuando algún hombre se fijaba en sus zapatos de amarillo cuero y el soberbio arranque de sus pantorrillas, cubiertas con medias rojas.

Era una morena cariancha, con el rubio y alborotado pelo como una aureola en torno de la pequeña frente; ojos verdes que tenían la obscura transparencia del mar, y en los cuales, en ciertos

momentos, reflejábase la luz, haciendo brillar un círculo de puntos dorados.

Reía como una loca, entreabriendo sus mandíbulas poderosas de muchacha de sólida osamenta; y sus labios carnosos de un rojo tostado, mostraban al entreabrirse una dentadura igual, fuerte y tan brillante, que parecía iluminar su cara con pálida claridad de marfil.

Guardábanla consideraciones como á moza de buenos puños é insolencia agresiva. Influía además en tal respeto el ser mujer de Pascualo *el Retor*, un buenazo que la obedecía en todo y no chistaba dentro de casa, pero que fuera, en el mar, sabía ganarse la vida mejor que nadie, y tenía, según opinión general, un *gato* enorme de duros oculto en los pucheros de la cocina; todo ganado, peseta por peseta, en pescas afortunadas.

Por esto se daba ella sus airecillos de reina entre aquella turba desvergonzada y miserable de la Pescadería, y apretaba los labios con satisfacción cuando admiraban sus pendientes de perlas y los pañuelos de Argel ó los refajos de Gibraltar regalados por *el Retor*.

Unicamente tratábase de igual á igual con cierta tía suya, la *agüela Picores*, una veterana de la Pescadería, enorme, hinchada y bigotuda como una ballena, que hacía cuarenta años tenía ate-

rrados á los alguaciles del Mercado con las miradas de sus ojillos insolentes y las palabrotas de aquella boca hundida, centro al que convergían como rayos todas las arrugas de su cara.

—*¡Recristo! ¡Cuánt acabeu!* —gritó Dolores con los brazos en jarras, dirigiéndose á los panaderos.

Y éstos, que ya retiraban de la báscula su último saco, contestaban con soeces bromas á aquellas mujeres que, con las manos cruzadas bajo el delantal, lo que aumentaba el volumen de sus vientres, presentaban un aspecto grotesco.

Comenzó el peso del pescado: surgieron las riñas de todos los días sobre á cuál le tocaba ir delante. Amenazábanse sin llegar nunca á las manos; la tía *Picores* intervenía con su vozarrón cascado, que disparaba los insultos como cañonazos; pero Dolores no atendía y dejaba pasar su turno, mirando fijamente al puente, por encima de cuyas barandas veíase avanzar apresuradamente el busto de una rezagada con los brazos en jarras, encorvada bajo el peso de las cestas.

La buena moza reía con expresión diabólica, y cuando aquella mujer estaba ya cerca del fielato, rompió en una carcajada insolente, tocando en un brazo á la *agüela Pícores*.

¡Mírela, tía! ¡Siempre llegaba tarde! ¡Claro!, ¡con aquella pachorra!... Cualquier día iba á caérsele lo que lleva bajo el delantal.

Aquella mujer palideció, y con ademán de cansancio dejó en el suelo las pesadas cestas.

Miraba á Dolores con expresión de odio, como si á su vista renaciesen terribles resentimientos, y las dos se medían de arriba á abajo con ojos iracundos.

Dolores se pasaba una mano por bajo la nariz, aspirando con fuerza, como si tomara rapé.

Podía sentarse. Debía estar cansada y chorreando, por la caminata.

Estos insultos á media voz irritaron á la rezagada.

¿Sentarse? ¿Habrase visto desvergonzada? Ella no podía gastar tartana, pero iba á pie con remuchísima honra: no era como otras que engañaban al marido, dándose buena vida.

¿Por quién decía eso?... ¿Por ella?

Y la insolente pescadera, con los hermosos ojos verdes moteados de oro por la ira, avanzó algunos pasos. Pero allí estaba la tía para intervenir, agarrándola con sus arrugadas manazas.

Acababan de pesar sus cestas. Ella no quería líos ni escándalos. ¡A la tartana! Que se matasen otro rato. Ahora

era ya tarde, y en la Pescadería aguardaban los compradores. ¡Mirad que les estaba bien, siendo cuñadas!

Y empujando á Dolores con el blanducho vientre, la condujo á su tartana, donde ya estaban las cestas y las otras pescaderas.

La buena moza se dejaba conducir como una niña, pero le temblaban los labios; y al mover el destartalado carromato, lanzó la última amenaza.

—*Tú, Rosario; ya es vorém.*

¿Verse? Cuando ella quisiera. No tardarían mucho.

Y Rosario, mujercita flaca y nerviosa, temblaba también de ira; sus pobres brazos levantaron como si fuesen una paja los pesados cestos que tanto la habían abrumado, arrojándolos con fuerza sobre la báscula.

Comenzaba el día en la ciudad. Pasaban los tranvías repletos de madrugadores; trotaban por parejas los caballos del relevo, dirigidos por muchachos que los montaban en pelo, y por ambos lados del camino desfilaban á la conquista del pan los rebaños de obreros, todavía adormecidos, camino de las fábricas, con el saquito del almuerzo á la espalda y la colilla en la boca.

Rasgábase en densos girones el vapor gris que entoldaba el espacio, y el sol

hacía su aparición triunfal como deslumbrante custodia, casi á ras del suelo, convirtiendo en oro líquido los charcos de lluvia y reflejándose en las fachadas de las casas con rojizo fulgor de incendio.

En las calles comenzaba el movimiento. Iban por las aceras con paso ligero las criadas con sus blancas cestas; los barrenderos amontonaban el barro de la noche anterior; andaban por el arroyo con lento cencerreo las vacas de leche; abríanse las puertas de las tiendas, empavesándose con multicolores muestras, y en su interior sonaba el áspero roce de las escobas arrojando á la calle nubes de polvo, que adquiría una transparencia de oro al filtrarse entre los rayos del sol.

Cuando las tartanas llegaron á la Pescadería acudieron solícitas las viejas mandaderas á descargar las cestas, ayudando á bajar con servil respeto á las que su miseria hacía considerar como señoras.

Fueron entrando una tras otra, arrebujadas en su mantón, por aquellas puertas angostas, obscuras como rastrillos de cárcel: bocas fétidas que exhalaban el húmedo tufo de la Pescadería.

Ya estaba el mercadillo en movimiento. Bajo los toldos d[illegible]nc, que to-

davía goteaban la lluvia de la noche anterior, iban las vendedoras vaciando sus cestas en las mesas de rojo mármol, alineando los peces sobre un lecho de verdes espadañas. Las enormes rodajas de los grandes pescados mostraban su carne sanguinolenta; salía de los toneles el *género* del día anterior, conservado entre hielo, con sus ojos turbios y sus flácidas escamas; y la sardina amontonábase en democrática confusión junto al orgulloso salmonete y á la langosta de obscura túnica, que agitaba sus tentáculos como si diese bendiciones.

Otras vendedoras ocupaban el lado opuesto del mercadillo. Mujeres vestidas de igual modo que las pescaderas del Cabañal, pero de aspecto más mísero, de rostro más repulsivo.

Eran las pescaderas de la Albufera; las mujeres de ese pueblo extraño y degradado que vive en la laguna sobre las barcas chatas y negras como ataúdes, entre espesos cañares, en chozas hundidas en los pantanos, y que en las fangosas lagunas encuentra la subsistencia. Eran las hembras de la miseria, con el rostro curtido y terroso, los ojos animados por el extraño fulgor de eternas tercianas y oliendo sus ropas, no al salobre ambiente del mar, sino al tufo del légamo de las acequias, á aquel barro infecto de la la-

guna que al moverse despide la muerte.

Vaciaban sobre las mesas enormes sacos que palpitaban como seres vivientes, arrojando por sus bocas la rebullente masa de las anguilas contrayendo sus viscosos y negros anillos, enroscándose por la blancuzca tripa é irguiendo su puntiaguda cabeza de culebra.

Junto á ellas caían inanimados y blanduchos los pescados de agua dulce; las tencas de insufrible hedor, con sus extraños reflejos metálicos, semejantes á los de esas frutas tropicales de obscuro brillo que encierran el veneno en sus entrañas.

Entre aquellas míseras mujeres existían también categorías, y algunas más infelices sentábanse en el suelo húmedo y resbaladizo, entre las filas de mesas, ofreciendo largos juncos, en los que estaban ensartadas las ranas, patiabiertas y con los brazos levantados como bailarinas desnudas.

La Pescadería entraba en movimiento. Comenzaba la afluencia de los compradores, y entre las vendedoras cruzábanse señas misteriosas, gritos de un caló especial que avisaban la llegada de algún alguacil y que hacían desaparecer con rapidez de prestidigitación bajo los delantales y zagalejos, las libras cortas de peso.

Con viejas y mohosas navajas iban abriendo el plateado vientre de los pescados; caían las hediondas entrañas bajo los mostradores, y los perros vagabundos, después de husmearlas, lanzaban un gruñido de asco, huyendo hacia los inmediatos pórticos, donde estaban los puestos de los carniceros.

Las pescaderas, que una hora antes se amontonaban amistosamente en la misma tartana ó ante la báscula del fielato, mirábanse desde sus mesas con hostilidad, cruzando provocativas ojeadas cada vez que se arrebataban un parroquiano.

Una atmósfera de lucha, de ruda competencia, se extendía por el lóbrego mercadillo, que rezumaba humedad y hedor por todas sus baldosas. Gritaban las pescaderas con voces desgarradoras; golpeaban sus sucias balanzas para atraer compradores, invitándoles con palabras cariñosas, con ofrecimientos maternales; y momentos después, las bocas melosas convertíanse con el regateo en orificios de retrete, que arrojaban la inmundicia del lenguaje sobre el rebelde parroquiano, con acompañamiento de insolentes carcajadas de todas las vendedoras, unidas con instintiva solidaridad para insultar al comprador.

La *tía Picores* mostrábase majestuo-

sa en la alta poltrona, con su blanducha obesidad de ballena vieja, contrayendo el arrugado y velloso hocico y mudando de postura para sentir mejor la tibia caricia del braserillo, que hasta muy entrado el verano tenía entre los pies, lujo necesario para su cuerpo de anfibio, impregnado de humedad hasta los huesos. Sus manos amoratadas no estaban un momento quietas. Una picazón eterna parecía martirizar su arrugada epidermis, y los gruesos dedos hurgaban en los sobacos, se deslizaban bajo el pañuelo hundiéndose en la maraña gris, y tan pronto hacían temblar con sus tremendos rascuñones el enorme vientre que caía sobre las rodillas cual amplio delantal, como con un impudor asombroso, remangábase la complicada faldamenta de refajos para pellizcarse en las hinchadas pantorrillas.

Tenía de antiguo sus parroquianos, y no se esforzaba gran cosa en atraer nuevos compradores; pero gozaba diabólicamente cuando torciendo el ceño podía escupir alguna terrible palabrota á aquellas señoras regatonas que acompañaban á sus criadas en el mercado.

Su vozarrón cascado era siempre el que decía la última palabra en las disputas de la Pescadería, y todas reían sus chistes horripilantes, las sentencias de

filosofía desvergonzada que pronunciaba con aplomo de oráculo.

Frente á ella vendía su sobrina Dolores, arremangados los hermosos brazos, jugueteando con los brillantes y dorados platos de su balanza, mostrando su deslumbrante dentadura con sonrisa coquetona á todos los parroquianos, buenos burgueses que hacían la compra por sí mismos y que acudían con el limpio capazo ribeteado de rojo, atraídos por la gracia de aquella buena moza.

Separada de la *tía Picores* por dos mesas, estaba Rosario ocupada en arreglar su pescado de modo que el más fresco quedase á la vista.

Las dos cuñadas se veían frente á frente. Torcían el gesto afectando desprecio; volvíanse las espaldas, pero sus miradas buscábanse para cruzarse con expresión iracunda.

Faltaba el pretexto para entablar el diario combate, y pronto lo hubo, cuando la soberbia moza, con sus sonrisas y repiqueteos de balanza, se atrajo á un parroquiano que estaba en regateos con Rosario.

¿Podía sufrirse tanto? ¡Miren la mala piel! A una mujer honrada le quitaba sus más antiguos parroquianos ¡Ladrona, más que ladrona!

Y Rosario, la mujercilla enjuta, ner-

viosa y enfermiza, encrespábase como un gallo flaco, con las huesudas mejillas lívidas de rabia y los ojos brillantes de fiebre.

¿Y la otra?... Había que verla haciéndose la reina, sorbiendo viento con su nariz corta y graciosa... ¿Quién era ladrona? ¿Ella?... No te irrites tanto, hija mía. Allí todas se conocían, y la gente sabía quién era cada una.

La Pescadería se animaba. Las vendedoras comunicábanse su entusiasmo con maliciosos guiños, y olvidando la venta avanzaban el busto sobre sus pescados para ver mejor. Los compradores formaban grupos y sonreían complacidos por el espectáculo; un alguacil que acababa de entrar en el mercadillo, escurríase prudentemente como hombre experto, y la *tía Picores* miraba á lo alto, como escandalizada por aquella rivalidad que no tenía término.

Sí, una ladrona,—continuaba Rosario.—Bien público era. Tenía la manía de quitarle todo lo suyo. Se lo podía probar. En la Pescadería le robaba los parroquianos, y allá en el Cabañal le robaba otra cosa... otra cosa; ya la entendía ella... ¡Como si la gran mala piel no tuviese bastante con su *Retor*, un *lanudo* más ciego que un topo, incapaz de saber dónde tenía la frente!

Pero aquel vómito de insultos no conseguía desvanecer la calma desdeñosa de Dolores. Veía como todas apretaban los labios para contener la risa que las causaban las alusiones á ella y á su marido, y por lo mismo se mostraba serena, no queriendo divertir á la Pescadería.

—*¡Calla, loca!*—decía con acento despreciativo.—¡*Calla, envechosa*!

¿Envidiosa ella? ¿Y de quién? ¿De una *tirada* que tenía la peor fama en el Cabañal? Muchas gracias; ella era una mujer honrada, incapaz de quitarle á ninguna su hombre.

Y á continuación la desdeñosa respuesta.

¿Qué has de quitar tú?... ¿Con esa cara de sardina?... Eres demasiado fea para eso, hija mía.

Y así seguía el tiroteo de insultos; Rosario, cada vez más lívida, enarbolando al hablar sus manos crispadas, y la otra puesta en jarras, soberbia y sonriente, como si por su fresca boca saliesen lindezas.

Una fiebre belicosa invadía el mercadillo. Habíanse formado grupos en las puertas, y todas las vendedoras echaban fuera de las mesas sus bustos de furias desgreñadas, chasqueando las lenguas como si azuzasen perros, celebrando con carcajadas las cínicas respuestas de Do-

lores y golpeando las balanzas con las pesas para acompañar con metálico *retintín* aquella rociada de insultos.

La buena moza apeló á su supremo argumento de desprecio.

—*¡Mira!... ¡Parla en este!*

Y volviéndose de espaldas con vigorosa rabotada, dióse un sonoro golpe en las soberbias posaderas, temblando bajo el percal la enorme masa de robusta carne con la firme elasticidad de los cuerpos duros.

Aquello tuvo un éxito loco. Las pescaderas caían en sus asientos, sofocadas por la risa; los tripicalleros y atuneros de los puestos cercanos, formados en grupo, sacaban las manos de los mandiles para aplaudir, y los buenos burgueses, olvidando su capazo de compras, admiraban aquellas curvas atrevidas de tan sonora robustez.

Pero su triunfo duró poco. Al volver el sonriente rostro recibió en los ojos y las narices dos puñados de sardinas que le arrojó Rosario, ciega de furor.

¿A ella tal insulto? Que saliera aquel pendón; quería verle la cara.

Y Dolores se echó fuera de su puesto, remangándose aun más los brazos, con los ojos moteados por el extraño fulgor de sus puntos de oro.

Allá iba la otra. Con la cabeza baja,

mascullando las más atroces palabrotas, temblando de pies á cabeza por la rabia y atropellando á cuantos intentaron detenerla.

Se agarraron en medio de aquel pasadizo de suelo húmedo y pegajoso que había entre las dos filas de mesas.

La mujercita nerviosa y débil chocó con ímpetu contra la buena moza sin lograr abatirla.

Eran el nervio chocando contra el músculo; la ira azotando á la fuerza, sin causarla la menor conmoción.

Dolores esperó á pie firme, acogiendo á su rival con una lluvia de bofetadas que enrojecieron lívidamente las enjutas mejillas de Rosario; pero de pronto lanzó un alarido, llevándose ambas manos á una oreja.

Por entre los dedos brotaban hilillos de roja sangre.

¡Ah, la grandísima perra! Le había desgarrado la oreja tirando de uno de aquellos pendientes de gruesas perlas que admiraba la Pescadería entera.

¿Era aquello un modo digno de reñir? ¿No resultaba propio de quien tiene el alma atravesada? En la galera estaban muchas con menos motivo.

Y la hermosa pescadera lloriqueaba, agarrándose la oreja con graciosa expresión de niña dolorida.

El choque sólo había durado unos segundos.

Dos manotadas de la *tía Picores* bastaron para separar á las feroces combatientes; y mientras la vieja increpaba á Rosario, que estaba pálida y como asustada por lo que había hecho, un grupo de pescaderas consolaba á Dolores y la contenían, pues la gallarda moza, al sentir los agudos pinchazos del desgarrado lóbulo, intentaba arrojarse sobre su enemiga.

Por encima del gentío asomaban los kepis de los municipales, pugnando por abrirse paso.

Todas á sus puestos y *mutis*. No era cosa de dar gusto á aquellos vagos para que las fastidiasen con citaciones y juicios. Allí no había pasado nada.

Dolores se encontró la cabeza cubierta por un pañuelo de seda que le tapaba la ensangrentada oreja; las pescaderas ocuparon sus mesas con cómica gravedad, pregonando el pescado á todo pulmón, y los municipales fueron de puesto en puesto entre aquella algarabía infernal, sin merecer otra contestación que airadas palabras.

¿Qué buscaban allí? En otra parte estaba su ocupación. Allí no había ocurrido nada. Siempre acudían á donde no les llamaban.

Y tuvieron que salir de la Pescadería con las orejas gachas, perseguidos por el vozarrón cascado de la *tía Picores*, indignada ante la oficiosidad de aquellos mequetrefes y por el irónico retintín de las balanzas, que parecían darles una cencerrada.

Se restableció la calma. Las pescaderas sólo pensaron en sus parroquianos. Rosario quedó erguida en su asiento, con los brazos cruzados, la mirada torcida é inmóvil, sin preocuparse de vender, como una esfinge irritada, marcándose cada vez más en sus mejillas las huellas violáceas de las bofetadas recibidas; mientras, Dolores, volviéndola la espalda, hacía esfuerzos por contener las lágrimas que la arrancaba el dolor.

La *tía Picores* mostrábase preocupada, hablando en voz alta, como si sostuviera un diálogo con los yertos pescados que tenía delante. ¿Pero iban á estarse así aquellas arrastradas toda la vida? ¿Siempre mátame ó te mataré?... Y todo por cuestión de hombres... ¡Animales! Como si no los hubiera de sobra en este mundo. Ella había de evitarlo; vaya si lo evitaría. Y si se resistían, las emprendería á bofetadas, que para ello la sobraban agallas.

A las once se zampó el almuerzo que le trajo la mandadera; un rollo de pan

moreno con dos chuletas chorreando, que despachó en unos cuantos bocados; y después, limpiándose con el mugriento delantal la profunda estrella de arrugas, que relucía con la grasa, fué á plantarse ante la mesa de su sobrina, sermoneándola agriamente.

Aquello se había de arreglar. No le gustaba que la familia fuese en lenguas, dando que reir á toda la Pescadería. ¡Se había de arreglar! ¿Entiendes? Ella tenía empeño; y cuando ella se empeñaba en algo, se hacía por encima de la cabeza de Dios, aunque tuviera que ir á bofetadas con medio mundo. Bonita era cuando se enfadaba. Lo de antes no valía nada comparado con lo que ocurriría si ella se echaba el alma atrás.

—No, no—gimoteaba Dolores, cerrando los puños y moviendo la cabeza con enérgica negativa.

Pues aunque su sobrina no quisiera había de acabar aquella enemistad escandalosa. Eran cuñadas, y lo que había ocurrido no resultaba irremediable... ¿Que le había desgarrado la oreja? Anda, hija mía, que buenas bofetadas largó ella antes. Váyase lo uno por lo otro, y haya paz. Lo dicho; mucho *mutis* y á obedecer á la tía.

Y de allí pasó á la mesa de Rosario, á la que habló aun más fuerte. Era una

fiera de mala baba, sí, señor; una perra rabiosa; y que no le replicara ni la mirase con tanta cólera, porque le tiraría una libra á la cabeza. Ya era sabido cómo las gastaba ella; y además, para haber sido amiga de su madre la tenía muy poco respeto. Aquello se había de acabar. Lo decía ella y basta. Allí estaba la pobre Dolores llorando de dolor. ¿Era aquélla manera de reñir? ¿Le parecía decente estirar así las orejas? Eso era propio de un mal bicho. Para reñir se procedía con más nobleza; pegar fuerte y donde no salta sangre. Allí estaba ella, que había ido á la greña con todas las de su época. La que más podía le remangaba los zagalejos á la otra, y allí... en lo blando, zurra que te zurra, para que tuviera que sentarse de lado durante una semana; y después, tan amigas, á jurar la paz en la chocolatería. Así procedían las personas decentes, y así sería ahora, porque ella lo decía... ¿Que no? ¿Que Dolores le quitaba el marido?... ¡Cordones con el marido! No parecía sino que su sobrina era la que iba á buscarle.

Los hombres son los que buscan; y si ella quería tener seguro al suyo, que no fuese boba y se pusiera bien las enaguas en su casa. Cuando se quiere guardar un hombre seguro hay que tener muchas... agallas, ¡recordones! y sobre todo arreglar-

lo de tal modo antes que salga de casa, que no le queden ganas de buscar nada en la del vecino. ¡Ay qué chicas las de ahora! ¡Y qué poco saben! En la piel de Rosario debía estar ella, y ya vería si su hombre cumplía la obligación... Nada; lo dicho. La cosa se arreglaría. Ella y la otra tenían que obedecerla y respetarla, ó de lo contrario...

Y mezclando amenazas con rudas expresiones de cariño, la *tía Pícores* volvió á su puesto á continuar la venta.

Aquella mañana terminó pronto. La gente quería pescado, y á medio día comenzaron á quedar vacías las mesas.

La pesca sobrante fué metida en toneles entre capas de nieve y trapos mojados, y comenzaron los tartaneros á recoger cuévanos y banastas, apilándolos atados en las traseras de sus desvencijados carromatos.

La *tía Picores* se arreglaba el mantón de cuadros en medio de la Pescadería, rodeada de algunas amigachas de su época, fieles compañeras que le ayudaban á pagar á escote al tartanero.

Había que arreglar lo de las chicas. Y cuando estuvieron ya en la tartana todas las cestas, fué á las mesas de las dos rivales, sacándolas á pellizcos y á empujones.

Dolores y Rosario, vencidas por la te-

nacidad terrible de la vieja, estaban una junto á otra con la cabeza baja, como avergonzadas y pesarosas por el contacto, pero sin atreverse á chistar.

—*Espéramos en la chocolatería*—ordenó la vieja al tartanero.

Y el respetable grupo de mantones á cuadros y faldas de insufrible tufo salió de la Pescadería, conmoviendo las losas con su rudo chancleteo.

Iban una tras otra á la desfilada por la plaza del Mercado, donde se estaban realizando las últimas ventas. La *tía Picores* al frente, abriendo paso á empujones; detrás sus viejas amigas, de hocico arrugado y ojos amarillentos; Rosario, que como había venido á pie, iba cargada con sus cestas vacías, y Dolores, que á pesar de su dolorida oreja, sonreía por costumbre al oir los chicoleos que provocaba su rostro moreno asomando bajo el pañuelo de pita.

Tomaron posesión de la chocolatería, como antiguas parroquianas, dejando sobre las mesitas de mármol las cestas de Rosario, que apestaban, mezclando su olor de podredumbre con el perfume de chocolate barato que salía de la cocina inmediata.

La *tía Picores* bufaba de satisfacción al verse en aquella fresca sala que constituía su mayor lujo, contemplando to-

dos los detalles, que le eran tan conocidos; el zócalo de pintarrajeada esterilla; las paredes de blancos azulejos; la mampara de cristales helados con cortinillas rojas; en la puerta las heladoras, inmóviles, con la panza enfundada en corcho y puntiaguda caperuza de metal dorado; más adentro el mostrador, con sus dos urnas de cristal para los bizcochos y los azucarillos, y tras él la dueña, dormitando, moviendo perezosamente la caña con su cabellera de rizados papeles para espantar el enjambre de moscas.

¿Qué iban á tomar? Lo de siempre: eso no se pregunta. Jícara de á onza por barba y vaso de refresco.

Con aquél eran cuatro chocolates los que había engullido la *tía Picores* en aquella mañana; pero su estómago y el de sus amigas estaba á prueba del Caracas falsificado que sorbían con sibarítico placer. ¿Había cosa mejor en el mundo? Aquello alargaba la vida. Y las arrugadas narices de las viejas contraíanse con expresión ansiosa, aspirando el humillo azulado que exhalaban las blancas jícaras.

Salían los pedazos de ensaimada chorreando la obscura pasta para sumirse en las bocas desdentadas, mientras que las dos jóvenes apenas si comían, permaneciendo con la cabeza baja para no cruzar sus miradas.

Pero como ya la jícara de la *tía Picores* estaba casi vacía, intervino su vozarrón en el penoso silencio.

¡Pero qué tontas eran aquellas chicas! ¿Aún les duraba el disgusto? Había que reconocer que las pescaderas de ahora eran muy diferentes á las de antes. ¡Qué morros se ponían! ¡Qué rencores se guardaban! ¡Ni que fuesen señoritas! Antes la gente tenía mejor corazón. Y si no, vamos á ver. ¿No se había tirado ella del moño con todas las de su edad que estaban presentes? (Aquí un movimiento afirmativo de las seis amigas de la vieja loba). De seguro que si se arremangaban los zagalejos, aún pudiera ser que se encontraran más abajo de la espalda la señal de algún taconazo traidor; y, sin embargo, tan amigas, tan dispuestas á hacerse un favor, á remediarse en una desgracia. Y así debe ser la gente, ¡recordones! Todas tenemos un pronto, pero después que nos pasa se olvida, como hacen las gentes de buen corazón. Las rabietas se dejan á la puerta de la chocolatería, y aquí dentro buenas amigas. Lo que decía su madre y se ha dicho siempre en la Pescadería. Los pesares no han de pasar de la garganta.

Pesar, d'así no has de pasar.
Chocolate, bollet y got de quinset.

Y aunque el vaso no fuera de *quinset* por no ser aún época de helados, todas aquellas viejas, aprobando la filosofía de su compañera, se sorbieron los vasos de tisana dulzona, expresando algunas su satisfacción con ruidosos eructos.

Pero la *tía Picores* iba indignándose ante la silenciosa reserva de las dos rivales. ¡Qué! ¿Iban á estarse así toda la vida? ¿Es que sus palabras no valían nada? A ver: Rosario, que era la más culpable.

Y la mujercita, siempre con la cabeza baja, tirando de los flecos de su mantón, masculló algo confusamente sobre su marido, y al fin dijo con lentitud:

—*Yo... si esta me promet... ferli mala cara...*

Dolores saltó inmediatamente, irguiendo su soberbia cabeza.

¡Hacer mala cara! ¿Era ella acaso algún coco, algún *butóni* para asustar á las personas? Además, Tonet, el dichoso marido de la otra, era hermano de su hombre, y á un cuñado no se le puede cerrar la puerta ni recibirlo con cara de vinagre. Pero al fin... ella era buena; ella no tenía ganas de ruidos; ella quería vivir en santa paz y no le gustaba tampoco que la llevasen en lenguas. Todo eran líos, mentiras de la gente, que no sabe cómo *enguerrar* á los buenos matrimo-

nios. Que ella había sido novia de Tonet antes de casarse con su hermano; ¿y qué? ¿Era la primera vez que ocurría esto? ¿Y qué otro motivo había para que le *armasen* tales calumnias?... Lo volvía á repetir: quería paz y tranquilidad. Hacer mala cara, eso no; pero prometía que si alguna confianza se tomaba con Tonet, como á cuñado que era, no volvería á repetirla para que las malas lenguas no tuviesen donde agarrarse.

La *tía Picores* estaba radiante. Así le gustaban á ella las personas. Buen corazón ante todo. ¡Qué! ¿estás contenta, Rosario? ¿No es bastante? Ahora un abrazo y todo se acabó.

Y de mala gana, casi empujadas por las viejas, las dos cuñadas se abrazaron sin levantarse de las sillas.

La tía, satisfecha de su triunfo, hablaba por los codos. Era una locura que las mujeres riñesen por un hombre. Lo que ella decía. ¿No había de sobra hombres en el mundo? Eso es lo que querían los muy granujas; que riñesen por ellos, para crecerse y hacer su santa voluntad. La mujer debía tener *agallas*, sí, señor; muchas *agallas*. Ser como ella, que cuando su difunto le hacía una, sabía traerlo al orden, y hasta si era preciso, obligarle á que le pidiese perdón.

Además, buenos eran ellos para te-

nerles celos. ¿Para qué mayor infierno?

¿Sabía una siempre dónde se pasaba las horas el marido al salir de casa? No; y por lo mismo era una tontería enrabietarse por sus pilladas y no darse buena vida, sin importarle á una lo que hiciera el hombre.

Cuanto más fiera es una más la quieren. Lo que ella le hacía al difunto cuando sospechaba algo. Fuera de la cama; y donde has pasado el verano pasa el invierno. Siempre la cara de perro; nada de mimos ni *cucamonas;* así la respetan á una.

Dolores, seria y estirada, contraía los labios como si contuviera la risa que le escarabajeaba en el paladar.

Rosario protestaba. No; ella no estaba conforme con la *tía Picores.* Vivía honradamente con su marido y tenía derecho á que Tonet la imitara. No le gustaban líos ni enredos.

La vieja le interrumpió. Todo aquello eran músicas, *hicropresías* que la daban asco.

Había que tomar á los hombres tal como eran. ¿Verdad, chicas?

Y todas las amigachas afirmaban moviendo sus cabezas de indio viejo.

Todos los hombres son unos bestias, que cuanto más mal los trata una, mejor le siguen como perros. Además, la que

quisiera tener seguro á su hombre, que lo atase á una pata de la cama con las cintas de las enaguas... Y no decía más.

El tartanero había asomado su cabeza varias veces.

Esperaba impaciente y manifestaba su prisa con un acompañamiento de interjecciones contra aquellas viejas que tomaban su tartana como una carroza propia.

—*Aguárdat, ¡palleta!*—gritó la ronca vieja.—*¿Que acás no te paguém?*

Y al ver que sus amigachas rebuscaban en sus bolsas, extendió su brazo majestuosamente. Allí no pagaba nadie, ¡recordones! La fiesta era cosa suya. Había que celebrar la reconciliación de las chicas.

Y poniéndose en pie, se arremangó falda y zagalejo, buscando sobre las enaguas una gran bolsa ceñida á la cintura, de la que sacó unas tijeras de destripar pescado cubiertas de escamas, una navaja mohosa, y por fin un puñado de calderilla que arrojó sobre la mesa.

Algunos minutos pasó contando y recontando aquellas piezas pegajosas, saturadas de olor de marisco para más de una semana, y por fin dejó el montoncito sobre el mármol, saliendo de la chocolatería cuando ya todas sus amigachas

se habían encaramado en la vieja tartana.

Rosario, con sus cestas vacías, estaba en la acera frente á Dolores, mirándose las dos y sin saber qué decirse.

La *tía Picores* la invitó á subir en la tartana. Se apretarían un poco y la llevarían hasta su casa. ¿Que no? Bueno, pues ya sabía lo dicho: mucha paz y tranquilidad.

—*Adiós, Rosario*—dijo Dolores sonriendo graciosamente. *Ya saps que som amigues.*

Y haciendo un amistoso ademán, subió seguida de su tía, inclinándose quejumbrosamente la tartana bajo el peso de aquellas dos soberbias moles.

Se alejó el carromato con suspiros de desvencijamiento y chirridos de hierro viejo, y la mujercita, con sus cestas al brazo, quedó inmóvil en la acera, como si despertase asombrada y no creyera en la realidad de aquella paz con la cuñada odiosa.

II

Habían pasado muchos años, y, sin embargo, unos por referencia y otros como testigos presenciales, todos se acordaban en el Cabañal de lo ocurrido un martes de Cuaresma.

El día fué de los más hermosos. El mar estaba tranquilo, terso como un espejo, sin la más ligera ondulación, reflejando el inquieto triángulo de oro que formaba el sol sobre las muertas aguas.

Vendíase el pescado como una bendición de Dios; la demanda era mucha en el mercado de Valencia, y las barcas arrastraban sus redes frente al cabo de San Antonio sin la menor inquietud, fiadas de aquella calma y deseando sus patronos llenar las cestas cuanto antes para regresar al Cabañal, en cuya playa esperaban impacientes las pescaderas.

A medio día cambió el tiempo. Sopló ese viento de Levante, tan terrible en el

golfo de Valencia; el mar se rizó levemente; avanzaba el hálito arrollador arrugando la tersa superficie, dándola un color lívido, y un montón de nubes corriéronse desde el horizonte cubriendo al sol.

En la playa fué grande la alarma. Aquel viento presagiaba para las pobres gentes duchas en las desgracias del mar, una tempestad de las que dejan rastro en los hogares de los pescadores.

Alborotábanse las pobres mujeres, y con las faldas azotadas por el viento, corrían por la playa sin saber dónde ir, dando espantosos alaridos y aclamándose á todos los santos de su devoción, mientras que los hombres, pálidos, ceñudos, chupando sus cigarrillos y poniéndose al abrigo de las barcas varadas en la arena, examinaban el horizonte, cada vez más obscuro, con la mirada concentrada y poderosa de las gentes de mar, ó fijábanse con inquietud en la entrada del puerto, la avanzada escollera de Levante, en cuyos rojos pedruscos comenzaban á romperse las primeras moles de agua, cubriéndolos de hirvientes espumarajos.

La suerte de tantos padres á quienes la tempestad había sorprendido ganándose el pan, hacía temblar á la gente de la playa; y á cada mugido del viento, todos, bamboleándose sobre la arena, pen-

saban en los robustos mástiles, en las triangulares velas que tal vez en aquel momento se hacían trizas.

A media tarde, en el horizonte cada vez más obscuro, comenzó á marcarse una línea de velas, como inquietos copos de espuma, que tan pronto se remontaban como desaparecían.

Llegaban como rebaño asustado y en dispersión, dando tumbos sobre las lívidas olas, perseguidas siempre por aquel mugido feroz, que parecía divertirse arrancándolas en cada papirotazo una vela, un trozo de mástil ó el timón, hasta que levantaba una montaña de agua verdosa que, cogiendo de través á la desmantelada barca, se la sorbía.

La última y más terrible lucha fué á la entrada del puerto. En aquellas barcas que consiguieron entrar, los tripulantes, mojados de pies á cabeza, dejábanse abrazar por sus familias con ojos de idiota, como resucitados que se asombran al verse de pronto en plena vida. Aquella noche dejó memoria en el Cabañal.

Grupos de mujeres desmelenadas, frenéticas de dolor, roncas de gritar sus aclamaciones al cielo, corrían por el muelle de Levante, expuestas á ser devoradas por las olas que escalaban los peñascos, mojadas por el polvo de amarga agua que escupía la furiosa marea; y miraban

ansiosas el horizonte, como si en la sombra pudiesen distinguir la lenta y horripilante agonía de las últimas barcas.

Faltaban muchas á llegar. ¿Dónde estarían? ¡Ay Dios! Qué felices eran las mujeres que estaban en el puerto abrazando á sus maridos y á sus hijos, mientras que los otros, más infortunados, corrían dentro de un ataúd á través de la noche, saltando de ola en ola, rodando á lo más hondo de hirvientes simas, sintiendo bajo los pies el crujir de las quebrantadas tablas y sobre la cabeza la lívida montaña de agua próxima á desplomarse.

Llovió durante toda la noche, y hubo pobres mujeres que esperaron el amanecer en aquel muelle combatido por el oleaje, envueltas en el calado mantón, en cuclillas sobre el barro negruzco del carbón de piedra, rezando á gritos para ser oídas mejor por los sordos de arriba, é interrumpiendo algunas veces su oración para tirarse de los revueltos pelos, lanzando á lo alto, en un arranque de odio y resentimiento, terribles blasfemias de la Pescadería.

¡Hermoso amanecer! El sol asomó su hipócrita cara tras la tranquila línea del mar, matizada á trechos por las espumas de la noche anterior; extendió sobre las aguas su ancha faja de reflejos dorados

é inquietos, embelleciéndolo todo; allí no había pasado nada, y lo primero que doraron sus rayos en la playa de Nazaret fué el casco destrozado de un bergantín noruego encallado la noche anterior, hundido en la arena, mostrando á flor de agua sus costados despanzurrados, hechos astillas, y los palos rotos tremolando todavía girones de velas.

Su cargamento era madera del Norte; y mansamente empujados por los suaves estremecimientos del mar, iban hacia la playa las enormes vigas, los aserrados tablones que, pescados por el revuelto enjambre de puntos negros que pululaba en la playa, desaparecían como tragados por la arena.

Bien trabajaban aquellas hormigas. Para ellas era la tempestad. Y por los caminos de la huerta de Ruzafa iban arrastradas las hermosas maderas del Norte, que habían de convertirse en techumbres de nuevas barracas.

Aquellos piratas de la playa arreaban alegremente sus caballerías como legítimos poseedores del botín, sin pensar que tal vez estaba salpicado con la sangre de los infelices extranjeros que dejaban á sus espaldas tendidos sobre la arena.

En la playa los carabineros, la muchedumbre inactiva, formaban corros

más curiosos que aterrados en torno de unos cuantos cadáveres tendidos entre el agua y la arena, hermosos mocetones rubios y fornidos, mostrando por entre los girones de sus ropas la carne dura, de blancura femenil, mientras sus ojos azules, turbios é inmóviles, miraban al cielo con misteriosa expresión.

El naufragio del bergantín noruego fué lo más notable de aquella tempestad. Los periódicos hablaron de la catástrofe. Acudió la gente de Valencia como en romería para ver de lejos el buque náufrago hundido hasta la borda en la movediza arena, y todos olvidaron las barcas pescadoras, acogiendo con gestos de extrañeza las lamentaciones de aquellas mujeres que no veían volver á los suyos.

La desgracia no era tan grande como en un principio se creyó. Al serenarse el mar fueron volviendo al puerto muchas barcas, á las que se tenía por perdidas.

Habíanse refugiado de la tempestad en Denia, en Gandía ó en Cullera, y cada una de ellas, al llegar al puerto, provocaba alaridos de alegría, exclamaciones de gozo, votos de gracias á todos los santos que cuidan de los hombres que se ganan en el mar la subsistencia.

Una sola no volvió. La barca del tío Pascual, un vividor de los más tenaces que se conocían en el Cabañal, siempre

rabiando por conquistar la peseta, pescador en invierno y contrabandista en verano, gran marinero y constante visitador de las playas de Argel y Orán, á las que llamaba con familiaridad la *costa d' afora*, como si se tratase de la acera de enfrente.

Su mujer, Tona, pasó más de una semana esperándole en el puerto, siempre con un arrapiezo al pecho y otro más talludito y gordinflón agarrado á sus faldas. Esperaba á su Pascual, y á cada nuevo informe que la daban prorrumpía en lamentaciones y se mesaba los pelos, llamando á gritos á María Santísima.

Los pescadores no se expresaban con claridad, pero al hablarla ponían el gesto fosco. Habían visto la barca corriendo el temporal frente al cabo de San Antonio; le faltaban las velas; no pudo ganar tierra, y hasta alguno creía haberla visto al pie de una ola enorme, hinchada, verdosa, que la cogió de lado, no pudiendo asegurar si reapareció ó fué engullida por el agua.

Y la infeliz mujer, siempre esperando en el puerto con sus dos hijos, tan pronto desesperada como animándose con extraña esperanza, hasta que por fin, á los doce días, una escampavía que costeaba persiguiendo el contrabando, condujo hasta la playa la barca del tío Pascual con

la quilla al aire, negra, lustrosa con la viscosidad del mar, flotando lúgubremente como gigantesco ataúd y rodeada de un enjambre de extraños peces, pequeños monstruos que parecían atraídos por un cebo que husmeaban á través de las quebrantadas tablas.

Sacaron la barca á la orilla; el mástil estaba roto á ras de la cubierta; la cala llena de agua; y cuando los pescadores pudieron bajar á ella para acabar de vaciarla á fuerza de cubos, sus pies, hundidos entre las cuerdas y cestones que aún estaban allí revueltos, tropezaron con algo blando y viscoso que les hizo gritar con instintivo horror. Aquello era un muerto. Y hundiendo sus brazos en el agua que quedaba en el fondo de la bodega, sacaron un cuerpo hinchado, verdoso, con el vientre enorme próximo á estallar, la cabeza destrozada como repugnante masa, y en todo el cuerpo las mordeduras de voraces pececillos que, no soltando su presa, erizábanse sobre el cadáver, comunicándole espeluznantes estremecimientos.

Era el tío Pascual; pero tan horrible, que la viuda prorrumpió en lamentos, sin atreverse á tocar la masa repugnante. Algún golpe de mar le había arrojado al fondo de la cala antes que la barca se perdiese, y allí se quedó con la cabeza

destrozada, sirviéndole de tumba aquel armazón de tablas, ilusión de toda su vida, que representaba treinta años de economías amasando ochavo sobre ochavo.

Las comadres del Cabañal prorrumpían en lamentos viendo como dejaba el mar á los hombres que tenían el valor de explotarle, y con sus alaridos de plañidera acompañaron al cementerio la caja que contenía aquel cadáver roído y aplastado.

Durante una semana se habló mucho del tío Pascual; después la gente sólo se acordaba de él al ver á su viuda siempre suspirando con un arrapiezo de la mano y otro al pecho.

Algo más que la pérdida del marido lloraba la pobre Tona. Era que veía acercarse la miseria; pero no una miseria tolerable, sino la que espanta á la misma pobreza acostumbrada á privaciones: la carencia de hogar, la necesidad de tender la mano en las calles para conseguir el ochavo ó el mohoso mendrugo.

Cuando aún estaba reciente su desgracia encontró protección; y las limosnas, las suscriciones en el vecindario pudieron sostenerla durante tres ó cuatro meses; pero la gente es olvidadiza: Tona ya no fué la viuda del náufrago, sino una pobre más que importunaba á todos con lamentaciones pedigüeñas, y al fin vió

cerrarse muchas puertas y volverse con desvío caras amigas que siempre habían tenido para ella amistosas sonrisas.

Pero Tona no era mujer para amilanarse ante el desvío general. ¡Ea! Ya había llorado bastante. Llegaba el momento de ganarse la vida como una buena madre que tiene magníficos puños y dos bocas que la piden pan.

No la quedaba en el mundo otra fortuna que aquella barca quebrantada donde murió el tío Pascual y que puesta en seco se pudría sobre la arena, unas veces inundada su cala por las lluvias y otras resquebrajándose su madera con los ardores del sol, anidando en sus grietas voraces enjambres de mosquitos.

Tona tenía un plan. Donde estaba la barca podía plantear su industria. La tumba del padre serviría de sustento para ella y los hijos.

Un primo hermano del difunto Pascual, el tío Mariano, solterón que iba para rico y parecía tenerles algún cariño á los dos sobrinos, fué, á pesar de su avaricia, el que ayudó á la viuda en los primeros gastos.

Un costado de la barca fué aserrado hasta el suelo, abriéndose una puerta con pequeño mostrador. En el fondo de la barca colocáronse algunos tonelillos de aguardiente, ginebra y vino; la cubierta

fué sustituída por un tejado de tablones embreados que dejaba mayor espacio en el lóbrego tabuco; á proa y popa, con los tablones sobrantes, formáronse dos agujeros á modo de camarotes; el uno para la viuda y el otro para los niños, y sobre la puerta extendióse un tinglado de cañas, bajo el cual mostrábanse con cierta prosopopeya dos mesillas cojas y hasta media docena de taburetes de esparto.

La fúnebre barca convirtióse en cafetín de la playa, cerca de la casa donde están los toros para el arrastre de las embarcaciones, en el punto en que se descargaba el pescado y era mayor la afluencia de gente.

Las comadres del Cabañal estaban asombradas. Aquella Tona era el mismo demonio. ¡Miren qué bien sabía ganarse la vida! Toneles y botellas se vaciaban que era una bendición de Dios; los pescadores sorbían allí sus copas sin necesidad de atravesar toda la playa para ir á las tabernas del Cabañal, y bajo el tinglado, en las cojas mesillas, echaban sus partidas de *truque y flor*, esperando la hora de hacerse á la mar y amenizando el juego con sendos tragos de caña que Tona recibía directamente de la misma Cuba, según su formal juramento.

Aquella barca en seco navegaba vien-

to en popa. Cuando saltando de ola en ola arrastraba las redes, jamás había producido tanto al tío Pascual como ahora, que vieja y con el costilleje quebrantado, la explotaba la viuda.

Pruebas eran de esto las sucesivas transformaciones que iba experimentando la original instalación. Los agujeros de los dos camarotes cubríanse con vistosas cortinas de sarga; y cuando éstas se levantaban veíanse colchones nuevos y almohadas de blanca funda: sobre el mostrador brillaba como bloque de oro la reluciente cafetera; la barca, pintada de blanco, había perdido el fúnebre aspecto de tumba que recordaba la catástrofe, y junto á sus costados iban extendiéndose cercas de cañas, conforme aumentaba la prosperidad del establecimiento. Corrían con gracioso contoneo sobre la ardiente arena más de veinte gallinas, capitaneadas por un gallo matón y vocinglero que se las tenía tiesas con todos los perros vagabundos que correteaban la playa; á través de los cañizos oíase el gruñido de un cerdo atacado del asma de la obesidad, y frente al mostrador, bajo el sombrajo, flameaban á todas horas dos fogones, donde las *paellas* de arroz burbujeaban su caldo substancioso ó el pescado chirriaba, dorándose entre el azulado vapor del aceite frito.

Allí había prosperidad y abundancia. No era para hacerse ricos, pero se vivía bien. La Tona sonreía con satisfacción pensando en que nada debía y viendo el techo empavesado de morcillas secas, sobreasadas lustrosas, tiras de negra mojama y algún jamón espolvoreado con pimiento rojo; los tonelitos llenos de líquido; las botellas, escalonadas, luciendo licores de color variado, y las sartenes de diversos tamaños colgadas de la pared, pero prontas á chillar sobre el fogón con su cavidad repleta de cosas substanciosas.

¡Y pensar que había pasado hambre en los primeros meses de su viudez! Por eso, harta y satisfecha, repetía ahora tantas veces la misma afirmación. Por más que digan, Dios no desampara á las buenas personas.

La abundancia y la falta de cuidados rejuvenecíanla. Engordaba dentro de su barca con cierto lustre de carnicera ahíta; siempre á cubierto del sol y la humedad, no tenía el color seco y tostado de las que esperaban en la orilla de la playa, y se presentaba tras el mostrador luciendo sobre la voluminosa pechuga una colección interminable de pañuelos de *tomate y huevo*, complicados arabescos rojos y amarillos tejidos en la sólida seda.

Permitíase lujos de decorado; en el fondo de *su tienda*, sobre las maderas blanqueadas, alternaban con los toneles una colección de cromos baratos con rabiosos colorines que apagaban los de sus vistosos pañuelos; y los pescadores, mientras bebían bajo el sombrajo, miraban por encima del mostrador la *Cacería del león*, *La muerte del justo y la del pecador*, *La escala de la vida*, media docena de santos, entre los cuales no faltaba San Antonio, y el comerciante flaco y el gordo representando al que fía y al que vende al contado, con la consabida leyenda «*Hoy no se fía aquí; mañana sí*».

Había para estar satisfecha viendo como se criaba la familia sin grandes privaciones.

La tienda siempre adelante, y poco á poco se llenaba de duros ahorrados una media vieja que ella guardaba en su camarote, entre el piso de tablas y el grueso colchón.

Algunas veces no podía contenerse, y deseosa de apreciar en conjunto su fortuna, salía hasta la orilla de la playa.

Desde allí contemplaba con ojos enternecidos el cercado de las gallinas, la cocina al aire libre, la anchurosa pocilga donde roncaba el sonrosado cerdo, y la barca, que asomaba por entre la aglomeración de cercas y cañares sus dos pun-

tas de deslumbrante blancura, como embarcación fantástica que, arrastrada por un huracán, hubiese ido á caer en el corral de una granja.

Nó por esto se hallaba libre de incomodidades.

Dormía poco, levantábase al amanecer; y muchas veces, á media noche, aporreaban la puerta de la barca y había que levantarse para servir á los pescadores recién llegados á la playa que descargaban su pescado y tenían que hacerse á la mar antes del alba.

Estas francachelas nocturnas eran las más productivas y las que mayor cuidado inspiraban á la tabernera. Conocía bien á aquella gente, que después de pasar una semana sobre las olas, quería en las pocas horas de desembarco gozar de un golpe todos los placeres de tierra.

Abalanzábanse al vino como mosquitos; los viejos quedábanse dormitando sobre la mesa con la pipa apagada entre los secos labios; pero los jóvenes, aquellos mocetones fornidos, excitados por la vida trabajosa y casta del mar, miraban á la *siñá* Tona de modo tal, que ella torcía el gesto con enfado y se preparaba á rechazar los brutales cariños de aquellos tritones de camiseta rayada.

Nunca había valido gran cosa; pero su naciente obesidad, los ojazos negros,

que parecían aclarar su rostro moreno y lustroso, y más que todo la ligereza de ropas con que en verano servía á los nocturnos parroquianos, hacíanla hermosa ante aquellos muchachos rudos que, al poner la proa hacia Valencia, pensaban con regocijo que iban á ver á la *siñá* Tona.

Pero ella era una hembra brava que sabía tratarlos. Jamás se rendía; las proposiciones audaces las contestaba con gestos de desprecio; los pellizcos con bofetones, y los abrazos por sorpresa con soberbias patadas, que más de una vez hicieron rodar por la arena á algún mocetón tieso y fuerte como el mástil de su barca.

Ella no quería líos como muchas otras, ni permitía que le faltasen en tanto así. Además, era madre; los dos chicos dormían á poca distancia, separados de ella por un tabique de tablas, á través del cual oía sus poderosos ronquidos, y sólo estaba para pensar en mantener á la familia.

El porvenir de sus chicos comenzaba á preocuparla. Se habían criado en la playa como dos gaviotas, anidando en las horas de sol bajo la panza de las barcas en seco ó correteando por la orilla en busca de conchas y caracoles, hundiendo sus piernecitas color de chocolate en las gruesas capas de algas.

El mayor, Pascualet, era un retrato vivo de su padre. Grueso, panzudo, carrilleno, tenía cierto aire de seminarista bien alimentado, y los pescadores le llamaron *el Retor*, apodo que había de conservar toda su vida.

Tenía ocho años más que su hermano Antonio, un muchacho enjuto, nervioso y dominante, cuyos ojos eran iguales á los de Tona.

Pascualet fué una verdadera madre para su hermano. Mientras la *siñá* Tona atendía á la taberna en los primeros tiempos, que fueron los más penosos, el bondadoso muchacho cargaba con el hermanito como niñera cuidadosa, y jugaba con los pilletes de la playa sin abandonar nunca al arrapiezo rabioso y pataleante que le martirizaba la espalda y le pelaba el cogote con sus pellizcos.

Por la noche, en aquel camarote estrecho de la barca-taberna, para Tonet era el mejor sitio, y su cachazudo hermano contraíase, se apelotonaba en un rincón para dejar espacio á aquel diablejo que, á pesar de su debilidad, le trataba como un déspota.

Los dos muchachos, arrullados por el sordo oleaje que en los días de marea llegaba hasta la misma taberna, y oyendo como el viento del invierno silbaba al querer introducirse por entre los tablo-

nes, dormíanse estrechamente abrazados bajo la misma colcha. Algunas noches despertábanse con el ruido de los pescadores, que celebraban su fiesta de tierra; oían las palabrotas que su madre profería en momentos de indignación, el sonoro choque de alguna bofetada, y más de una vez el tabique de su camarote conmovíase con el sordo golpe de un cuerpo falto de equilibrio; pero volvían á dormirse, poseídos de esa ignorancia inocente libre de sospechas y alarmas.

La *siñá* Tona tenía injustas debilidades tratándose de sus hijos. Al principio de su viudez, cuando por las noches les veía dormir en el angosto camarote, con las cabecitas juntas y rozando tal vez la misma madera en que se había aplastado el cráneo de su padre, sentía profunda emoción y lloraba como si fuera á perderlos dentro de aquel fúnebre armazón de tablas, como ya había perdido á su Pascual; pero cuando llegó la abundancia y el tiempo fué borrando el recuerdo de la catástrofe, la *siñá* Tona comenzó á mostrar predilección por su Tonet, criatura de gracia felina, que trataba á todos con sequedad é imperio, pero que tenía para su madre cariños de gatito travieso.

La viuda entusiasmábase con su Tonet, vagabundo de la playa, que á los

siete años pasaba casi todo el día fuera de la barcaza, correteando con la granujería y volviendo al anochecer con las ropas rotas y agua y arena en los bolsillos. Mientras tanto el mayor, relevado ya de cuidar á su hermano, pasaba el día en la taberna limpiando vasos, sirviendo á los parroquianos, dando de comer á las gallinas y al cerdo y vigilando con grave atención las sartenes que chirriaban en los fogones de la cocina.

Cuando su madre, soñolienta tras el mostrador en las horas de sol, se fijaba en Pascualet, sufría siempre una violenta sorpresa. Creía ver á su marido tal como ella le conoció en la infancia cuando era grumete de barca pescadora. Era su mismo rostro, carrilludo y sonriente, su cuerpo cuadrado y fornido, sus piernas robustas y cortas y aquel aire de sencillez honrada, de laboriosidad cachazuda que le acreditaba ante todos como *hombre de bien*.

Y en lo moral era lo mismo. Muy bondadosote y tímido, pero una verdadera fiera cuando se trataba de ganar una peseta, y con un cariño loco por la mar, madre fecunda de los hombres valientes que saben pedirla el sustento.

A los trece años ya no podía conformarse á seguir en la taberna. Dábalo á entender en palabras sueltas, en concep-

tos truncados y algo incoherentes, que es lo único que podía salir de su dura mollera. El no había nacido para servir en la taberna. Era faena demasiado cómoda; eso para su hermano, que no mostraba gran afición al trabajo. El era fuerte, le gustaba el mar y quería ser pescador como su padre.

La *siñá* Tona se asustaba al oirle, y en su memoria resucitaba la horrible catástrofe de aquel día de Cuaresma. Pero el chico era testarudo. Aquellas desgracias no pasaban todos los días; y ya que tenía vocación, debía seguir el oficio de su padre y de su abuelo, como muchas veces se lo había dicho el *tío Borrasca*, un viejo patrón de barca, gran amigo del *tío Pascualo*.

Por fin la madre cedió cuando iba á comenzar la temporada de la pesca del *bou*, y Pascualet se enganchó con el *tío Borrasca* como grumete ó *gato de barca*, teniendo como salario la comida y la propiedad de todos los *cabets*, ó sea el pescado menudo que saliese en las redes, como boquerones, camarones, caballitos de mar, etc.

Aquello comenzó muy bien. Hasta entonces le habían vestido con la ropa vieja de su padre, pero la *siñá* Tona quiso que entrase con cierta dignidad en su nuevo oficio, y una tarde, cerrando la ta-

berna, fueron al Grao á un bazar del puerto, donde vendían ropas hechas para los marineros. Pascualet recordó durante muchos años aquella tienda, que le parecía el santuario del lujo. Los ojos se le fueron tras los chaquetones azules, los impermeables de amarillo hule, las enormes botas de aguas, prendas todas que sólo usaban los patrones, y salió orgulloso con su hatillo de grumete, compuesto de dos camisas mallorquinas, tiesas, ásperas y burdas, como si fuesen de papel de lija; una faja de lana negra, un traje completo de franela, de un amarillo rabioso; una barretina roja para calársela hasta el cuello en el mal tiempo y gorra de seda negra para bajar á tierra. Por fin le vestían á su medida: ya no tendría que luchar con aquellas chaquetas de su padre que en los días de viento se hinchaban como velas, haciéndole correr por la playa más aprisa que quería. De zapatos no había por qué hablar. El no recordaba haber metido jamás en tal tormento sus ágiles pies.

No se equivocaba el muchacho al decir que habia nacido para el mar. En la barca del *tío Borrasca* se encontraba mucho mejor que en aquella otra encallada en la arena, junto á la cual gruñía el cerdo y cacareaban las gallinas. Trabajaba mucho, y además de su pitanza

percibía algunos puntapiés del viejo patrón, cariñoso en tierra, pero que una vez sobre su barca no respetaba ni á su mismo padre. Trepaba al mástil á poner el farol ó á arreglar una cuerda con la ligereza de un gato; ayudaba á tirar de las redes cuando llegaba el momento de *chorrar;* baldeaba la cubierta, alineaba en la cala los grandes cestos del pescado y soplaba el fogón, cuidando de que el caldero estuviera siempre en su punto para que no se quejara la gente de á bordo. Pero como compensación á estos trabajos, ¡cuántas satisfacciones! Al terminar el patrón y los suyos la comida que él y el otro *gato* de la barca presenciaban inmóviles y respetuosos, dejábanles las sobras á los chicos, y los dos sentábanse á proa con el negro caldero entre las piernas y un pan bajo del brazo. Ellos sacaban la mejor parte, y cuando las cucharas tropezaban ya con el fondo, entonces entraba la rebañadura mendrugo en mano, hasta que el metal quedaba limpio y brillante como si acabasen de fregarlo.

Después venía el huroneo en busca del vino que la tripulación había dejado olvidado en el fondo del porrón de lata; y los *gatos*, si no había trabajo, tendíanse como unos príncipes en la proa con la camisa fuera y la panza al aire, arrulla-

dos por el cabeceo de la barca y las cosquillas de la brisa.

Tabaco no faltaba, y el *tío Borrasca* dábase á todos los demonios viendo con qué rapidez desaparecía de los bolsillos de su chaquetón unas veces la alguilla de Argel y otras la picadura de la Habana, según la calidad del último alijo hecho en el Cabañal.

Aquella vida era inmejorable para Pascualet, y cada vez que bajaba á tierra, su madre le encontraba más robusto, más recocido al sol y tan bondadosote como siempre, á pesar de su continuo roce con los *gatos* de barca, pilletes precoces capaces de las mayores malicias y que al hablar echaban á las narices ajenas el humo de una pipa casi tan grande como ellos.

Las rápidas apariciones en la taberna eran lo único que hacía á la *siñá* Tona acordarse de su hijo mayor.

La tabernera comenzaba á mostrarse preocupada. Pasaba los días enteros en su barcaza, sola, como si no tuviese hijos. *El Retor* estaba en el mar ganándose su parte de *cabets* para después, en los días de fiesta, llegar muy ufano á entregar á su madre las tres ó cuatro pesetas, que eran el jornal de la semana; y el otro, el pequeño, aquel Tonet de piel de diablo, había salido un bohemio incorre-

gible, que solo volvía á su casa acosado por el hambre.

Juntábase con la pillería de la playa, un tropel de chicuelos que no sabían más de sus padres que aquellos perros vagabundos que les acompañaban en sus correteos por la arena; nadaba como un pez, y en verano zambullíase en el puerto, mostrando con impudor tranquilo su cuerpo enjuto y rojizo para coger con la boca las piezas de dos cuartos que le arrojaban los paseantes; presentábase por la noche en la taberna con el pantalón roto y la cara arañada; su madre le había sorprendido varias veces amorrado con delicia al tonelillo del aguardiente, y una tarde tuvo que ponerse el mantón é ir á la capitanía del puerto para pedir con lágrimas y lamentos que lo soltasen, prometiendo que ella le quitaría el feo vicio de arañar en el interior de las cajas de azúcar depositadas en el muelle.

Era una alhaja el tal Tonet. ¡Dios mío! ¿A quién se parecía? Era una vergüenza que de padres tan honrados saliese un muchacho así; un pillete que, teniendo en su casa sobrada comida, pasaba el tiempo huroneando por cerca de los vapores que venían de Escocia, aguardando un descuido de la descarga para echar á correr con un bacalao bajo el brazo.

Aquel hijo iba á ser su castigo. Doce años á la espalda y sin afición al trabajo ni el menor respeto á su madre, á pesar de los rabos de escoba que le había roto en las costillas.

Y la *siñá* Tona hacía confidente de sus desdichas á Martínez, un carabinero joven que estaba siempre de servicio en aquella parte de la playa, el cual pasaba las horas del calor sentado bajo el sombrajo de la taberna, con el fusil entre las rodillas, mirando vagamente el límite del mar y con el oído atento á las eternas lamentaciones de la tabernera.

El tal Martínez era andaluz, de Huelva; un muchacho guapo y esbelto, que llevaba con mucha marcialidad el uniforme viejo de servicio y se atusaba al hablar el rubio bigote con expresión *distinguida*.

La *síñá* Tona le admiraba. Las personas que son *finas* no lo pueden ocultar; á la legua se las conoce. Y además, ¡qué gracia en el lenguaje! ¡qué términos tan escogidos se gastaba! Bien se conocía que era hombre leído. Como que había estudiado muchos años en el Seminario de su provincia; y si ahora se veía así era porque, no queriendo ser cura y deseando ver mundo, había reñido con su familia, sentando plaza, para venir al fin á meterse en carabineros.

La tabernera oíale embobada contar su historia con aquel pesado ceceo de andaluz sin gracia; y cuando tenía que hablarle, empleaba en justa reciprocidad un castellano grotesco é ininteligible, que hubiese hecho reir en el mismo Cabañal.

—Mire osté, siñor Martines: mi chico me tiene loca con todas esas burrás que hase. Lo que yo li digo: ¿Te hase falta algo, condenat? ¿Pos entonses por qué te ajuntas con esa pillería pollosa? Osté, siñor Martines, que tiene tanta labia, fásali miedo. Dígale que se lo llevará á Valensia para meterlo en la cársel si no es buen chico.

Y el *siñor Martines* prometía hacerle miedo al travieso pillete, y hasta le sermoneaba con la cara muy fosca siempre que lo veía, logrando que Tonet, al menos por un rato, permaneciese encogido y como aterrado por el uniforme de aquel hombre y el terrible fusil, que no se separaba nunca de él.

Estos pequeños servicios introducían á Martínez en la vida de familia, haciéndole intimar cada vez más con la *siñá* Tona. Allí le guisaban la comida; allí pasaba casi todo el día, y más de una vez la tabernera se prestó gustosa á zurcirle la ropa blanca y á pegarle botones en prendas interiores.

¡Pobre *siñor Martines*! ¿Qué sería de un joven tan fino sin una persona como ella? Iría roto y abandonado como un perdido, y esto, francamente, no podía consentirlo una persona de buen corazón.

En las tardes del verano, cuando el sol caía de lleno sobre la desierta playa sacando reflejos de incendio de la tostada arena, bajo de aquel sombrajo de cañas, ocurría siempre la misma escena.

Martínez, sentado en un taburete de esparto cerca del mostrador, leía á su autor favorito, á Pérez Escrich, en tomos abultados y mugrientos, con las puntas roídas, que habían corrido toda la costa pasando de unos carabineros á otros

La *siñá* Tona no se equivocaba. De aquellos librotes, que la inspiraban el supersticioso respeto del que no sabe leer, era de donde sacaba Martínez las palabritas sonoras y rebuscadas, aquella filosofía moral que la conmovía.

Y desde el otro lado del mostrador, cosiendo á tientas, sin saber lo que hacía, contemplaba fijamente á Martínez, dedicando media hora á su fino y rubio bigote, y no menos á apreciar cómo tenía la nariz ó con qué exquisito gusto se abría la raya, aplanando en ambos lados su dorado cabello.

Algunas veces, al volver la página,

levantaba Martínez la cabeza, y sorprendiendo los negros ojazos de Tona fijos en él, ruborizábase y seguía leyendo.

La tabernera, al volver en sí, reprendíase por tales contemplaciones. ¿Pero qué era aquello? En la vida se le había ocurrido; viviendo su Pascual, mirarle detenidamente para apreciar cómo tenía la cara. Y ahora estaba ella como una boba horas y más horas, comprometiéndose con aquella contemplación, de la que no podía librarse. ¿Qué diría la gente al saberlo?... Indudablemente ella le tenía ley á aquel hombre... ¡Claro!... ¡Era tan fino y tan guapo!... ¡Hablaba tan bien!...

Pero era un disparate todo aquello. Ella ya iba para los cuarenta; no se acordaba con exactitud, pero debía estar en los treinta y siete ó cosa así; y él no pasaba de los veinticuatro.

Pero ¡qué demonio!; aunque le llevase algunos años, ella no estaba mal; encontrábase bien conservada, y si no, que lo dijera aquella gentuza de las barcas que tanto la importunaba. Además, aquel pensamiento no sería ningún disparate, ya que la gente se adelantaba suponiéndolo; y lo mismo los carabineros amigos de Martínez que las pescaderas que iban á la playa, dábanla á entender sus mali-

ciosas suposiciones con indirectas demasiado directas.

Al fin ocurrió lo que todos esperaban. La *siñá* Tona, para aturdirse, argüía á sus escrúpulos que sus hijos necesitaban un padre, y nadie mejor que Martínez; y la valerosa amazona, que aporreaba á los rudos pescadores á la menor audacia, fué la que se entregó voluntariamente, teniendo que vencer la cortedad de aquel muchachote tímido. De ella partió la iniciativa, y Martínez se dejó arrastrar con su sumisión de hombre superior que, pensando en cosas más altas, permite que en los asuntos terrenales le manejen como á un autómata.

Aquello se hizo público. La misma *siñá* Tona no se enojaba de ello; antes bien, deseaba que fuera bien sabido que la casa tenia amo. Cuando la llamaba al Cabañal alguna ocupación, dejaba la taberna al cuidado de Martínez que, como en tiempos pasados, seguía sentado bajo el sombrajo, mirando al mar con el fusil entre las rodillas.

Hasta los dos chicos parecían enterados del suceso. *El Retor*, al bajar á tierra, miraba á hurtadillas á su madre con cierto asombro y mostrábase tímido y vergonzoso en presencia de aquel mocetón rubio y uniformado, al que encontraba siempre en la taberna; pero el otro

muchacho, Tonet, delataba en su sonrisa maliciosa que todo aquel suceso había sido objeto de maliciosos comentarios en las reuniones de los pillos de la playa, y en vez de asustarse como antes ante los sermones del carabinero, contestábale con muecas y se alejaba dando saltos y haciendo cabriolas sobre la arena, como en señal de desprecio.

Aquella temporada fué para Tona una luna de miel en plena madurez de vida. Parecíale ahora su matrimonio con Pascual una monótona servidumbre. Amaba con vehemencia al carabinero, con explosión de cariño propia de una mujer que va ya hacia el ocaso; y cegada por esta pasión, hacía alarde de ella, sin importarle lo que murmurase la gente. ¿Y qué? Que dijesen lo que quisieran. Otras hacían peor que ella, y la que hablase sería por envidia, al ver que se llevaba un buen mozo.

Martínez, siempre con su aire de soñador, dejábase mimar y acariciar como un hombre que todo lo merece: gozaba de gran prestigio entre sus compañeros y superiores, pues podía disponer del cajón de la taberna y hasta de aquella media repleta de duros que tantas veces se le clavaba en el costado al tenderse en el colchón del camarote.

Por evitarse sin duda esta molestia,

se dió prisa á vaciarla, sin que la *siñá* Tona protestase. ¿No había de ser su marido? Pues suyo era aquel dinero. Mientras la taberna marchase bien, ella no debía quejarse.

Pero cuatro ó cinco meses después llegó un día en que la Tona se puso seria.

Martínez, *siñor Martines*; baje usted de esa nebulosa altura en que vive su pensamiento. Dígnese escuchar á la Tona. ¿No la oye usted? Que es preciso arreglar la situación. Que las cosas no pueden quedar así. Que hay que justificar lo que venga, y una mujer honrada, madre de dos hijos, no puede serlo de tres sin un hombre que saque la cara diciendo: «Esta es mi obra».

Y Martínez contestó ¡bueno! á todo, aunque torciendo el gesto dolorosamente, como si acabase de sufrir un tremendo batacazo, cayendo de aquellas alturas ideales en que se refugiaba como hombre no comprendido, para soñar en la probabilidad de ser general, jefe de Estado y otras muchas cosas, como aquellos personajes de sus novelas favoritas.

El pediría los papeles á Huelva, pero tendrían que esperar, pues aquello está lejos.

Y Tona esperó, siempre con el pensamiento puesto en Huelva, tierra remo-

ta, que por su cuenta, debía estar en los alrededores de Cuba ó Filipinas.

Pero el tiempo pasaba y la cosa iba haciéndose urgente.

Martínez, *siñor Martines,* que sólo faltan dos meses; que á la Tona le es imposible ocultar por más tiempo lo que viene, y la gente se va enterando. ¡Qué dirán los chicos al verse con un nuevo hermano!

Pero Martínez protestaba. No era suya la culpa. Bien veía ella las muchas cartas que escribía para activar el envío de los papeles.

Y por fin, un día el carabinero declaró que iba á emprender el viaje á su tierra para traerse los malditos documentos y que ya tenía el permiso de sus jefes.

Muy bien: aquella resolución le gustaba á la *siñá* Tona. Y para ayuda del viaje le entregó toda la plata que tenía en el cajón del mostrador, lo peinó por última vez, lloró un poco y ¡hasta la vista! ¡Buen viaje!

La pobre Tona ya no vió más al *siñor Martines*. Entre los carabineros que paseaban la playa no faltó una buena alma que tuvo el gusto de decirla la verdad.

No había tal viaje á Huelva. Las cartas que escribía Martínez eran para Ma-

drid, pidiendo que lo trasladasen á un punto lejano, pues los aires de Valencia no le probaban. Y, efectivamente; lo habían trasladado á la comandancia de la Coruña.

La *siñá* Tona creyó volverse loca. ¡Ladrón, más que ladrón! ¡Miren el mosquita muerta! Fíese usted de esas personas finas y de mucha labia. Pagarle así á ella... á ella, que le hubiese dado hasta el último céntimo, y que le peinaba bajo el tinglado en las horas de siesta tan amorosamente como si fuese su madre.

Pero toda la desesperación de la pobre mujer no impidió que saliese á luz lo que tan urgente hacía el matrimonio, y á los pocos meses la *siñá* Tona despachaba copas tras el mostrador, enseñando su pecho voluminoso de vaca rolliza y agarrada al rosado pezón una niña blanca, enteca, de ojos azules y una cabeza rubia y voluminosa que parecía una bola de oro.

III

Pasaron los años sin que sufriese la menor alteración en su monótona vida aquella familia que se albergaba en la barca convertida en taberna.

El Retor era todo un marinero, fornido, cachazudo, pero bravo en el peligro. De *gato* había ascendido á ser el tripulante de más confianza en la barca del *tío Borrasca*, y cada mes solía darle á su madre cuatro ó cinco duros de ahorros para que los guardase.

Tonet no hacía carrera. Entre él y su madre habíase entablado una lucha: Tona buscándole oficios, y él abandonándolos á los pocos días. Fué una semana aprendiz de zapatero; navegó poco más de dos meses con el *tío Borrasca* en calidad de *gato*, pero el patrón se cansó de pegarle sin conseguir que le obedeciese; después intentó hacerse tonelero, que era el más seguro de los oficios, pero el maestro le echó á la calle, y por fin á los diecisiete

años se metió en una *colla* del puerto, cuadrilla de descargadores de buques, en la que trabajaba hasta dos veces por semana, y esto de mala voluntad, acosado por el deseo de tener que gastar.

Pero su vagancia y sus malas costumbres encontraban excusa á los ojos de la *siñá* Tona, cuando ésta le contemplaba en los días de fiesta (que eran los más para aquel bigardo) con la gorra de seda de hinchado plato sobre el rostro moreno, en el que comenzaba á apuntar el bigote, la chaqueta de lienzo azul ajustada al esbelto tronco y la faja de seda obscura ceñida sobre la camiseta de franela á cuadros negros y verdes.

Daba gloria ser madre de un mozo así. Iba á ser otro pillo como aquel Martínez de infausta memoria, pero más *salao*, más audaz y travieso, y de ello daban fe las chicas del Cabañal, que se lo disputaban por novio.

Tona regocijábase al saber el aprecio en que tenían á su hijo, y estaba enterada de todas sus aventuras. ¡Lástima que le *tirase* tanto el maldito aguardiente! Era todo un hombre no como el cachazudo de su hermano, que no se alteraba aunque le pasase un carro por encima.

Una tarde de domingo, en la taberna de «*Las buenas costumbres*», título terriblemente irónico, se tiró los vasos á la

cabeza con los de una *colla* de cargadores que trabajaban más barato, y cuando entraron los carabineros á poner paz, pilláronle faca en mano persiguiendo por entre las mesas á los contrarios.

Más de una semana lo tuvieron encerrado en el calabozo de la casa capitular; las lágrimas de la *siñá* Tona y las influencias del tío Mariano, que era muñidor en las elecciones, consiguieron sacarle á flote; pero tanto le corrigió el arresto, que en la misma noche de su libertad sacó otra vez la dichosa faca contra dos marineros ingleses que, después de beber con él, intentaron boxearle.

Era el gallito del Cabañal. Faena poca; pero una verdadera fiera para resistir las noches de borrasca, de taberna en taberna, no presentándose en la de su madre en semanas enteras.

Tenía su poquito de amores serios con cierta intimidad, que para muchos olía á matrimonio anticipado.

Su madre no estaba conforme con aquellas relaciones. No quería una princesa para su Tonet, pero la hija de *Paella* el tartanero le parecía poca cosa.

La tal Dolores era descarada como una mona; muy guapa, sí señor, pero capaz de comerse á la pobre suegra que tuviese que aguantarla.

Era natural que fuese así. Se había

criado sin madre, al lado del tío *Paella*. un borrachón que ya daba traspiés al amanecer cuando enganchaba la tartana y á quien el vino tenía consumido, engordándole únicamente la nariz, siempre en creciente, por las rojas hinchazones.

Era un mal hombre que gozaba la peor fama. Toda su parroquia la tenía en Valencia, en el barrio de Pescadores; cuando llegaba barco inglés se ofrecía como un sinvergüenza á los marineros para llevarles á sitios de confianza, y en las noches de verano cargaba su tartana de chicuelas con blancos *matinés*, mejillas embadurnadas y flores en la cabeza, conduciéndolas con sus amigos á los merenderos de la playa, donde se corrían juergas hasta el amanecer, mientras que él, alejado, sin abandonar el látigo ni el porrón de vino, se emborrachaba, mirando paternalmente á las que llamaba su ganado.

Y lo peor era que ante su hija no se recataba. Hablábale en los mismos términos que si fuera una de sus parroquianas; su vino locuaz sentía la necesidad de contarlo todo; y la pequeña Dolores, encogida, lejos de los agresivos pies de su padre, con los ojos desmesuradamente abiertos y en ellos una expresión de curiosidad malsana, oía el brutal soliloquio del *tio Paella*, que se relataba á sí

mismo todas las porquerías é infamias presenciadas durante el día.

Y así fué criándose Dolores. ¡Vaya, que lo que aquella chica ignorase!... Por eso Tona no la podía admitir como nuera. Si no se había perdido ahora que comenzaba á ser una mujer guapa, era porque algunas buenas vecinas la aconsejaban bien; pero aun así, la muchacha también daba sus escándalos con Tonet.

Aquello no estaba decente, y ella, como madre, era la primera en reconocerlo.

Tonet entraba en casa de su novia como si fuese el amo. Comía con ella, aprovechándose de que el tartanero no volviese hasta muy entrada la noche; y Dolores le repasaba la ropa y hasta hurgaba en los bolsillos del *tío Paella* para darle dinero al novio, lo que hacía lanzar al borracho un vómito interminable de injurias contra la falsa amistad, creyendo que en los momentos de alcohólica turbación le robaban las pesetas sus compinches de taberna.

Era un secuestro en regla el que hacía aquella chica, y Tonet, lentamente, una pieza hoy y otra mañana, fué trasladando toda su ropa desde la taberna de la playa á la casa del tartanero.

La *siñá* Tona se quedaba sola. *El Retor* estaba siempre en el mar persi-

guiendo la peseta, como él decía, unas veces pescando y otras enganchándose como marinero en algún laúd de los que iban por sal á Torrevieja; Tonet, corriendo tabernas ó metido en casa del *tío Paella*, y ella aviejándose tras el mostrador de su tiendecilla, sin otra compañía que aquella chicuela rubia, á la que quería de un modo raro, con intermitencias, pues era el viviente recuerdo de aquel pillo de Martínez. ¡Ojalá se lo haya llevado el demonio!

Decididamente Dios sólo protegía á temporadas á las personas buenas. Los tiempos presentes ya no eran los de la primera época de su viudez.

Otras barcas viejas varadas en la playa habían sido convertidas en tabernas; los pescadores tenían donde escoger, y ademas, ella iba para vieja y la gente de mar no mostraba tantos deseos de beber requebrándola.

Resultado: que aunque la tabernilla conservaba sus antiguos parroquianos, sólo se sacaba de ella lo preciso para vivir, y que Tona más de una vez contempló de lejos su blanca barcaza, considerando melancólicamente el fogón apagado, la cerca casi derribada, tras la cual no gruñía el blanco cerdo esperando la matanza anual, y la media do-

cena de gallinas que picoteaban tristemente en la desierta arena.

Pasó el tiempo para ella con lenta monotonía, sumida en una estúpida somnolencia, de la que la sacaban únicamente las diabluras de Tonet ó la contemplación de un retrato del *siñor* Martínez puesto de uniforme, que ella conservaba colgado en su camarote con cierto refinamiento cruel, como para recordar su debilidad pasada.

La pequeña Roseta, aquella chicuela caída en la barca por obra y gracia del pillo carabinero, apenas si merecía la atención de su madre. Criábase como una bestiezuela bravía. Por la noche Tona había de ir en su busca para encerrarla en la barca después de darla una terrible zurra, y durante el día presentábase cuando la aguijoneaba el hambre.

¡Todo sea por Dios! Aquella chiquilla era una nueva cruz que había de arrastrar la pobre Tona.

Huraña y amiga de la soledad, tendíase en la arena mojada cogiendo conchas y caracoles ó amontonando algas. A veces pasaba horas enteras con los ojos azules fijos en el infinito, con la inmóvil vaguedad de una hipnótica, mientras la brisa salobre arremolinaba sus pelillos rubios, enroscados y tiesos como culebras ó hacía ondear el viejo refajo, que

dejaba al descubierto las piernecitas entecas de una blancura deslumbrante y en cuyas extremidades el ardor del sol había suplido la falta de medias, tostando la fina piel con un color rojo.

Y allí se estaba horas y más horas con el vientre hundido en la arena mojada, que cedía bajo su peso: acariciado el rostro por aquella delgadísima capa de agua que avanzaba y retrocedía sobre el reluciente suelo con las ondulaciones caprichosas del moaré.

Aquella bohemia era incorregible. Lo que decía Tona: *de tal palo tal astilla*: También el granuja de su padre se pasaba las horas muertas embobado ante el horizonte, como si soñara despierto y sin servir para otra cosa.

Si ella tuviera que vivir de lo que trabajase aquella hija, estaba arreglada. ¡Criatura más desmañada y perezosa!... En la taberna rompía vasos y platos al intentar limpiarlos; quemábase el pescado en la sartén si ella cuidaba del fogón, y al fin su madre tenía que dejarla corretear por la playa ó que fuese á la *costura* del Cabañal. A temporadas dominábala un deseo loco de aprender, y se escapaba, exponiéndose á una paliza, para ir en busca de la maestra; pero poco después huía de la escuela, cuando ya su

madre mostrábase conforme en que asistiera á ella.

En verano únicamente ayudaba á la pobre Tona.

El lucro uníase á su afán de correteo sin objeto, y cargada con un cántaro tan grande como ella, iba vaso en mano por la playa de baños ó pasaba audazmente por entre los lujosos carruajes que rodaban por el muelle, mirando á todas partes con sus ojazos soñadores, agitando la maraña de rubios pelos y gritando con su voz débil *¡al aigua fresqueta!*, sacada de la fuente del Gas.

Unas veces con esto y otras con el cesto de caña lleno de galletas, que pregonaba con tono melancólico, *¡salaes y dolses!*, Roseta conseguía entregarle á su madre por las noches unos dos reales, lo que aclaraba un poco el gesto fosco de Tona, á quien los malos negocios iban haciendo egoísta.

Y así iba creciendo Roseta; siempre en huraño aislamiento, acogiendo con serenidad amenazante las palizas de su madre; odiando á Tonet, que nunca se había fijado en ella; sonriendo alguna vez al *Retor*, que cuando bajaba á tierra solía tirarle amistosamente de los retorcidos pelos, y despreciando á la pillería de la playa, de la cual alejábase con airecillo de reina orgullosa.

Tona acabó por no ocuparse de su chiquilla, á pesar de ser su única compañera en aquella vivienda que en las tardes del invierno parecía estar en pleno desierto. Tonet y la hija del tartanero eran su continua preocupación.

Aquella perdida habíase propuesto robarle toda su familia. Ya no se contentaba con Tonet, y éste llevaba á casa de Dolores á su hermano *el Retor* el cual, al saltar á tierra, pasaba como rápida exhalación por la tabernilla de la playa, yendo á descansar en casa del tartanero, donde resultaba para los novios un testigo poco molesto.

Pero en realidad, lo que incomodaba á Tona más que la influencia que Dolores ejercía sobre sus hijos, era que veía desvanecerse un plan que acariciaba hacía mucho tiempo.

Tenía pensado el matrimonio de Tonet con la hija de una antigua amiga.

Como guapa no podía compararse con aquella endemoniada hija del tartanero, pero la *siñá* Tona se hacía lenguas de su bondad (la condición de los seres insignificantes) y se callaba lo más importante, ó sea que Rosario, la muchacha en quien ella había puesto los ojos, era huérfana; sus padres habían tenido en el Cabañal una tiendecita, de la que se surtía la tabernera, y ahora, después de su muer-

te, le quedaba á la hija casi una fortuna; lo menos tres ó cuatro mil duros.

¡Y cómo quería á Tonet la pobrecita! Al verle en las calles del Cabañal, le saludaba siempre con una de sus sonrisas de cordera mansa, y pasaba las tardes en la playa gozándose en hablar con la *siñá* Tona, tan sólo porque era la madre de aquel gallito bravo que traía revuelta á toda la población.

Pero de aquel muchacho no podía esperarse cosa buena. Ni la misma Dolores, con tener sobre él tan absoluto poderío, lograba domarle cuando le soplaba la racha de las locuras, y á lo mejor desaparecía semanas enteras, sabiéndose después por referencias que había estado en Valencia durmiendo de día en alguna casa del barrio de Pescadores, emborrachándose de noche, aporreando á sus embrutecidas compañeras dè hospedaje y gastándose en orgías de pirata hambriento lo que ganaba en alguna timba de calderilla.

En una de estas escapatorias fué cuando cometió el gran disparate, que costó á su madre un mes de llantos é innumerables alaridos. Tonet, con otros amigotes, sentaron plaza en la marina de guerra, Estaban hastiados de la vida del Cabañal; les resultaba desabrido el vino de las tabernas.

Y llegó el día en que aquel endiablado muchacho, vestido de azul, con la blanca gorrilla ladeada y el saco de ropa al hombro, se despidió de Dolores y de su madre para ir á Cartagena, donde estaba el buque á que iba destinado.

¡Anda con Dios! Mucho le quería la *siñá* Tona, pero al fin podía descansar. Por quien más lo sentía ella era por la pobre Rosario, que siempre calladita y humilde iba á coser en la playa en compañía de Roseta y preguntaba con timidez emocionada á la *siñá* Tona si había recibido carta del marinero.

Así pasó el tiempo, siguiéndose desde la barcaza de la playa todos los viajes y estaciones que hacía la *Villa de Madrid*, fragata donde iba Tonet como marinero de primera.

¡Qué emoción cuando caía sobre el mostrador de húmedos tablones el estrecho sobre, pegado unas veces con roja oblea y otras con miga de pan, con su complicada dirección en letras gruesas: *Para la siñora Tona la del cafetín, junto á la casa dels bous!*

Un perfume raro, exótico, que hablaba á los sentidos de vegetaciones desconocidas, mares tempestuosos, costas envueltas en celajes rosa y cielo de fuego, parecía salir de aquellas groseras envolturas de papel; y las tres mujeres, leyen-

do y releyendo las cuatro carillas, soñaban en aquellos países desconocidos, en los negros de la Habana, los chinos de Filipinas y las modernas ciudades del Sur de América.

¡Qué chico aquel! ¡Cuánto tendría que contar cuando volviese! Tal vez había sido un bien el que cometiera la calaverada de marcharse; así sentaría la cabeza.

Y la *siñá* Tona, poseída de nuevo por aquella preferencia que le hacía idolatrar á su hijo menor, pensaba con cierto despecho en que su Tonet, aquel gallito bravo, estaba sometido á la rígida disciplina de á bordo, mientras que el otro, *el Retor*, el que ella tenía por un infeliz, marchaba viento en popa y era ya casi un prohombre en el gremio de la pesca.

Iba siempre á partir con el dueño de su barca; tenía sus secretos con el tío Mariano, con aquel personaje al que recurría Tona en todos sus apuros.

En fin, que ganaba dinero, y que la *siñá* Tona se daba á todos los demonios viendo que á casa no traía un cuarto y que apenas si por ceremonia iba á sentarse un rato bajo el toldo de la tabernilla.

En otra parte le guardaban los ahorros: ¿y dónde había de ser? en casa de Dolores, de aquella maldecida, que sin

duda les había dado á sus hijos *polvos seguidores*, pues pasaban el tiempo siempre junto á ella como perros sumisos.

Allí estaba metido *el Retor*, como si en casa del tartanero se le perdiera algo al gran babieca. ¿No sabía que Dolores era para el otro? ¿No veía las cartas de Tonet y las contestaciones que ella hacía escribir á algún vecino?

Pero el muy tonto, sin hacer caso de las terribles burlas de su madre, allí permanecía, usurpando poco á poco el puesto de su hermano, sin que pareciera darse cuenta de sus avances.

Dolores tenía con él las mismas atenciones que con Tonet. Le arreglaba la ropa y le guardaba los ahorros, cosa que no le había ocurrido con el otro despilfarrador.

Un día murió el *tío Paella*. Lo trajeron á casa destrozado por las ruedas de su tartana. La borrachera le había hecho caer de su asiento, y murió como hombre consecuente, agarrado al látigo, que no abandonaba ni para dormir, sudando aguardiente por todos los poros y con la tartana llena de parroquianas pintarrajeadas, con flores á la cabeza; de aquellas que él llamaba su ganado.

A Dolores no le quedaba otro arrimo que su *tía Picores* la pescadera, protec-

tora poco envidiable, pues hacía el bien á bofetadas.

Y entonces, á los dos años de estar ausente Tonet, fué cuando circuló la gran noticia.

Dolores y *el Retor* se casaban.

¡Gran Dios! ¡Qué ruido produjo la noticia en el Cabañal! La gente decía que era ella la que se había declarado al novio, añadiendo otros detalles más fuertes que hacían reir.

A Tona había que oirla. Aquella *siñora* de la herradura se había empeñado en meterse en la familia, é iba á conseguirlo. Ya sabía lo que se hacía la muy tunanta. Un marido bobalicón que se matase trabajando era lo que le convenía. ¡Ah, ladrona! Cómo había sabido coger al único de la familia que ganaba dinero.

Pero la reflexión egoísta hizo callar poco después á la *siñá* Tona. Mejor era que se casasen. Esto simplificaba la situación y favorecía sus planes. Tonet se casaría con Rosario.

Y aunque á regañadientes, se dignó asistir á la boda y llamar *filla meua* á aquel hermoso culebrón, que tan fácilmente dejaba á unos para tomar á otros.

Lo que á todos preocupaba es lo que diría Tonet al saber la noticia. ¡Bonito genio tenía el marinero! Y por esto la

sorpresa fué general al saberse que había contestado dándolo todo por bien hecho. Sin duda la ausencia y los viajes le habían cambiado, hasta el punto de parecerle muy natural que Dolores se casase, ya que le faltaba *arrimo*. Además,—como él decía;—para que cayese en otro, mejor era que se casara con su hermano, que era un buen muchacho.

Y tan razonable como en esta ocasión, se mostró el marinero cuando con la licencia en el bolsillo y el saco del equipaje á cuestas se presentó en el Cabañal, asombrando á todos con su gallardo porte y el rumbo con que se gastaba el puñado de pesetas que le habían entregado como alcances del servicio.

Saludó á Dolores como una buena hermana. ¡Qué demonio! De lo pasado no había que acordarse. El también había hecho de las suyas en sus viajes.

Y no se preocupó gran cosa de ella ni del *Retor*, ocupado en gozar la aura de popularidad que le proporcionaba su regreso.

Noches enteras pasaba la gente al fresco, sentada en sillas bajas ó en el suelo, frente á la puerta de la antigua casa de *Paella*, donde ahora vivía *el Retor*, oyendo con arrobamiento al marinero la descripción de extraños países, en la cual intercalaba graciosas mentiras

para mayor asombro de los papanatas que le admiraban.

Entre aquellos pescadores rudos y embrutecidos por el trabajo y de sus antiguos compañeros en la descarga, Tonet causaba en las muchachas del Cabañal el efecto de un aristócrata, con su palidez morena, el bigotillo erizado, las manos limpias y cuidadas y la cabeza aceitosa y bien peinada, con la raya en medio y dos puntitas pegadas á la frente asomando bajo la gorra de seda.

La *siñá* Tona estaba satisfecha de su hijo. Reconocía que era tan pillo como antes, pero sabía vivir mejor, y bien se conocía que le había aprovechado la dura existencia del barco. Era el mismo; pero la ruda disciplina militar había pulido su exterior de burdas asperezas: si bebía no se emborrachaba; seguía echándola de guapo, aunque sin llegar á ser pendenciero, y ya no buscaba el realizar sus caprichos de aturdido, sino el satisfacer sus egoísmos de vividor.

Por esto acogió benévolamente todas las proposiciones de su madre. ¿Casarse con Rosario? Conforme; era una buena chica y además tenía un capitalito que podía hacer mucho en manos de un hombre inteligente, y esto era lo que él deseaba.

Un hombre, después de servir en la

marina real, no podía dignamente cargarse sacos en el muelle. Todo antes que esto.

Y con gran alegría de la *siñá* Tona se casó con Rosario.

Todo iba bien. ¡Qué hermosa pareja! Ella pequeñita, tímida, sumisa, creyendo en él á ojos cerrados, y Tonet soberbio en su fortuna, tieso, como si bajo la camisa de franela llevase una coraza hecha con los miles de duros de su mujer; dispensando protección á todos y dándose la vida de un prohombre; en el café tarde y noche, fumando en pipa y luciendo las altas botas impermeables en los días de lluvia.

Dolores la veía sin mostrar la menor emoción. Unicamente en sus ojos de soberana brillaban aquellos puntos de oro, chispas que delataban el ardor de misteriosos deseos.

Pasó un año de felicidad. El dinero, amasado ochavo sobre ochavo en la mísera tiendecita donde nació Rosario, escapábase locamente por entre los dedos de Tonet; pero llegó el momento de verle el fondo al saco, como decía la tabernera de la playa al reprender las prodigalidades de su hijo.

Comenzaron los apuros y con ellos la discordia, el llanto y hasta las palizas en casa de Tonet. Ella se agarró á la ces-

ta del pescado, como lo hacían todas las vecinas; de su fama de rica descendió á la vida embrutecedora y fatigosa de pescadera de las más pobres; levantábase poco después de media noche; esperaba en la playa con los pies en los charcos y el cuerpo mal cubierto por el viejo mantón, que muchas veces ondeaba con el viento de tempestad; iba á pie á Valencia, abrumada por el peso de las banastas; volvía por la tarde á su casa desfallecida por el hambre y el cansancio, pero se tenía por feliz si podía mantener al señor en su antiguo boato y evitarle toda humillación que se tradujera en maldiciones y alborotos.

Por lograr que pudiera pasarse la noche en el café con su tertulia de maquinistas de vapor y patrones de barca, ahogaba muchas mañanas en la Pescadería su hambre rabiosa, excitada ante los humeantes chocolates y las chuletas entrepanadas que veía sobre las mesas de sus compañeras.

Lo importante era que nada faltase á aquel ídolo, pronto siempre á enfadarse y á maldecir la perra suerte de su casamiento; y á la pobre mujercita, cada vez más flaca y derrotada, le parecían insignificantes todas sus miserias, siempre que al señor no le faltase la peseta para el café y el dominó, la comida abundan-

te y las camisetas de franela bien vistosas para seguir sosteniendo la antigua fama. Algo caro le costaba; ella envejecía antes de los treinta años, pero podía lucir como propiedad exclusiva el mejor mozo del Cabañal.

El infortunio los aproximaba al *Retor*, á aquel otro matrimonio que subía y subía por el camino de la prosperidad, mientras ellos rodaban cabeza abajo.

Los hermanos deben ayudarse en los malos trances; eso es muy natural, y por ello, Rosario, aunque á regañadientes, iba á casa de Dolores y consentía que Tonet reanudase una amistad íntima con su cuñada. Esto la atormentaba, pero no había que reñir: se disgustaría *el Retor*, y este bonachón era el que muchas semanas mantenía al matrimonio cuando no había pescado para vender ó aquel vago de gentil aspecto no lograba ganarse algún duro interviniendo en esos pequeños negocios propios de los puertos de mar.

Pero llegó el momento en que las dos mujeres, que se odiaban, cansáronse de fingir.

Después de cuatro años de matrimonio Dolores resultó en cinta. *El Retor* sonreía como un bendito al dar á todo el mundo la fausta noticia, y las vecinas alegrábanse también, pero de un modo

maligno. Era pura sospecha, pero se comentaba la coincidencia de aquel embarazo tardío con la época en que Tonet mayor apego mostraba á la casa de su hermano, pasando en ella más tiempo que en el café.

Las dos cuñadas riñeron con toda la franqueza salvaje de sus caracteres; entre ellas marcóse eterna división, y en adelante sólo visitó Tonet la casa del *Retor*, lo que indignaba á Rosario, haciendo que las riñas conyugales terminasen siempre con bárbaras palizas.

Y de este modo transcurrió el tiempo. Rosario afirmando que el chiquillo de Dolores tenía la misma cara de Tonet; éste siempre á remolque de su hermano mayor, que sentía por él la debilidad de otros tiempos, y á pesar de su espíritu económico se dejaba saquear por aquel vago; y la hermosa hija del *tío Paella*, burlándose de su cuñada la *tísica*, la *pava*; gozándose en insultar su pobreza, su vida trabajosa, y haciendo alarde del poderío que tenía sobre Tonet, el cual, como en otros tiempos iba tras ella, dominado y sumiso como un perro.

Un hálito de perpetua guerra, de burlona insolencia, parecía ir desde la antigua casa del *tío Paella*, restaurada y embellecida, á la barraca miserable de techo desvencijado donde Rosario se ha-

bía refugiado empujada por la miseria. Las buenas vecinas, con la más santa de las intenciones, se encargaban de circular las insolencias é insultos, llevando y trayendo recados.

Y cuando Rosario, roja de indignación y con los ojos llorosos necesitaba desahogo y consuelo, iba á la playa á la barcaza-taberna, que adquiría un color sombrío y parecía envejecer como su dueña. Allí la oían silenciosamente, moviendo su cabeza con expresión de desconsuelo, la *siñá* Tona y Roseta: aquellas dos mujeres, que á pesar de su íntimo parentesco vivían con huraña hostilidad, no coincidiendo más que en su despreciativo odio á los hombres. La barca, que les servía de madriguera, era como un observatorio, desde el que contemplaban lo que ocurría entre las dos familias.

¡Los hombres! ¡Vaya una gentuza! La *siñá* Tona lo afirmaba mirando de soslayo el retrato del carabinero, que parecía presidir la taberna. Todos eran unos granujas, que no valían ni el cordel para ahorcarlos. Y Roseta, con sus ojazos verdemar límpidos y serenos de virgen que todo lo sabe y está curada de espanto, murmuraba con expresión soñadora:

—*Y el que no es granuja es com el Retor: un bestia.*

IV

Aunque el día era de invierno, picaba tanto el sol, que *el Retor* y Tonet estaban en la playa, agazapados á la sombra de un laúd viejo encallado en la arena. Tiempo les quedaba de tostarse cuando saliesen al mar.

Los dos hablaban lentamente, como adormecidos por el brillo y el calor de la playa. ¡Vaya un día hermoso! Parecía imposible que estuviesen en vísperas de Semana Santa, la época de los aguaceros y de los repentinos temporales.

El cielo, inundado de luz, tenía un tinte blanquecino; como copos de espuma caídos al azar, bogaban por él algunos girones de vapor plateado, y de la arena caldeada salía un vaho húmedo que envolvía los objetos lejanos, haciendo temblorosos sus contornos.

La playa estaba en reposo. La casa *dels bous*, donde rumiaban en sus esta-

blos los enormes bueyes para el arrastre de las barcas, alzaba su cuadrada mole con el rojizo tejado y los azules cuadrantes de sus paredes sobre aquellas largas filas de barcas puestas en seco, que formaban en la orilla una ciudad nómada con calles y encrucijadas; algo semejante á un campamento de los griegos de la edad heroica, que sacaban del agua sus birremes para que les sirvieran de trincheras.

Los mástiles latinos, inclinados graciosamente hacia la proa y con sus puntas gruesas y romas formaban un bosque de garrochas de picador; entrecruzábanse las embreadas cuerdas, como lianas y trepadoras de aquella selva de palos; bajo las gruesas velas caídas en las cubiertas, rebullíase toda una población anfibia, al aire las rojizas piernas, con la gorra calada hasta las orejas, repasando las redes ó atizando el fogón, en el cual burbujeaba el suculento caldo de pescado, y sobre la ardiente arena descansaban las ventrudas quillas pintadas de blanco ó azul como panzas de monstruos marinos tendidos voluptuosamente bajo las caricias del sol.

Reinaba allí, en aquella población improvisada, tal vez deshecha á la noche para esparcirse por la inmensidad de aquella faja azul que cerraba el ho-

rizonte, el orden y la simetría de una ciudad moderna tirada á cordel.

En primera fila, donde las olas se adelgazaban como láminas de cristal sobre los arabescos de arena, estaban las barcas pequeñas, las que van á por la sardina y las que pescan al *volantí:* pequeños y airosos esquifes, que parecían la vistosa pollada de las grandes barcas que estaban detrás, parejas del *bou* con idéntica altura é iguales colores.

En última fila estaban los veteranos de la playa, los barcos viejos, con el vientre abierto, mostrando por los negros rasguños las carcomidas costillas, con el mismo aire de tristeza de los caballos de plaza de toros, como si pensasen en la ingratitud humana, que abandona á quien bien le sirvió apenas cae en la vejez.

Ondeaban izadas en los mástiles las redes rojizas puestas á secar, las camisetas de franela, los calzones de bayeta amarilla, y por encima de este vistoso empavesado pasaban las gaviotas trazando círculos, como si estuvieran borrachas de sol, hasta que se dejaban caer por un instante en el mar azul y tranquilo, agitado por leves estremecimientos y que parecía hervir con burbujas luminosas é inquietas bajo el calor del mediodía.

El Retor hablaba del tiempo, paseando sus ojos amarillentos de buey manso sobre el mar y la costa.

Seguía con la vista las puntiagudas velas que corrían por la línea verdosa del horizonte como alas de paloma que estuvieran bebiendo allá lejos, y después miraba la costa, que se encorvaba formando golfo, con su orla de masas verdes y blancos caseríos; las colinas del Puig, enormes tumefacciones de aquella playa baja que invadía el mar en sus ratos de cólera; el castillo de Sagunto, enroscando sus ondeados baluartes sobre la larga montaña de un suave color de caramelo, y desde allí, tierra adentro y cerrando el horizonte, la dentellada cordillera, oleaje de rojo granito que, con sus crestas inmóviles, parecía lamer el cielo.

Ya estaban en el buen tiempo. *El Retor* era quien lo afirmaba, y sabido era en el Cabañal que en estas cuestiones había heredado el acierto de su patrón, el *tío Borrasca*. Aun quedaban para la próxima semana algunas tormentas, pero serían poca cosa: había que dar gracias á Dios porque el mal tiempo acababa tan pronto, y los hombres honrados podrían ganarse el pan sin miedo.

Y hablaba con lentitud, mascando la negra tagarnina de contrabando y

sumiéndose en el majestuoso silencio de la playa. Algunas veces, sobre el lento susurro del agua tranquila, destacábase la voz lejana de una muchacha, como si saliera de bajo de la tierra, entonando una canción de monótona cadencia; sonaba lentamente el *¡oh... oh isa!* de unos cuantos muchachos que tiraban de un pesado mástil al compás de la soñolienta exclamación; gritaban como pájaros desde las cubiertas de las barcas las mujeres desgreñadas, llamando á comer á los *gatos*, que estaban en los establos contemplando los bueyes; sonaban los pesados mazos de los calafates con incesante regularidad, y todos los ruidos absorbíanse en la calma majestuosa de aquel ambiente vibrante impregnado de luz, que envolvía sonidos y objetos en una vaguedad fantástica.

Tonet miraba á su hermano con expresión interrogante, esperando que su calma cachazuda acabase de formular todo el plan.

Por fin habló *el Retor*.

En una palabra: que estaba ya cansado de ganar el dinero lentamente; que quería dar el golpe como lo habían hecho otros. En el mar está el pan para todos; sólo que unos lo cogen negro y á costa de muchos sudores, mientras que los otros lo pillan del más sabroso si tienen

pecho para exponerse. ¿Le entendía Tonet?

Y sin esperar contestación púsose en pie y fué hasta la proa de la vieja barca para ver si alguien escuchaba al otro lado.

Nadie. La playa estaba desierta. No se veía una sola persona en aquella extensión de arena donde en verano se plantaban las *barraquetes* para los bañistas de Valencia. A lo último veíase el puerto erizado de mástiles con banderas, vergas entrecruzadas, chimeneas encarnadas y negras y grúas que parecían horcas; avanzaba mar adentro la escollera de Levante como un muro ciclópeo de rojos bloques aglomerados al azar por una trepidación del terreno; el amontonamiento de edificios del Grao, las grandes casas donde estaban los almacenes, los consignatarios, los agentes de embarque, la gente de dinero, la aristocracia del puerto; y después, como una larga cola de tejados, la vista encontraba tendidos en línea recta el Cañamelar, el Cabañal, el *Cap de Fransa*, una masa prolongada de construcciones de mil colores, que decrecían conforme se alejaban del puerto; al principio fincas con muchos pisos y esbeltas torrecillas, y en el lejano extremo, lindante con la vega,

blancas barracas con la caperuza de paja torcida por los vendavales.

No temiendo espionajes, *el Retor* volvió á agazaparse al lado de su hermano.

Su mujer se lo había metido en la cabeza, y él, después de pensarlo mucho, había acabado por creerlo aceptable. Se trataba de un viaje á la *costa de afora*, á Argel, como quien dice á la pared de enfrente de aquella calle azul y mudable que tantas veces recorrían como pescadores. Nada de pescado, que no se deja coger siempre que el hombre quiere; buenos fardos de contrabando; la barca llena hasta los topes de *alguilla* y *flor de Mayo*, *¡rediel!*; ese era el negocio, y mil veces lo había hecho su pobre padre. ¿Qué le parecía?

Y el honradote *Retor*, incapaz de faltar á lo que le previniese el alguacil del pueblo ó el cabo de mar, reíase como un bendito al pensar en aquel *alijo* de tabaco que hacía tiempo le danzaba en la cabeza, y le parecía ya ver sobre la arena los fardos de lona embreada. Como buen hijo de la costa, y recordando las hazañas de sus mayores, consideraba el contrabando como la profesión más natural y honrada para un hombre aburrido de la pesca.

A Tonet le parecía bien. Ya habia hecho él dos viajes de tal clase, engan-

chándose como simple marinero; y ahora que no encontraba trabajo en el muelle y que el tío Mariano no acababa de sacarle aquel empleo tan codiciado en las obras del puerto, no tenía inconveniente en seguir á su hermano.

Este redondeaba su plan. Tenían ya lo más importante: barca propia, la *Garbosa*. Y como Tonet lanzase una exclamación de asombro, *el Retor* entró en detalles. Ya sabía él que la tal barca estaba casi despanzurrada, con los costillares desunidos y la cubierta combada hacia bajo; una ruina que, al saltar sobre las olas, sonaba como una guitarra vieja; pero no le habían engañado; treinta duros dió por ella; compró la leña y nada más, pero aun sobraba para hombres que conocían el mar y eran capaces de atravesarlo en un zapato.

Además—y guiñaba un ojo con su malicia de muchacho grande,—con una barca así se tenía la ventaja de perder poco si el guardacostas les echaba la zarpa.

Y con este argumento de una sencillez sublime, convencíase *el Retor* de la conveniencia de tal temeridad, sin ocurrírsele ni remotamente que exponía su vida.

Con su hermano y dos hombres de confianza quedaba formada la tripula-

ción. Ahora sólo necesitaba hablarle al tío Mariano, que tenía buenos conocimientos en Argel de la época en que hacía el negocio.

Y como hombre decidido que teme arrepentirse si espera mucho, quiso ir en busca inmediatamente de aquel personaje poderoso, que les honraba mucho con ser su tío.

A aquellas horas debía estar fumando su pipa en el café de *Carabina*, y allá se fueron los dos hermanos.

Al pasar por cerca de la casa *dels bous* miraron la barcaza-taberna, cada vez más negruzca y abandonada, saludando con un *¡adiós, mare!* el rostro enorme, lustroso y de colgantes carrillos que, encuadrado por un pañuelo blanco semejante á toca monjil, asomaba por la boca de cueva abierta sobre el mostrador.

Algunas ovejas sucias y flacas rumiaban la hierbecilla de las marismas inmediatas á la población; cantaban las ranas en los charcos, confundiendo su monótono *rac-rac* con la susurrante calma de la playa, y sobre las redes de color de vino, festoneadas de corcho, tendidas sobre la arena, picoteaban los gallos, que erizaban sus luminosas plumas despidiendo reflejos metálicos.

A la orilla de la acequia del Gas, las mujeres, en cuclillas, saludando á lo alto

con sus inquietas posaderas, lavaban la ropa ó fregaban los platos en aquella agua infecta que discurría sobre un fango negruzco cargado de mortales emanaciones. Los calafates agitábanse mazo en mano en torno de un esqueleto de madera nueva, que parecía de lejos la osamenta de un monstruo prehistórico, y los cordeleros, arrolladas al busto las madejas de rubio cáñamo, andaban de espaldas por la ribera de la acequia, formando entre sus ágiles dedos el hilo que se prolongaba sujeto al incansable torno.

Llegaron al Cabañal, al barrio llamado de las Barracas, donde se albergaba la gente pobre sometida por la miseria á la servidumbre del mar.

Las calles, tan rectas y regulares como desiguales eran los edificios; las aceras de ladrillos rojos, escalonadas á capricho, según la altura de las puertas; en el arroyo fangoso, negruzco, con profundas carrileras y charcos formados por la lluvia de semanas antes, dos hileras de olivos enanos, golpeando con las empolvadas ramas á los transeuntes y unidos sus nudosos troncos por cuerdas en que se secaban las ropas, ondeando como banderas con la fresca brisa del mar.

Las barracas blancas, interpoladas entre las casas modernas de pisos altos, pintadas todas al barniz como barcos

nuevos y con la fachada de dos colores, como si sus dueños no pudieran sustraerse en tierra á la manía de la línea de flotación. Sobre algunas puertas adornos de talla que recordaban los mascarones de proa, y en toda la edificación el recuerdo de la antigua vida del mar, una amalgama de colores y de perfiles que daba á las casas cierto aspecto de buques en seco.

Ante algunas puertas y subiendo hasta la altura del tejado estaban plantados fuertes mástiles con garrucha, como signo de que en ellas vivían los dueños de las parejas del *bou*. Allí se secaban los artefactos de pesca más delicados, ondeando en lo alto con la majestad de un pabellón consular. *El Retor* miraba aquellos palitroques con cierta envidia. ¿Cuándo querría el Santo Cristo del Grao que él le pudiese plantar á su Dolores un palo así, frente á la puerta?

Pasaron la acequia del Gas, entrando en el Cabañal urbano, donde veranea la gente de Valencia. Las alquerías bajas, de panzudas rejas verdes, estaban cerradas y silenciosas; las anchas aceras repercutían los pasos con la sonoridad de una población abandonada; los copudos plátanos languidecían en aquella soledad, como si echasen de menos las alegres noches del estío con sus risas, sus corre-

teos y su incesante sonar de alegres pianos; y sólo se veía de vez en cuando algún vecino del pueblo, que con la gorra puntiaguda, manos en los bolsillos y cigarro en boca, marchaba perezosamente hacia los cafés, únicos lugares en que quedaba animación y vida.

El de *Carabina* estaba lleno. Bajo el entoldado de la puerta veíase una aglomeración de chaquetas azules, rostros bronceados y gorras de seda negra; chocaban con sordo tableteo las fichas del *dominó*, y á pesar de hallarse al aire libre, percibíase un fuerte olor de ginebra y tabaco picante.

Bien conocía Tonet aquel sitio. donde había triunfado como generoso en la primera época de su matrimonio. Allí estaba el tío Mariano solo en su mesa, aguardando sin duda la llegada del alcalde y de otros de su clase, mientras fumaba su enorme pipa, oyendo con desdeñosa superioridad al *tío Gori*, un viejo carpintero de ribera que durante veinte años iba allí todas las tardes á deletrear el periódico desde el título á la plana de anuncios ante unos cuantos pescadores que en los días de holganza le oían hasta el anochecer.

—*Se abre.... la sisión. El siñor Segasta pide la palabra.*

Y se interrumpía para decir al que estaba más cerca:

—*¿Veus? ¡Eixe Segasta es un pillo!*

Y sin más aclaraciones afirmábase las gafas y volvía á deletrear por debajo del blanco y chamuscado bigote.

Siñores: contestando á lo que ayer dijo...

Pero antes de llegar á quién era el que *dijo*, dejaba el periódico para mirar con superioridad á su embobado auditorio, afirmando con energía:

—*Ya arreglarém á este ambustero.*

El Retor, que había pasado tardes enteras admirando la sabiduría de aquel hombre tan *leído*, no se fijó en él, atento y sumiso para su tío, que se dignó quitarse la pipa de los labios para saludarles con un *¡hola, chiquets!*, permitiéndoles sentarse en las sillas que reservaba á sus ilustres amigos.

Tonet volvió la espalda para mirar á los jugadores de la mesa inmediata, que manejaban con entusiasmo los pedazos de hueso con puntos negros, y algunas veces sondeó con sus ojos el interior del café lleno de humo, buscando tras el mostrador, bajo los cromos marítimos, á la hija de *Carabina*, aliciente principal del establecimiento.

El señor Mariano (a) *el Callao* (aunque todos se guardaban de señalarle en

su presencia con tal apodo), estaba ya cerca de los sesenta, á pesar de lo cual se mantenía seco y bien plantado. Cobrizo, con las córneas de color de tabaco, el mostacho gris erizado como el de un gato cano y en toda su persona el aire de petulancia propio del necio que ha hecho cuatro cuartos.

Llamábanle *el Callao* porque cada día hablaba por lo menos una docena de veces de aquella jornada gloriosa á la que había asistido de joven como marinero de primera á bordo de la *Numancia*; mentaba á cada paso á Méndez Núñez, que él llamaba siempre don Casto, como si hubiera sido gran amigote del héroe, y los oyentes se entusiasmaban cuando se dignaba en el café relatar lo ocurrido en el Pacífico, imitando el estrépito de las andanadas del glorioso navío: ¡*Bum*! ¡*brurrrrum*!

Fuera de esto era un pájaro de cuenta. Había hecho el contrabando en aquella feliz época en que todos eran ciegos, desde la comandancia al último carabinero; todavía, si se presentaba ocasión, entraba á la parte en algún alijo; pero su principal industria era hacer obras de caridad, prestando á los pescadores y á sus mujeres al cincuenta por ciento mensual, lo que le valía la adhesión forzosa de un rebaño miserable que, después de

dejarse despojar, hacía cuanto él mandaba en las luchas políticas del pueblo.

Esto era el pedestal de su fama de personaje. Sus sobrinos le miraban con admiración tratarse de tú por tú con todos los alcaldes, y hasta algunas veces, vestido con la mejor ropa, ir á Valencia en la comisión de prohombres para hablar con el gobernador.

Avaro y cruel, sabía dar á tiempo una peseta; se familiarizaba con los pescadores, y hasta sus sobrinos, que no le debían más que la esperanza de alcanzar algo el día en que muriese, teníanle por el hombre más respetable y bondadoso de toda la población, á pesar de que muy contadas veces habían conseguido entrar en su hermosa casa de la calle de la Reina, donde vivía sin otra sociedad que la de una criada madura y de buenas carnes que le tuteaba y se permitía, al decir de la gente, una intimidad tan peligrosa, como era saber dónde tenía encerrado su *gato* el señor Mariano.

Oía éste á su sobrino con los ojos entornados y el entrecejo unido. ¡Hombre... hombre! No era malo el propósito. Así le gustaba á él la gente, trabajadora y atrevida.

Y aprovechando la ocasión para halagar su vanidad de ignorante enriquecido, comenzó á hablar de su juventud

cuando acababa de llegar del servicio del rey sin un cuarto, y para librarse de ser pescador como sus abuelos, habíase lanzado camino de Gibraltar y de Argel para favorecer al comerciante y que las gentes no fumasen la porquería del estanco.

Gracias á sus *agallas* y á Dios, que no le había abandonado, tenía con qué pasar bien la vejez. Pero aquellos tiempos eran otros; la gente iba recta á su negocio, mientras que ahora los guardacostas estaban mandados por oficialetes recién salidos de la escuadra de instrucción, con muchos humos y un palmo de orejas para escuchar las delaciones de los moscas, y no había quien parase la mano para recibir una docena de onzas á cambio de ser ciego por una hora.

El mes pasado habían cogido cerca del cabo de Oropesa tres barcas que venían de Marsella con telas; había que ir con cuidado; la gente estaba pervertida y abundaban los músicos de oreja. ¿Pero estaba él decidido? pues adelante; no sería su tío quien le quitase la idea, tanto más cuanto que le gustaba ver que los de la familia se cansaban de ser unos piojosos y querían hacer carrera. Más le valía á su padre, el pobre Pascual, haber seguido en el negocio, no volviendo á pescar.

¿Qué necesitaba de él? Vamos á ver: que hablase sin cuidado. Allí tenía á su tío para ayudarle. Si hubiese sido para la pesca, ni un céntimo: le repugnaba aquel excomulgado oficio en que los hombres se mataban para mal comer; pero siendo para lo otro, todo lo que quisiera. No podía remediarlo, *le tiraba* la afición al fardo prohibido.

Y como *el Retor* expusiera tímidamente sus pretensiones, balbuceando como si creyera decir demasiado, el tío le atajó con resolución.

Supuesto que tenía barca, lo demás corría de su cuenta. Le escribiría á sus amigos del *entrepot* de Argel, le darían un buen cargamento poniéndolo á su cuenta, y si era listo y llegaba á echarlo en tierra, le ayudaría á venderlo.

—*Grasies, tío* - murmuraba *el Retor* saltándosele las lágrimas.—¡*Qué bó es vosté*!...

Bueno; menos palabras. Para eso estaba él en la familia. Además, se acordaba mucho del pobre tío Pascual. ¡Lástima de hombre! ¡Un marinero de tantas agallas!... ¡Ah!, y á propósito. De las ganancias del alijo le daría el treinta por el favor que le prestaba. Porque ya era sabido. La familia era... la familia y los negocios... los negocios.

Y *el Retor*, todavía conmovido, apro-

baba esta elocuencia convincente con sendas cabezadas.

Quedaron en silencio. Tonet seguía de espaldas mirando á los jugadores, é indiferente para aquella conversación que los dos hombres sostenían con la vista fija y sin menear apenas los labios.

¿Y cuándo iba á ser el viaje? ¿En seguida? Lo preguntaba para escribir á los del *entrepot*.

Pero *el Retor* no podía salir hasta el sábado de Gloria. Ya hubiese querido él que pudiera ser antes, pero la obligación es lo primero, y el viernes tenía que salir con su hermano en la procesión del Entierro en la *colla* de los judíos. No así se abandona un puesto que venía ocupando la familia hacía no sé cuántos años con gran envidia de muchas gentes. El traje de sayón era de su padre.

Y el tío Mariano, á quien se tenía en el pueblo por un incrédulo, pues jamás dió á ganar al cura una peseta, movía la cabeza con grave expresión. Hacía bien su sobrino: para todo hay tiempo.

El Retor y su hermano pusiéronse en pie al ver que se aproximaban los amigos del tío.

Quedaban en que él ayudaría. Ya pasaría por casa de su sobrino para ultimar el asunto. ¿Querían tomar algo?... ¿Que no habían comido aún?

—*Bueno; pucs á dínar y hasta la vista, chiquets.*

Los dos hermanos se alejaron con paso lento por la desierta acera, volviendo al barrio de las Barracas.

—*¿Qué t'ha dit el tío?*—preguntó Tonet con indiferencia.

Pero al ver que su hermano movía la cabeza afirmativamente, se alegró.

¿De modo que el viaje era cosa hecha? Muy bien. A ver si su hermano se hacía rico y á él le alcanzaba algo para pasar bien el verano.

El bondadosote *Retor* conmovíase ante los buenos deseos de su hermano, y alegre por su conferencia con el tío, sentía deseos de abrazar á Tonet.

Aquel diablo de muchacho tenía buen corazón. Había que reconocer que le quería mucho y también á su Dolores y su Pascualet.

Lástima que sus dos mujeres se llevasen tan mal y hubiesen dado aquel escándalo en la Pescadería, del cual él sólo había alcanzado vagas noticias.

V

Tronaba en las calles del Cabañal, y eso que el día amaneció sereno.

La gente echábase de la cama aturdida por aquel ruido sordo é incesante igual al tableteo de lejanos truenos, y las buenas vecinas, desgreñadas, con los ojos turbios y ligeras de ropas, salían á las puertas para ver con la azulada luz del alba cómo pasaban los fieros judíos, autores de tanto estrépito, golpeando los parches de sus destemplados y fúnebre atabales.

Los más grotescos figurones asomaban en las esquinas, como si barajándose el almanaque, Carnaval hubiese caído en Viernes Santo.

La chavalería del pueblo echábase á la calle disfrazada con los extraños trajes de aquella mascarada tradicional; que no otra cosa resultaba la procesión del Encuentro.

Veíase á lo lejos, como pelotón de ne-

gras cucarachas, los encapuchados, *las vestas*, con la aguda y enorme caperuza de astrólogo ó juez inquisitorial, el antifaz de paño arrollado sobre la frente, una larga varilla negra en la mano, y caída sobre el brazo la larga cola del fúnebre ropón. Algunos, como suprema coquetería, llevaban enaguas de deslumbrante blancura rizadas y encañonadas, y asomando por bajo de ellas los recogidos pantalones y las botas de gomas, dentro de las cuales el enorme pie, acostumbrado á ensancharse con libertad sobre la arena, sufría indecibles angustias.

Pasaban después los judíos, fieros mamarrachos que parecían arrancados de algún escenario humilde donde se representan dramas de la Edad Media con ropería pobre y convencional. Era su indumentaria, esa que el vulgo conoce con el nombre vago y acomodaticio de *traje de guerrero*; tonelete cuajado de lentejuelas, de bordados y franjas, como la túnica de un *apache*; casco rematado por un escandaloso penacho de rabo de gallo y los miembros ceñidos por un tejido grueso de algodón que modestamente imitaba la malla de acero. Y como colmo de la caricatura y el despropósito, con las fúnebres *vestas* y los imponentes judíos, pasaban los *Granaderos de la Virgen*, buenos mozos, con enormes mitras

semejantes á las gorras de los soldados del Gran Federico y un uniforme negro adornado con galones de plata, que parecían arrancados de algun ataúd.

Era cosa de reirse de tan extrañas cataduras; pero á ver quién era el guapo que se atrevía á ello, ante el fervor profesional que se notaba en todos aquellos rostros atezados y graves. Además, no tan impunemente puede uno reirse de los cuerpos armados; y judíos y granaderos, para la custodia de Jesús crucificado ó de su madre, llevaban desenvainadas todas las armas blancas conocidas desde la edad primitiva hasta el presente; desde el enorme sable de caballería hasta el espadín de músico mayor.

Corrían tras ellos los muchachos, embobados por los vistosos uniformes; madres, hermanas y amigas admirábanles desde las puertas, lanzando un *¡Reina y siñora! qué guapos van;* y aquella mascarada piadosa servía para recordar á la humanidad olvidadiza y pecaminosa, que antes de una hora Jesús y su Madre iban á encontrarse en mitad de la calle de San Antonio, casi á la puerta de la taberna del tío *Chulla.*

Y conforme avanzaba el día y la luz azulada del amanecer tomaba los tintes rosados y calientes de la mañana, aumentaba en las calles el ronquido estre-

pitoso de los tambores, el toque de cornetas y las marciales marchas de las músicas, como si un ejército invadiese el Cabañal.

Las *collas* se habían reunido, y en filas de á cuatro, marchando tiesos, solemnes y admirados como vencedores, iban á la casa de sus capitanes á recoger la bandera que ondeaba en el balcón, fúnebres estandartes de terciopelo negro que ostentaban bordados los horripilantes atributos de la pasión.

El Retor era por herencia capitán de los judíos, y de noche todavía saltó de la cama para plantarse aquel hermoso traje guardado en el arcón durante el resto del año y que toda la familia consideraba como el tesoro de la casa.

Válgale Dios y qué angustias pasaba el pobre *Retor*, cada año más rechoncho y fornido, para embutirse en la apretada malla de algodón.

Su mujer, en ropas menores, al aire la exuberante pechuga, sudaba zarandeándole, tirando de un lado, apretando por otro para ajustar dentro del mallón las cortas piernas y el vientre de su *Retor*, mientras que Pascualet, sentado en la cama, miraba con asombro á su padre, como si no lo reconociera al verle con aquel casco de indio bravo erizado de plumajes y el terrible sable de caballería,

que al menor movimiento chocaba contra todos los muebles y rincones, produciendo un estrépito de mil diablos.

Por fin terminó el penoso tocado. Algo mal estaba, pero ya era hora de acabar. Las ropas interiores, arrolladas por la opresión de la malla, apelotonábanse; las piernas del judío parecían plagadas de tumores; apretábale el vientre el maldito calzón, hasta hacerle palidecer; la celada, por exceso de engrase, le caía sobre el rostro, lastimándole la nariz: pero ¡la dignidad ante todo!; y tirando del sablote, imitando con voz sonora el redoble del tambor, púsose á dar majestuosas zancadas por la habitación, como si su hijo fuese un príncipe á quien hacía guardia.

Dolores le miraba con sus ojazos dorados y misteriosos ir de un lado á otro como un oso enjaulado. Tentábanla á la risa aquellas piernas tortuosas; pero no; mejor estaba así que cuando llegaba por la noche á casa con el traje alquitranado y el aire de una bestia abrumada por el cansancio.

Ya llegaban; oíase la música de los judíos, que venían á por su bandera. Dolores se vistió apresuradamente, mientras el capitán salía á la frontera de sus dominios á recibir su ejército.

Sonaban acompasados los tambores;

el vistoso escuadrón agitaba los pies, el cuerpo, la cabeza, con rítmico contoneo, sin moverse del sitio, mientras Tonet y dos más, con gravedad imperturbable, subían al balcón á por el estandarte.

Dolores vió á su cuñado en la escalera, y fué instantáneo, fulminante el instinto de comparación. Parecía todo un militar, un general, ¡qué se yo!, algo que se separaba de la rudeza grotesca de los otros. No; aquél no tenía las piernas tortuosas y tumefactas, sino esbeltas, ajustadas, elegantes, como todos aquellos señores tan simpáticos llamados don Juan Tenorio, el rey don Pedro ó Enrique Lagardere, que tanto la habían conmovido recitando quintillas ó dando estocadas sobre la escena del teatro de la Marina.

Ya iban todas las *collas* camino de la iglesia; la música al frente, ondeante la negra bandera y ofreciendo desde lejos la vista de un tropel de brillantes insectos arrastrándose con incesante contoneo.

Comenzaba la ceremonia del encuentro. Marchaban por distintas calles dos procesiones; en la una la Virgen, dolorosa y afligida, escoltada por su guardia de sepulcrales granaderos, y en la otra Jesús, desmelenado y sudoroso, con la túnica morada hueca y cargada de oro, abrumado bajo el peso de la cruz, caído sobre los peñascos de corcho pintado que

cubrían la peana, sudando sangre por todos los poros; y en torno de él, para que no se escapase, los inhumanos judíos que, para mayor *carácter*, ponían un gesto feroz de pocos amigos; y las *vestas*, con el capuchón caído y la cola arrastrando sobre los charcos, tan tétricas, tan sombrías, que los chicuelos rompían á llorar, refugiándose entre los zagalejos de la madre.

Y los sordos parches, siempre tronando, las trompetas lanzando sonidos desgarradores, lamentos prolongados de ternerillo en matadero; y en medio de aquella chusma armada y feroz, niñas talluditas con los carrillos cargados de colorete, vestidas de odaliscas de ópera cómica, con un cantarillo al brazo para demostrar que eran la bíblica *Samaritana*; en las orejas y el pecho el brillante aderezo prestado y al aire las robustas pantorrillas con polonesas y medias rayadas.

Pero estos pequeños detalles no abrían paso á la impiedad.

—*¡Siñor!... ¡Ay Siñor, Deu meu!*—murmuraban con acento angustiado las viejas pescaderas, contemplando al ensangrentado Jesús en poder de aquella pillería excomulgada.

Entre los espectadores veíanse caras pálidas y ojerosas, bocas sonrientes, gen-

te alegre que, después de una noche tormentosa, había venido de Valencia para reirse un poco; y cuando se burlaban demasiado fuerte de aquellos grotescos figurones, no faltaba algún soldado de Pilatos que agitaba el espadón amenazante, rugiendo con santa indignación:

—*¡Morrals!... ¡Morrals! ¿Veniu á burlarse?*

¡A burlarse de una fiesta tan antigua como el mismo Cabañal! De Valencia habían de ser para atreverse á tanto.

Donde la gente se agolpaba era en el lugar del encuentro: en una encrucijada de la calle de San Antonio, frente á los azulejos que marcaban con extrañas figuras la estación del Calvario.

Allí se aglomeraban, empujándose por colocarse en primera fila, las inquietas pescaderas, rudas, agresivas, envueltas en sus mantones de cuadros y con el pañuelo sobre los ojos.

Rosario estaba en un grupo de viejas, haciendo esfuerzos con codos y rodillas por mantenerse en primera fila sobre la acera, viendo en lugar preferente la procesión.

La pobre mujer hablaba de su Tonet con entusiasmo. ¿Le habían visto? judío tan bien portado no se encontraba en toda la procesión. Y á la infeliz, hablando con tanto entusiasmo de su marido,

todavía le escocían las bofetadas con que el brutal Tonet había acompañado al amanecer la empresa de su acicalamiento.

Sintió sobre su pecho el rudo encontrón de un cuerpo macizo y poderoso que se colocaba ante ella, empujándola por conquistar su puesto.

Miró y, ¡habría tal atrevimiento!, era Dolores, su cuñada, con Pascualet de la mano, que se ahogaba en aquella aglomeración. La buena moza tenía su aire de soberana, avanzado el desdeñoso labio inferior al mirar á la gente. ¡Ah, la *arrastrada*!... ¡Y cómo la respetaban y mimaban todos, á pesar de su orgullo!

Las dos cuñadas, con gran desesperación de la *tía Picores*, seguían mirándose con hostilidad. Su reconciliación en la horchatería del Mercado había sido una tregua, y únicamente, como memoria de tantas promesas de amistad, saludábanse fríamente, pero con una expresión hostil en los ojos que hacía presentir nuevas explosiones.

Rosario, aturdida por el ímpetu de aquel cuerpo robusto que la empujaba, se limitó á contestar á la mirada de Dolores con un gesto de desprecio.

¡La muy desvergonzada! Venir con tanto aire á tirar á las gentes del sitio en que estaban. ¡Qué humos!... ¡Dejadle pa-

so á la reina del *carchofar!* Bien se sabía quién era cada una. Las personas sin educación se dan á conocer al momento.

Y la mujercilla débil y pálida iba coloreándose como si la embriagaran sus propias palabras. Reían sus amigas guiñando los ojos para animarla; comenzaba á girar sobre su carnoso cuello la soberbia cabeza de Dolores con la expresión de una leona que oye zumbar un moscardón á sus espaldas, cuando la procesión desembocó en la calle por una travesía inmediata, y una ondulación de curiosidad agitó á la muchedumbre.

Avanzaban en opuesta dirección las dos procesiones, moderando su paso, deteniéndose, calculando la distancia para llegar á la vez al lugar del encuentro.

La morada túnica de Jesús centelleaba con los primeros rayos de sol por encima de aquel bosque de plumajes, de cascos y de espadones en alto que la luz erizaba de deslumbrantes reflejos, y por el otro lado avanzaba la Virgen, contoneándose al compás del paso de sus portadores, vestida de negro terciopelo y cubierta por una gasa fúnebre, á través de la cual brillaban sobre el rostro de cera las lágrimas, para las cuales llevaba sin duda en las inmóviles manos su pañuelito rizado y encañonado.

Ella era la que atraía la atención de

las mujeres. Muchas lloraban. ¡*Ay, Reina y Soberana*! Aquel encuentro partía el alma. ¡Ver una madre á su hijo en tal estado! Era lo mismo (aunque la comparación fuese mala) que si ellas encontraran á sus chicos, tan buenos y honradotes, camino del presidio.

Y las pescaderas seguían gimoteando ante aquella madre dolorosa, lo que no les impedía fijarse en si llevaba algún adorno más que el año anterior.

Llegó el instante del encuentro. Cesaron los tambores en sus destemplados redobles; apagaron las trompetas sus lamentables alaridos; callaron las fúnebres músicas; quedáronse las dos imágenes inmóviles frente á frente y sonó una vocecita quejumbrosa cantando con monótono ritmo unas cancioncillas piadosas, en las que se pintaba lo conmovedor de aquel encuentro.

La gente oía embobada al *tio Grancha*, un viejo *belluter* que todos los años venía de Valencia á cantar por entusiasmo piadoso en aquella fiesta. ¡Qué voz! Partían el corazón aquellos quejidos, y por esto, cuando los bebedores de la inmediata taberna de *Chulla* se reían demasiado fuerte, promovíase una protesta general en la silenciosa muchedumbre, y los devotos clamaban con indignación:

—¡*Calléu*!... *recordóns*!

Subieron y bajaron las imágenes, lo que equivalía para la gente á dolorosos y desesperados saludos que se dirigían la madre y el hijo; y mientras se verificaban estas ceremonias y cantaba sus coplas el *tío Grancha,* Dolores no quitaba los ojos de aquel judío esbelto y arrogante que contrastaba con su capitán patizambo.

Podía estar de espaldas á Rosario, pero ésta la veía ó más bien adivinaba dónde iban sus ojos. ¿Pero han visto ustedes? Ni que se lo quisiera comer. ¡Qué desvergüenza! Y eso en presencia de su marido: ¡qué sería cuando Tonet iba á su casa con excusa de jugar con el sobrino y la encontraba sola!

Y mientras las dos procesiones se unían volviendo juntas á la iglesia, la celosa é inquieta mujercilla seguía rugiendo á media voz amenazas é insultos sobre aquellas espaldas anchas y rollizas, soberbio pedestal de la hermosa nuca, erizada de rizados pelos.

Dolores se volvió, dando una soberbia rabotada. ¿Pero era á ella á quien se decía tanta cosa? ¿Cuándo iba á dejarla en paz? ¿No podría mirar donde le diese la gana?

Y los puntitos de oro, con su brillo infernal, destacábanse sobre la pupila de hermoso verde mar.

Sí; para ella iban todas sus palabras; para ella, perra rabiosa, que se comía los hombres con los ojos.

Dolores reía con desprecio.

¡Gracias! Que se guardase el suyo. Vaya una prenda. Ella tenía su hombre y no podía acabárselo. Eso otras que estaban medio locas. *Piensa el ladrón que todos, etc...* Ella únicamente se dedicaba á romperles los morros á las insultadoras.

—¡*Mare*!... ¡*mare*!—gritaba Pascualet lloriqueando, agarrándose á las faldas de aquella soberbia moza que, palideciendo bajo su piel morena, se arqueaba ya para acometer, mientras que las amigas de Rosario agarraban á ésta por los flacos y nerviosos brazos.

—*¿Qué es asó?... ¿Sempre lo mateix?* —bramó un vozarrón cascado.

Y la enorme mole de la *tía Picores* se interpuso entre las combatientes.

Ella lo arreglaría todo. Sabía cómo se manejaba á aquellas locas. *Tú, Dolores... á casa. Y tú, mala llengua, que no te senta.*

Y á fuerza de empujones y amenazas las hizo obedecer.

¡Señor, qué gente! Hasta en un día tan santo, en viernes y en la procesión del Encuentro, armaban escándalo las

condenadas. ¡Señor mil veces! ¡Qué chicas las de ahora!

Y viendo la fiera vieja que todavía se insultaban de lejos, las amenazó con sus manos de bruja hinchada, logrando al fin que se dejasen llevar por las amigas.

El escándalo trascendió al poco rato por todo el Cabañal.

En la barraca de Tonet hubo gran alboroto. Antes de despojarse del traje de judío dió una paliza á su mujer para que se curara de celos.

El Retor habló de ello, mientras Dolores le sacaba del tormento de la malla á fuerza de tirones y sus carnes martirizadas recobraban la saludable expansión.

Su cuñada estaba loca: lo declaraba con la mayor lástima. Y aunque su hermano era un calavera y le dominaba el maldito aguardiente, no podía menos de compadecerlo al verle unido á una mujer intratable como un puerco espín.

Pero la familia era la familia. Porque Rosario fuese como era, no iba él á cerrarle las puertas á su hermano Tonet, y menos ahora, que si le ayudaba la suerte, tendría ocasión para hacerlo todo un hombre.

Dolores, pálida aún por la reciente emoción, aprobaba todas sus palabras con movimientos de cabeza.

En fin, que con tratarse poco ó nada con aquella loca, todo quedaría arreglado.

Y ahora al negocio.

Al día siguiente, cuando las campanas comenzaban á voltear con el toque de gloria; cuando se disparaban tiros en las calles y los muchachos aporreaban las puertas con garrotes, la «*Garbosa*», aquella ruina del mar, aparejada como una barca pescadora, extendía su gigantesca vela latina, blanca y coqueta como lienzo que se despliega por primera vez, y se alejaba de la playa del Cabañal, contoneándose pesadamente sobre las olas como belleza arruinada que, ocultando su vetustez, marcha en busca de su última conquista.

VI

Muy entrada ya la noche navegaba la «*Garbosa*» en aguas del cabo de San Antonio.

Coleaban en torno de la barca como enjambre de peces de fuego, los encendidos reflejos del faro, rotos y arrollados por la incesante movilidad de las aguas.

Destacábase el cabo con su gigantesca cortadura, recta, trabajada y bruñida por las tempestades, y detrás, tierra adentro, erguíase con ascensión interminable el sombrío Mongó como gigantesco borrón sobre la inmensidad azul.

El rojo faro brillaba sobre la obscura masa como el inflamado ojo de un cíclope acechando á los navegantes.

Era flojo el viento de la costa, y la «*Garbosa*» había pasado todo el día en atravesar el golfo. Ahora tenía ante su proa el mar libre: estaban como en la entrada del verdadero camino de Argel.

El Retor, sentado en la popa, junto á

la caña del timón, miraba la obscura masa del cabo como orientándose, y al mismo tiempo examinaba un viejo compás de su tío, sobre cuyo empañado vidrio proyectábase la luz del farolillo que iluminaba aquella parte del barco.

Tonet, sentado junto á él, ayudábale con su experiencia. De todos los de á bordo él era el único que había estado en Argel.

El camino era fácil; recto como una carretera. Al llegar al cabo, ¡caña al sudeste!, y no había más que dejar á la «*Garbosa*» que siguiese su camino si el viento era bueno.

El Retor se agarró con ambas manos á la caña del timón; viró la barca, exhalando quejidos como un enfermo que muda de postura; el manso oleaje que la mecía de lado comenzó á acometerla por la proa, obligándola á dar lentos cabeceos, en los que hervía la espuma brillando en la obscuridad, y el faro vióse por la popa, confundiéndose su inquieta faja rojiza con el rebullir de la estela.

Ahora á dormir.

Tonet se tendió al pie del mástil con un rollo de cuerdas por almohada y cubierto con un pedazo de lona.

Su hermano estaría en el timón hasta media noche, y después le relevaría él hasta la madrugada.

El Retor era el único que velaba á bordo de la «*Garbosa*». El sordo rumor del oleaje permitíale oir los ronquidos de la tripulación, que dormía casi á sus pies.

El, que en el mar vivía siempre libre de cuidados y que arrojaba las redes hasta en el mal tiempo, no podía dominar cierta inquietud al hallarse solo. Los temores de la propiedad comenzaban á dominarle. El negocio por cuenta propia hacíale cobarde. ¿Cómo saldría de aquella aventura? ¿Resistiría la «*Garbosa*» si se les echaba encima el mal tiempo? ¿Le pillarían cuando volviese cargado hacia España?

Y con una atención de padre que cuenta las toses y pulsaciones del hijo enfermo, atendía á los crujidos dolorosos de la vieja «*Garbosa*» como si los quejidos se los arrancase á él el dolor, y miraba á lo alto, á la punta de la vela, gigantesca sábana cóncava que, vista desde abajo, parecía rasgar con su punta aquel cielo de raso apolillado, por cuyos innumerables agujeros escapábase con vivo parpadeo el resplandor centelleante de lo infinito.

Pasó la noche con tranquilidad, y el día amaneció entre nubecillas rojas, con todo el calor y la calma propios del verano.

Palpitaba la vela con aleteo de ave gigantesca, hinchada apenas por las tibias ráfagas que cosquilleaban la superficie del mar, bruñida, inmóvil y azulada como espejo veneciano.

La tierra habíase perdido de vista. A babor, disfuminadas en el horizonte como vapores del amanecer, marcábanse vagamente dos manchas de color rosa. Tonet las señalaba á sus compañeros. Aquello era Ibiza.

La «*Garbosa*» avanzaba lentamente por la inmensidad circular, vasto anfiteatro de tranquilas aguas, en cuyos límites, como puntos indecisos, marcábanse las nubecillas de humo de las embarcaciones de vapor.

Tan lenta era la marcha de la barca, que apenas si su proa agitaba las aguas: la vela pendía muchas veces inmóvil del mástil, barriendo la cubierta con su orla inferior.

Desde la cubierta de la «*Garbosa*» alcanzaba la vista las hondas profundidades de aquella agua tranquila; las nubes y la misma barca reflejábanse en el fondo azulado con misterioso espejismo; coleaban con nerviosa rapidez las bandas de pescados brillantes como pedazos de estaño; jugueteaban como chicuelos traviesos los enormes delfines, sacando á flor de agua su grotesca jeta y el negro

lomo matizado de polvo brillante; aleteaban los peces voladores, mariposas del mar, que se hundían en el misterio de las aguas después de algunos instantes de vida atmosférica; y todos los seres extraños, de figuras fantásticas, de colores indefinibles, pintarrajeados unos como tigres, negros y fúnebres otros; gigantescos y fornidos, diminutos y nerviosos; de enormes bocas y cuerpo reducido ó de pequeña cabeza é hinchado vientre, bullían y se agitaban en torno de la vieja barca como si fuese uno de aquellos esquifes mitológicos á los que daban escolta las divinidades del mar.

Tonet y los dos marineros aprovechaban la calma para echar sedales; el *gato* de la barca vigilaba el fogón de proa, donde burbujeaba la olla del medio día; y *el Retor*, paseando por la estrecha popa y mirando al horizonte, se daba á todos los demonios ante la calma que aumentaba. La «*Garbosa*», aunque no estaba inmóvil, parecía enclavada siempre en el mismo sitio.

A lo lejos veíase un pailebot con las velas caídas, apresado por la calma, con la proa al Este, tal vez en busca de Malta ó de Suez. Pasaban por la línea del horizonte con marcha veloz grandes vapores de ancha chimenea, hundidos por excesiva carga hasta la línea de flotación;

trigueros que venían del mar Negro é iban hacia el Estrecho, llevando en sus entrañas la inmensa cosecha de la Rusia del Sur á los países del Norte.

El sol llegaba á su mayor altura. Brillaban las aguas como inflamadas, burbujeando bajo aquel resplandor de incendio; caldeábase la atmósfera como si hubiese llegado ya el verano, y en la cubierta de la «*Garbosa*» ardían las viejas tablas crepitando con el ruido de leña vieja.

La comida estaba á punto. Y patrón y marineros sentáronse al pie del mástil á la sombra de la vela, hundiendo todos su cuchara en el mismo plato.

Todos estaban despechugados, sudorosos, anonadados por aquella calma bochornosa; rodaba sin cesar el porrón de mano en mano para refrescar las secas fauces, y algunas veces miraban con envidia las aves de mar que revoloteaban á ras del agua como si temiesen cruzar aquella atmósfera caliginosa.

Al terminar la comida los marineros entornaban los ojos y se movían perezosamente, como si estuvieran borrachos, más del sol que del vino.

Iban á dormir en la *zorra* de aquel carro viejo, y uno tras otro deslizáronse en la cala de la barca, tumbándose sobre

las maderas que rezumaban, quejándose dolorosamente al menor vaivén.

Pasó la tarde y la noche sin ningún incidente. Al amanecer refrescó el viento, y la «*Garbosa*», como un caballo viejo de buena casta que siente la espuela, comenzó á encabritarse, cabeceando sobre las rizadas olas.

A medio día marcáronse en el límite del mar algunas manchas de humo, y poco después todos los tripulantes de la «*Garbosa*» veían salir pausadamente tras la verde faja del horizonte mástiles como campanarios, con plataformas enormes; torres de fortaleza; castillos flotantes pintados de blanco; toda una ciudad cargada con miles de hombres que avanzaba envuelta en humo, trazando caprichosas evoluciones, formando una sola pieza ó disgregándose hasta ocupar todo el horizonte: rebaño de leviatanes que conmovían las aguas agitándolas con sus ocultas aletas.

Tonet conocía aquello. Era la escuadra francesa del Mediterráneo que estaba haciendo evoluciones. Ya se aproximaban á Argel. Todos la contemplaban con asombro y temor. ¡Recristo, y qué cosas tan grandes hacen los hombres! El más pequeño de aquellos barcos, aquel cañonero blanco que empavesado de banderas y bolas negras iba por entre los

grandes navíos haciendo señales como un cabo que vigila la formación, no necesitaba más que rozar á la barca para convertirla en sémola. Y no se diga nada de aquellas vigas negras y redondas que asomaban por las aberturas de las torres. ¿A dónde irían á parar ellos si á los tales animalotes se les ocurriese estornudar?

Y los contrabandistas contemplaban la escuadra con la inquietud y el respeto del raterillo que viese desfilar un batallón de Guardia civil.

Se alejaron los acorazados, borrándose al poco rato en el horizonte, sin dejar más rastro que algunas nubecillas flotantes, absorbidas por el inmenso azul, que empequeñece las obras más gigantescas del hombre.

A media tarde comenzó á marcarse vagamente una sombra que parecía el arqueado lomo de un cetáceo. Ya tenían la tierra á la vista. Tonet recordaba aquello; era el centinela avanzado de la costa, el cabo de la *Mala Dona*. A babor estaba Argel.

La brisa refrescaba cada vez más; la vela, hinchada, describía una atrevida curva sobre el inclinado mástil; la proa hundíase y se levantaba saludando gentilmente el hervor del agua cortada que la cubría de espumarajos, y toda la «*Garbosa*», crugiente y conmovida, avanzaba

veloz, como esas bestias débiles que se esfuerzan al percibir próximas la cuadra y el descanso.

Caía la tarde, y en los flancos de la *Mala Dona*, con los perfiles esfumados por la distancia, íbanse marcando nuevas tierras, montañas bajas con blancas manchas de caseríos.

Y la barca, navegando cada vez más veloz, como si le atrajera la tierra, y ésta alejándose, como esos países de los cuentos de hadas que huyen conforme el viandante acelera su marcha.

La «*Garbosa*» inclinábase al Sudeste, y al cerrar la noche dejaba á estribor el gigantesco cabo y seguía de cerca la costa, saltando por encima del pequeño oleaje, que la hacía danzar alegremente.

Sobre el cielo de un hermoso azul turquí destacábase la dentellada crestería de la costa; venía de tierra un aliento cálido, como de misteriosa habitación cargada de extraño perfume, y surgía de la tierra la luna al principio de su creciente; una verdadera luna oriental, delgada y de cuernos encorvados como la que figura en el estandarte del Profeta y corona la cúpula de los minaretes. Aquello era estar en Africa.

Percibíase desde la «*Garbosa*» el choque del oleaje sobre los acantilados de la costa, las lucecillas de los pueblos ribe-

reños, los gritos de los moros del campo; y á lo lejos, al término de la montañosa línea, donde el mar parecía precipitarse en caprichosa revuelta, tierra adentro, brillaban algunos puntos rojos de vivo fulgor.

Allí estaba Argel. Tardaron unas tres horas en llegar. Las luces iban multiplicándose, como si por todas partes brotasen del suelo rosarios de luciérnagas; clasificábanse en diverso brillo é intensidad; las había á centenares en línea serpenteada, como si bordeasen un camino de la costa; y al fin, tras una orzada para doblar un pequeño promontorio, apareció la ciudad con todo su resplandor y movimiento de puerto levantino.

A excepción de Tonet todos en la barca se quedaron embobados contemplando aquel espectáculo. ¡Recristo! Que debía hacerse el viaje sólo por ver aquello. Podían ir al infierno el Grao y su puerto.

Estaban en una gran bahía de aguas sombrías é inmóviles, en cuyo fondo abríase el puerto con sus faroles verde y rojo en la embocadura. Y detrás la ciudad, escalonándose colina arriba, blanca hasta en las sombras de la noche, moteada por millares de luces, como si se celebrase alguna fiesta con espléndida iluminación. ¡Vaya un derroche de gas! En las aguas del puerto culebreaban las

líneas rojas, como si en el fondo se divirtieran los peces disparando cohetes voladores; brillaban los farolillos rojos en aquel bosque de mástiles, unos escuetos con la sobriedad de la marina mercante, otros con cofas y ametralladoras, y arriba, sobre los baluartes, en la ciudad baja puramente europea, destacábanse con resplandor de incendio las fachadas de los cafés cantantes, las grandes tiendas y aquellos bulevares atravesados por negro hormigueo y por veloces carruajillos con toldos de lienzo blanco.

Llegaban hasta la barca plegados, confundidos y revueltos por la brisa de la noche, las musiquillas de los cafés, el toque de retreta de los cuarteles, el rumor del gentío en las calles, los gritos de los boteros árabes que atravesaban el puerto: toda la agitada respiración de una ciudad comercial y exótica que, después de cometer durante el día las mayores felonías por conquistar el franco, se entrega al placer al llegar la noche con apetito excitado.

El Retor, repuesto de su sorpresa, pensaba en el negocio. Recordaba las instrucciones de su tío, y mientras la tripulación recogía la vela para quedarse al pairo, él prendía fuego á un calabrote embreado y agitaba la rojiza antorcha sobre su cabeza, ocultándola por tres ve-

ces tras una lona que sostenía el *gato* de la barca.

Varias veces repitió esta operación, mirando fijamente la parte más obscura de la costa. Tonet y los otros tripulantes seguían con curiosidad aquellas señales. Por fin vióse brillar por tres veces en tierra una luz roja. Los del *entrepot* contestaban: no tardaría á llegar el cargamento.

El Retor explicaba á los suyos las ventajas de aquel sistema. No convenía cargar dentro del puerto. El tío Mariano sabía por experiencia que allí habían muchos moscas prontos á telegrafiar á España el nombre y la matrícula de la barca para ganarse una parte de la presa. Lo mejor era recibir la carga fuera, en la sombra de la noche; al amanecer hacerse á la vela antes de que nadie se enterara, llegar á la costa de Valencia sin avisos de ninguna clase y ¡adivina quién te dió!

Y el bondadoso pescador se reía de su propia malicia, aunque admirando interiormente á su experto tío, que era quien le daba tan buenos consejos.

Mientras el patrón esperaba la llegada de la carga mirando el punto de la sombría costa donde había brillado la luz, Tonet y los marineros, sentados en la proa con las piernas colgando sobre el

mar, contemplaban codiciosos la iluminada ciudad.

Bien se acordaba el marido de Rosario de todo aquello, y relataba á sus embobados compañeros las alegres correrías por Argel. Señalaba las fachadas adornadas con grandes rótulos de gas, por cuyas ardientes ventanas escapábase una chillona música y confuso rumor de avispero. Eran los cafés cantantes. ¡Caballeros, cuánto se había divertido allí! Y el *gato* de la barca, estirando su desgarrada boca de oreja á oreja, brillándole los ojuelos de muchacho vicioso, creía ver ya aquellas cantatrices casi desnudas, pero con enorme sombrero de gasa, que graznaban sobre el tablado moviendo á compás las caderas y el vientre.

Aquella calle recta tendida sobre el muelle, toda de arcos y en cada hueco una luz como la interminable nave de una iglesia, era el *Boulevard de la República*, con sus grandes cafés, donde iban los señores oficiales á tomar la absenta, teniendo por vecinos de mesa á los morotes ricos de enorme turbante y á los negociantes judíos de túnica de seda sucia y vistosa. Detrás estaban otras calles, también con arcos y con hermosas tiendas; la *plaza del Caballo* con la mezquita principal, un gran caserón blanco, donde entraban los bobos descalzos y

recien lavados á hacerle cortesías al zancarrón Mahoma, mientras que arriba, en lo último de aquella torrecilla que se veía desde la barca, un tío de aquellos pateaba y gritaba á ciertas horas como si estuviera loco: y por todas las calles madamas muy bien vestidas y que olían á gloria, andando como patitos y diciendo *mersi* á cada chicoleo; soldados con gorros de datilero y unos pantalonazos dentro de los cuales cabía la familia; gente de todos los países, lo mejorcito de cada casa, que había ido allí huyendo del rey; y á cada dos puertas una cantina con sus mesas en la acera, donde se servía la absenta á vasos.

Tonet lo había visto todo y lo describía á los suyos con manoteos y guiños, subrayando muchas veces la palabra con acciones que hacían prorrumpir al grumete en escandalosas carcajadas.

¿Y la ciudad alta donde vivían los moros? *¡Redéu!* Aquello sí que era notable. ¿Se acordaban del callejón de junto al mercado del Grao? ¿Verdad que se tocaban con los codos las paredes? Pues era una carretera, comparado con aquellas gargantas de lobo que cruzaban la parte alta, siempre cuesta arriba, casi cubiertas por los aleros y con un arroyo de inmundicia bajando por los escalones del empedrado.

Había que tomar fuerza en todos los cafetines del tránsito para subir aquellas calles, y taparse las narices ante las tiendas, miserables tabucos en cuyo umbral estaban sentados los morazos fumando, rezando y diciéndose Dios sabe qué cosas en su jerga de perros.

Allí se vivía como un hombre, y con poco se sacaba la panza de mal año. El que tuviera buen estómago y no le importara ver comer el *cus-cus* á puñados con las manos después de acariciarse los pies, con un real se zampaba un plato bien colmado, un par de huevos pintados de rojo como los de Pascua, y aún podía tomar café en una tacita como un cascarón, tendido sobre la tarima de cualquier cafetín moruno y hasta dormirse al son de un flautín y dos panderos.

Había también sus cosas buenas. Moritas caritativas del dominio común, que llamaban desde sus puertas con la cara pintarrajeada, las uñas teñidas de azul y el pecho moteado por extravagantes dibujos; negrotas de los establecimientos de baños que sonreían como perros ofreciendo frotaros con sus manazas; y otras, ¡*rediel*!... otras que eran las señoras, con la cara tapada de tal modo, que sólo se veía la nariz y un ojo, con sus anchos calzones bamboleándose al an-

dar y enseñando por bajo el manto la chaquetilla de oro, los brazos que parecían un mostrador de platería, y sobre el abultado pecho infinitos rosarios de moneditas y medias lunas.

¡Y qué ojos, chiquillos! ¡Qué curvas! Aún se acordaba él de una negrota rica, con la que tropezó en un callejón de allá arriba. Como él era así... no pudo remediarlo, la pellizcó por la espalda en aquellos zaragüelles que parecían hinchados y estaban duros como una piedra; la negra chilló como una rata, cayeron sobre él tíos y más tíos, todos feos y con enormes trancas; él y sus dos amigotes tiraron de la faca marinera, y aquello se acabó cuando subieron los zuavos y se los llevaron al *violón*, de donde los sacó el cónsul después de dos días de encierro.

Los marineros le oían ansiosos, admirando su superioridad; y mientras reían comentando el lance de la negra, Tonet murmuraba mirándose los pies con expresión de hombre cansado:

—*¡Ay!... Entonses tenía yo més humor.*

El patrón dió un grito desde la popa. Alguien se acercaba de tierra. Una luz roja agrandábase por momentos y oíase un sordo chapoteo, como si nadase un perrazo con dirección á la barca.

Era el vaporcito del *entrepot*. Saltó á

la cubierta de la «*Garbosa*» un buen mozo con bigote rubio y gorra azul con ancla, y en ese idioma híbrido de los puertos africanos, mezcla de italiano, francés, griego y catalán, dió cuenta al *Retor* de su comisión.

Habían recibido á tiempo el aviso de *mosiú* Mariano, de Valencia; les esperaban en la noche anterior; habían visto la señal y allí estaba el cargamento para transbordarlo cuanto antes, pues aunque las autoridades francesas hacían la vista gorda, convenía en aquellos negocios despachar pronto.

—*¡A la faena!*—gritó *el Retor* á su gente.—*Cárrega á bordo.*

Y desde el vaporcito, cuya chimenea apenas si asomaba un palmo sobre el montón de la carga, comenzaron á pasar á la barca los gruesos fardos envueltos en lona embreada, que despedían picante olor.

Las dos embarcaciones estaban amarradas una á otra, y el transbordo de la carga se hacía con facilidad.

La abierta escotilla engullíase los fardos, y la «*Garbosa*», conforme avanzaba la operación, iba hundiéndose, lanzando su sordo quejido, como una bestia paciente que se lamenta de la excesiva carga.

Aquel mocetón rubio del vapor exa-

minaba con creciente asombro la barca. ¿Pero era posible que aquel ataúd resistiera tanto?

Y *el Retor* contestaba golpeándose el pecho como para darse una convicción que comenzaba á faltarle. Toda; ni un fardo menos. Y su cuenta, si le ayudaba Dios y el Santo Cristo del Grao, era tirar aquellos bultos á la noche siguiente en la playa del Cabañal.

La cala estaba atestada y los fardos apiláronse sobre la vieja cubierta, colocándose en la borda palitroques y cuerdas para contenerlos y que no cayesen al mar.

—*Buona sorte, patrón*,—chapurreó el rubio quitándose su gorrilla y estrechando con fuerza la mano del *Retor*.

Se alejó el vaporcillo; la «*Garbosa*» extendió su vela y comenzó á correrse hacia la izquierda la ciudad, con su iluminación cada vez menos brillante.

Al *Retor* se le encogía el corazón viendo marchar su barca. ¡Ay! Que Dios no se olvidase de ellos ni les enviase un poco de mal tiempo. Aun con buena mar la barca navegaba milagrosamente, hundida casi hasta la borda, cabeceando torpemente y elevándose con tal lentitud sobre las olas, que éstas, á pesar de ser flojas, le entraban por la proa como si estuviera corriendo un temporal.

Tonet, ajeno á los cuidados que inspira la propiedad, se reía de la barca, que, según él, parecía un torpedero navegando con la cubierta á flor de agua.

Cuando amaneció, el cabo de la *Mala Dona* veíase por la popa como una vaga silueta, y al poco rato la barca estaba en alta mar.

Aquella carga, hecha con tanta rapidez frente á Argel y en la sombra de la noche, la recordaba *el Retor* como si fuese un sueño, ahora que se veía de nuevo en medio del Mediterráneo, sin tierras á la vista. Pero para no dudar, allí estaban los fardos; durmiendo sobre ellos la tripulación, fatigada por la faena de carga; y como testimonio decisivo, la pobre «*Garbosa*», que navegaba torpemente como una tortuga.

Lo único que tranquilizaba al *Retor* era el tiempo. Buen viento y mar bella; aun así, á la barca le vendría justo el llegar á Valencia. Ahora comprendía el patrón su temeridad al acometer el negocio con tal zapato; y á pesar de que realmente no conocía el verdadero miedo, pensó algunas veces en su padre, aquel valiente que se burlaba del mar como de un amigo manso, lo que no impidió que lo recogiesen en la playa deshecho y corrompido como un salivazo de las olas.

La barca navegó sin novedad hasta el amanecer del día siguiente. El cielo estaba encapotado; un largo estremecimiento agitaba la superficie del agua, y el cabo de San Antonio aparecía envuelto en brumas, así como el Mongó, cuya cumbre aparecía suspendida en el espacio con la base cortada por dos fajas de nubes.

La «*Garbosa*», inclinada sobre babor de un modo alarmante y con la ventruda vela rozando casi las aguas, avanzaba rápidamente.

El cariz alarmante del tiempo inquietaba al patrón, que debía aguantar hasta la noche para hacer el alijo.

De pronto púsose en pie de un salto y abandonó la caña del timón. Fijábase en una vela que se destacaba sobre el fondo gris del cabo... ¡*Futro*! No se equivocaba; bien conocía aquella embarcación. Era una escampavía de Valencia que parecía al acecho costeando frente al cabo. Algún mosca había hecho de las suyas en el Cabañal, diciendo que la «*Garbosa*» había salido á algo más que á pescar.

Tonet también adivinaba lo que quería aquella embarcación, y miraba á su hermano con inquietud.

Aún era tiempo; á tomar mar. Y la «*Garbosa*», inclinando un poco su proa,

se alejó del cabo, huyendo hacia el Nordeste. El viento la favorecía en esta maniobra, y la «*Garbosa*» navegaba con gran rapidez, hundiendo muchas veces bajo las olas su abrumado casco.

La escampavía al poco rato imitaba la maniobra, dándola caza. Aquella barca era mejor y más ligera, pero la distancia entre las dos resultaba considerable, y *el Retor* pensaba huir, huir siempre, aunque fuese á dar en el mismísimo puerto de Marsella, si antes no se tragaban las aguas á aquella guitarra vieja con todo su cargamento.

La persecución duró hasta medio día; cuando estaban indudablemente á la altura de Valencia. Pero allí la escampavía viró, dirigiéndose á tierra.

El Retor adivinó los propósitos de sus perseguidores. El tiempo no era muy seguro y la escampavía prefería esperarle costeando, con el convencimiento de que más pronto ó más tarde iría la «*Garbosa*» hacia tierra para echar sus fardos.

Puesto que les concedían aquel respiro, muchas gracias. Ahora á buscar un refugio, hijos míos, que el tiempo no estaba para permanecer en alta mar en un zapato como la «*Garbosa*». A las Columbretas, refugio de los hombres honrados que tienen que huir en el mar por ser protectores del comercio.

Y á las nueve de la noche, cuando las aguas se hinchaban con sordas y lívidas tumefacciones que hacían danzar locamente á la cansada «*Garbosa*», ésta, guiada por la roja luz del faro, entró en la Columbreta Mayor, cráter apagado y roído por las olas; herradura de altas rocas, que en uno de sus extremos sustentaba la torre con las habitaciones de los fareros, y en cuyo seno abríase una pequeña bahía de agua tranquila siempre que no soplaba el Levante.

La isla es un murallón encorvado, sin un solo palmo de tierra llana; una alta faja de roca carbonizada, yerma, suelo maldito roído por el ambiente salitroso, en el que no crece ni un mal arbusto y por donde ruedan las piedras empujadas por los alacranes, que pululan como escarabajos junto á los esqueletos de los pescados que las olas arrojan á tan prodigiosa altura en los días de tempestad. Más allá, esparcidas por el inmenso mar hasta considerable distancia, están las Columbretas menores; la *Foradada* surgiendo de las olas como gigantesco arco de arruinado templo submarino, y las restantes, mogotes rectos, colosales é inabordables como los dedos de algún coloso prehistórico sepultado en las misteriosas profundidades.

La «*Garbosa*» quedó anclada en la

bahía. Nadie bajó á verla. Los fareros estaban acostumbrados á aquellas misteriosas visitas y á otras peores de gentes que se refugiaban en el solitario archipiélago con el deseo de que nadie se fijara en ellos.

Los de la barca veían en el avanzado promontorio las luces de las habitaciones del faro; el viento les traía algunas veces gritos humanos, pero hacían tanto caso de ellos como de los miles de gaviotas que, refugiadas en los peñascos, gritaban lastimeramente como niños á quienes estuvieran matando. Fuera de la isla, al otro lado de aquella barrera escarpada, mugía el mar alborotado, y su oleaje, corriendo á lo largo del encorvado promontorio, amortiguábase, entrando en la obscura bahía con violenta ondulación.

Al amanecer Pascual saltó á tierra, y por la tortuosa escalera de peldaños cortados en la roca llegó á la altura, mirando la vasta extensión comprendida entre la isla y la lejana costa, invisible por la cerrazón del tiempo.

No se veía ni una vela; pero *el Retor* estaba intranquilo, temiendo que sus perseguidores vinieran á buscarle en aquel punto, que era siempre el refugio de los contrabandistas.

La inquietud del patrón iba en au-

mento. Presentía que más ó menos tarde la escampavía vendría á buscarle en las Columbretas, y á pesar de su audacia de marinero temía hacerse á la mar con su vieja barca. La vida era lo de menos; pero, ¿y aquel cargamento en que iba su fortuna?

El egoísmo de la propiedad aceleró su determinación. ¡A la mar, aunque el cargamento se lo fumasen los tiburones! Todo era preferible á que aquellos ladrones guardacostas se hicieran con lo que no era suyo.

Y después que la tripulación engulló su olla, aparejó la «*Garbosa*» y salió de la isla tan misteriosamente como había entrado, sin saludar á nadie, seguida por la mirada curiosa de las familias de los fareros agrupadas en la plazoleta frente á la torre.

¡Vaya un tiempo! Golpe va y golpe viene, la «*Garbosa*» tan pronto se encabritaba casi vertical sobre la cumbre de una ola, como se arrojaba de cabeza en aquellas profundas y sombrías hendiduras, en cuyo fondo agitábanse los remolinos con sus brillantes y giratorios centros que parecían los traidores ojos del abismo. Nubes de agua pulverizada alzábanse de las bordas á cada choque, rociando toda la cubierta; los espumarajos de las olas resbalaban sobre el hule de

los fardos, y la tripulación, agachada y atenta para evitar el ser arrastrada por alguna acometida del mar, chorreaba de cabeza á pies.

Hasta Tonet estaba pálido y apretaba los dientes. En otra barca... bueno; mas en aquella resultaba una locura el haber abandonado la tranquila isla.

Pero *el Retor* no atendía razones. Diablo de panzudo ¡y cómo se crecía en el peligro! Su ancha cara de cura sonreía á los golpes de mar más furiosos; estaba rojo, apoplético, como si acabase de levantarse de la mesa de la taberna después de alegre alboroque, y sus manazas no abandonaban la pesada caña ni se agitaba su corpachón con aquellos terribles vaivenes que estremecían la barca de proa á popa, haciéndola lanzar un estertor de agonía.

Se reía el maldito con aquella carcajada bonachona que tantas burlas le valía allá en el Cabañal.

Aquello no era nada, *¡recordóns!* No había que apurarse. Y si aquella zarrapastrosa se cansaba de navegar y daba la voltereta, ¡cómo había de ser! Allí se veían los hombres y no haciendo el majo en las tabernas... ¡Atención con esa que viene!... ¡*Brrrrum*! Ya pasó. Si llegaba la mala, un credo al Cristo del Grao y á cerrar los ojos. De todos modos el infier-

no está en este mundo, y allá arriba ni se come ni se trabaja. Además, aunque se llegue á viejo, nadie se escapa; y para morir vale más que se lo coman á uno los marrajos y tiburones, que son gente brava, que no ser chupado por los gusanos como estiércol. Atención, que viene otra.

Y *el Retor* hablaba á sus compañeros soltando todo el caudal filosófico adquirido en su aprendizaje con el *tío Borrasca*; pero el único que le oía era el *gato*, aquel muchachuelo que, aunque pálido y verdosillo por la emoción, permanecía en pie agarrado al mástil y mirando á todas partes, como si no quisiera perder nada del espectáculo.

Cerraba la noche. La «*Garbosa*» navegaba á media vela, dando espantosas cabezadas y sin luz alguna, como barco á quien importa más pasar desapercibido que evitar un choque.

Una hora después vió el patrón una luz cercana que saltaba sobre las olas. Era una barca navegando en opuesta dirección.

El Retor no pudo verla bien en aquella obscuridad; pero su instinto le indicaba que era la escampavía que, cansada de costear, en un arranque de audacia iba á las Columbretas á pesar del mal tiempo, para pillar á los contraban-

distas en su refugio. Y por si acertaba se dió el gusto de soltar el timón y con sus manazas hizo dos ó tres acciones indecentes, como en señal de alegre desprecio. Tomad, para el viaje.

A la una de la madrugada estaban viendo los de á bordo el faro de la iglesia del Rosario.

Tenían enfrente el Cabañal. La noche era á propósito para un alijo; ¿pero les esperarían?

El Retor, conforme se aproximaban á la tierra, perdía su asombrosa serenidad.

Demasiado conocía él aquella costa. Permanecer allí aguantando era ir antes de dos horas, arrastrado por el mar y el viento, á estrellarse contra la escollera de Levante ó á encallar frente á Nazaret. Retroceder mar adentro era imposible. Ya hacía rato que adivinaba él, por ciertos crujidos de la barca, que el agua entraba en la cala, abarrotada de fardos. Si seguía algunas horas más en el mar, los golpes la irían desmenuzando, haciéndola astillas.

Había que ir hacia tierra, aunque esto fuese buscar el peligro. Y la «*Garbosa*» marchó recta, empujada más por las olas que por el viento, hacia la obscura playa.

Un punto luminoso brilló por tres

veces, y el patrón y Tonet dieron un grito de felicidad.

Allí estaba el tío; les aguardaba. Aquella era una señal. Había encendido tres fósforos, como lo hacen los contrabandistas, agazapado ante una manta tendida á sus espaldas para ser visto únicamente desde el mar.

La «*Garbosa*» extendió toda su vela. Aquello era una locura. Volaba, sacando tan pronto la quilla al viento como hundiéndose en las olas; marchaba como un caballo desbocado, cayendo de un costado y encabritándose por otro; crecían espantosamente los mugidos del mar, hasta que por fin, desde lo alto de una ola espumosa, vióse la playa con un enjambre de negras siluetas, y sonó un golpe seco, terrible. La barca se detuvo, lanzando un estallido como si reventase; el viento rompió la vela y el agua invadió con terrible fuerza la cubierta, derribando hombres y arrebatando fardos.

Acababan de encallar á pocos metros de tierra.

Un enjambre de sombras, silenciosas como fantasmas, se lanzó al asalto de la barca, y sin decir palabra á los aturdidos marineros apoderóse de los fardos, que comenzaron á pasar de mano en mano por la sombría cadena de brazos tendida hasta la playa.

—¡*Tío, tío!*—gritó *el Retor* lanzándose al agua, que no le pasaba del pecho.

—*Presente*—contestó una voz desde la playa.—*Mutis y á la faena.*

Era un espectáculo extraño, una pesadilla.

El mar mugiendo en la densa lobreguez, los cañares de la playa doblándose á impulso del vendaval como cabelleras de colosos enterrados, las olas avanzando como si quisieran tragarse la tierra, y aquella legión de sombríos demonios agitándose mudos é incansables, sacando fardos de la barca, que se deshacía por instantes, pescándolos en las espumosas aguas para enviarlos como pelotas á la playa, donde desaparecían cual si se los tragase la tierra; y algunas veces, al calmar por momentos el vendaval, oíase el chirriar de carros que se alejaban.

El Retor vió á su tío Mariano que iba de una parte á otra con sus enormes botas de agua, la expresión enérgica é imperiosa y un revólver en la mano.

No había cuidado; los del puesto más próximo estaban untados y vigilaban para avisar si llegaba el jefe. A los que no había que perder de vista era á aquella tropa silenciosa que hacía la descarga, gente demasiado lista de manos que gustaba de aprovecharse del barullo, y decía aquello de *quien roba á un la-*

drón, etc. No; pues de él no se reirían *¡redéu!*; al primero que escondiera un fardo le pegaba un tiro.

Aquello fué como un sueño. Cuando *el Retor* comenzó á reponerse de la impresión sufrida al encallar y le dolieron menos las magulladuras, se alejaba ya el último carro. Los cargadores se fueron sin decir palabra, desapareciendo en distintas direcciones como si se los tragara la arena.

Ni un solo fardo se había perdido: hasta los del fondo de la cala habían sido extraídos de entre las rotas costillas de la barca hundida en la arena.

Tonet y los demás tripulantes se alejaban también cargados con la vela y lo poco que quedaba en la barca de aprovechable. Al *gato* lo pescaron cuando estaba á punto de ahogarse; había caído de la barca en el momento de encallar.

El Retor, al verse solo con su tío, lo abrazó. ¡Ay tío Mariano! Por fin lo podía decir. Había pasado muy malos ratos, pero gracias á Dios todo estaba terminado. Ya arreglarían cuentas. Se había portado como un hombre, ¿verdad? Ahora se iba á dormir con su Dolores, que bien ganado lo tenía.

Y se fué con su tío hacia el lejano Cabañal, sin echar una última mirada á la infeliz «*Garbosa*», que se quedaba allí

pataleando, prisionera de la arena, recibiendo en su pecho los puñetazos del mar, sintiendo que á cada empujón se le desencuadernaba el cuerpo y salía flotando un pedazo de sus entrañas; muriendo sin gloria en la obscuridad tras una larga vida de trabajo, como el caballo viejo abandonado en medio del camino, cuyo blanco esqueleto atrae el revoloteo de los cuervos.

VII

El producto de aquella aventura fueron unos doce mil reales, que el tío Mariano entregó al *Retor* pocos días después.

Algo más ganó el marido de Dolores; el aprecio de su tío, que le consideraba como hombre de pro y estaba satisfecho de haber sacado su parte sin grave riesgo, y el elogio de la gente de playa, que se había enterado del viaje. ¡Oh! Aquella salida de las Columbretas había sido una buena jugada. La escampavía fué allá á riesgo de anegarse y no encontró nada.

El Retor estaba como aturdido por su buena fortuna. El producto del *alijo*, mas aquel *gato* amasado peseta sobre peseta que estaba escondido donde él y Dolores sabían, formaban una bonita suma, con la que un hombre honrado podía meterse en *algo*.

Y este *algo*, ya se sabía; estaba en el

mar, pues él no tenía el carácter de su tío para explotar en tierra y descansado la miseria de la pobre gente.

En contrabando no había que pensar. Eso es bueno para una vez; como el juego, que siempre ayuda al principiante. No había que tentar al diablo: para un hombre como él lo mejor era la pesca, pero con medios propios, sin dejarse robar por los amos, que se quedan en casa sacando la mejor parte.

Como consecuencia de todos estos razonamientos que por la noche rumiaba agitándose entre sábanas y molestando á su Dolores, á la que no dejaba descansar, decidió invertir su capital en una barca, pero no una barca cualquiera, sino la mejor, si era posible, de todas cuantas se daban á la vela frente á la casa *dels Bous*.

Ya era hora, ¡*rediel*! No le verían más como marinero ni patrón alquilado; sería amo de barca, y como distintivo de su rango plantaría á la puerta de su casa el mástil más alto que encontrase para secar en la punta sus *artones*.

Señores, sépanlo todos: *el Retor* hace una barca. Dolores la guapa, si va á la Pescadería ahora que es rica, venderá el pescado propio. Y todas las vecinas del barrio que comentaban tales noticias, cuando pasaban por la acequia del

Gas acercábanse á los tinglados de los calafates para contemplar con cierta envidia al *Retor* que, mascullando el cigarro, se pasaba el día entero vigilando á los carpinteros que aserraban y cortaban aquellos maderos amarillos, frescos, jugosos, unos rectos y vigorosos y otros encorvados y finos que habían de formar la embarcación.

La faena se hacía con calma. Nada de precipitaciones ni de errores: no había prisa. Lo único que deseaba Pascualo es que su barca fuese la mejor del Cabañal.

Y mientras él se dedicaba en cuerpo y alma á la construcción de la barca, su hermano Tonet pasaba una de sus buenas temporadas con la parte que le había tocado en el alijo y que el bueno del *Retor* había procurado hacer lo mayor posible.

En aquella vieja barraca donde se albergaban él y Rosario con todo su miserable acompañamiento de rencillas, brutalidades y palizas, no se notaba la menor abundancia después de la afortunada aventura.

La infeliz mujer seguía cargando al amanecer con sus cestas de pescado para ir á Valencia, y muchas veces á Torrente ó Bétera, siempre á pie para mayor economía; cuando el tiempo no era fa-

vorable á la venta, pasábase los días en aquel agujero, sin más compañía que la del fastidio y la miseria. Pero su Tonet estaba más buen mozo que nunca, con trajes nuevos, un puñado de duros en el bolsillo y metido siempre en el café, si es que no iba á Valencia con sus amigotes á arriesgar unas cuantas pesetas en las timbas de *cuartos* ó á alborotar en el barrio de Pescadores.

A pesar de esto, cuando veía á su tío, por no perder el derecho de la importunidad, le recordaba aquel empleíllo en las obras del puerto que perseguía en su época de penuria.

Bañábase complacido en aquella abundancia momentánea que le volvía á los tiempos de su casamiento, y con su eterna imprevisión, con aquella ligereza cínica que le hacía adorable á las mujeres, no pensaba en que podía tener fin lo que su hermano le había dado, pequeña cantidad cuyo término iban prolongando los obsequios de sus amigos y las alternativas del juego.

A altas horas de la noche llegaba á su barraca para acostarse, ceñudo y jurando entre dientes, dispuesto á contestar con bofetadas la menor protesta de Rosario; ésta pasaba sin verle á veces dos ó tres días, pero no así en casa de su hermano, adonde iba con frecuencia,

quedándose en la cocina si *el Retor* estaba fuera, al lado de Dolores, oyendo con la cabeza baja y ademán sumiso las acusaciones de su cuñada por su mala conducta.

Si en una de estas entraba *el Retor*, celebraba mucho el buen sentido de su mujer. Sí, señor; Dolores le decía todo aquello porque le quería bien, porque era una mujer honrada y no podía consentir que su cuñado fuese tan loco y diera tanto que hablar.

Y el panzudo bonachón, ante las reprensiones de su Dolores, una gran mujer que era una verdadera madre para aquel hermano loco, llegaba hasta enternecerse. ¡Ira de Dios!

Conforme se acababa el dinero de Tonet, éste se metía cada vez más en casa de su hermano. Bien aprovechaban los consejos maternales. Y para que la gente no tuviese de qué hablar, acompañaba algunos días á su hermano al tinglado de los calafates, siguiendo la formación de aquel enorme esqueleto de madera que iba cubriendo sus flancos y marcaba sus gallardos perfiles bajo los mazos, sierras y hachas que lo golpeaban incesantemente.

Así fué llegando el verano.

Aquel trozo de playa entre la ace-

quia del Gas y el puerto, olvidado en el resto del año, presentaba la animación de un campamento. El calor empujaba á toda la ciudad á aquel arenal, en el que surgía una verdadera ciudad de *quita y pon*; y las *barraquetas* de los bañistas con sus muros de lienzo pintado y sus techumbres de caña, formaban en correcta fila ante el oleaje, empavesadas con banderas de todos los colores, rotuladas con extravagantes títulos y ostentando, además, en el vértice, monigotes, miriñaques, barcos, muestras grotescas que distinguían al establecimiento para evitar errores. Detrás, en previsión del apetito que el aire del mar despierta en el gastado estómago de las ciudades, esparcíanse los merenderos, unos con aspecto pretencioso, escalinatas y terrazas, todo fragil, como decoración de teatro, supliendo lo endeble de su construcción y lo misterioso de su cocina con pomposos títulos: *Restaurant de París*, *Fonda del buen gusto*; y entre estos pedantes de la gastronomía veraniega, los bodegones indígenas con su sombrajo de esteras; las mesas cojas con porrón en el centro y el fogón al aire libre: establecimientos que ostentaban con aire fiero sus rótulos de regocijada ortografía, *El Nap*, *Salvaor y Neleta*, y que ofrecían como plato del día, desde San Juan á

Septiembre, los caracoles en salsa y el *peix en such.*

Y por entre aquella población improvisada que se desvanecía como humo con las primeras borrascas del otoño, pasaban los tranvías y ferrocarriles pitando antes de aplastar; corrían las tartanas desplegando como banderas de alegre locura sus rojas cortinillas, y hormigueaba la gente hasta bien entrada la noche con zumbido de avispero, en el que se confundían los gritos de las galleteras, el lamento de los organillos, el puntear de los guitarras con repiqueteo de castañuelas y el agrio ganguear de los acordeones, á cuyo son bailaban los de tufos y blusa blanca, gente apreciable que, después de tomar un baño interno, y no de agua, volvía á Valencia dispuesta á andar á navajazos ó á dar dos bofetadas al primer municipal.

Los hombres de mar miraban desde el otro lado de la acequia la invasión alegre, sin mezclarse en ella. Que se divirtiera la gente. Aquella temporada era como una vaca gruesa que ordeñaba el Cabañal para el resto del año.

A principios de Agosto llegó por fin el día en que la barca del *Retor* pudo darse por terminada. ¡Vaya una joya! Su patrón hablaba de ella como un abuelo que pondera el desarrollo de su nieto.

Madera de la mejor que se había encontrado; el mástil recto, terso, sin una mala grieta, el casco panzudito para que resistiera bien las marejadas, pero con una proa tan fina, que era *talmente* una navaja de afeitar; pintado de negro, charolado y brillante como un zapato de señor y el vientre blanco, deslumbrante, ni más ni menos que una anguila: lo que era.

Ya no faltaban más que el cordaje, las redes y demás artefactos, pero para eso estaban trabajando los mejores hilanderos de la playa, y antes del 15 la barca estaría completa y podría presentarse tan hermosa como una novia que va á casarse vestida de nuevo de pies á cabeza.

Esto lo decía *el Retor* una noche, sentado en el corro que se formaba á la puerta de su casa.

Había convidado á cenar á su madre y á su hermana Roseta; Dolores estaba al lado de él, y un poco más allá, con la silleta de cuerda apoyada en el tronco de un olivo y mirando la luna á través del empolvado ramaje con cierta expresión de trovador de cromo, punteaba Tonet una guitarra.

Sobre la acera, á pocos pasos, chirriaba la enorme sartén cargada de pescado sobre un picudo fogón de barro;

correteaban los chicuelos de la vecindad por el fangoso arroyo persiguiendo á los perros, y en todas las puertas formábanse corrillos buscando la escasa brisa que venía del mar en aquella noche de calma. *¡Redéu!* ¡Cómo estarían asándose en Valencia!

La *siñá* Tona estaba muy vieja. Acababa de dar el salto, como ella decía; de la obesidad bien conservada había pasado bruscamente á la vejez, y á la luz cruda y azulada de la luna veíase su cabeza escasa de pelos, en la que éstos, tirantes y grises, formaban como un sutil enrejado sobre la sonrosada calvicie; el rostro arrugado, con las mejillas fláccidas y colgantes; y aquellos ojos negros de los que tanto se había hablado en la playa, asomaban apenas tristes y mates por entre las abotagadas carnosidades que pretendían sepultarlos. Aquello eran los disgustos. Lo que los hombres la habían hecho rabiar. Y aludiendo con esto á su hijo Tonet, pensaba sin duda en el carabinero.

Además, los tiempos empeoraban. La tabernilla de la playa daba una miseria, y la chica, su Roseta, había tenido que meterse en la fábrica de Tabacos, y todas las mañanas, con la cestita al brazo, emprendía el camino de Valencia, formando en una de aquellas bandas de ca-

ras jóvenes, graciosas y procaces que, con airoso taconeo y faldas revoloteantes, iban á estornudar encerradas en los salones de la Aduana.

¡Y qué chica se había hecho la tal Roseta! Bien puesto tenía el nombre: su madre la contemplaba muchas veces á hurtadillas, viendo en ella la gallardía del *siñor Martínes.*

Ahora mismo, al lamentarse de que tuviera que ir á la fábrica en las mañanas de invierno, mirábala amorosamente al pie del olivo con su rubia cabellera alborotada, los ojos inmóviles y aquella tez blanca que resistía al sol y á la brisa del mar, jaspeada por las sombras del ramaje, á través del cual pasaba la luna trazando arabescos de luz y sombra sobre el rostro de la muchacha.

Roseta paseaba de Dolores á Tonet sus ojazos fijos y melancólicos de virgen que todo lo sabe, y al oir á Pascual que elogiaba á su hermano, cada vez más apartado de la vida alegre y aficionado á meterse en aquella casa para gozar de la calma y las buenas palabras que no encontraba en la suya, la hermanastra sonrió sarcásticamente.

¡Oh, los hombres! Lo que ella y su madre decían. El que no era un pillo como Tonet, era un bestia como Pascual. Por eso los aborrecía ella, y causa-

ba admiración en todo el Cabañal, rechazando á los que la proponían noviazgos, á pesar de que entre ellos estaban los chicos más bien plantados del pueblo. No quería nada con los hombres. Y en su memoria retoñaban todas las maldiciones que había oido á su madre en los momentos de desesperación, cuando apostrofaba á la soledad de su barcaza.

En el corro reinaba el silencio. Chillaba el pescado en la sartén, punteaba Tonet vagos arpegios en su guitarra, y la revuelta taifa de chiquillos plantados en mitad del arroyo miraban la luna con el mismo asombro que si la viesen por vez primera y cantaban con monótona tonadilla, sonando sus voces como campanillas de plata:

La lluna, la pruna
Vestida de dól...

¡A ver si callaban! Lo mandaba Tonet, á quien le dolía la cabeza. Pero, ¡que si quieres!...

Sa mare la crida
Son pare no vól.

Y los perros vagabundos uníanse al himno infantil é inocente en honor de Diana, enviándola sus más fieros ladridos.

El Retor seguía hablando siempre de

su barca. Nada le faltaba para el día 15; hasta el cura estaba apalabrado para ir á media tarde á echarla la bendición. Pero algo faltaba, ¡*futro*!... ¡y no haberlo pensado! Faltaba el nombre. ¿Cómo iba á llamarse la barca?

Tan inesperado problema conmovió el corro y hasta Tonet dejó en el suelo la guitarra, quedando en actitud pensativa.

Ya tenía él el nombre.

Sus aficiones belicosas, sus recuerdos de marino del rey se lo habían sugerido. Se llamaría *Escupehierro.* ¡Eh! ¿Qué tal?

Por *el Retor* no había inconveniente: el pacífico panzudo gallardeábase con fiereza al pensar que su barca iba á llamarse *Escupehierro*, y se la veía ya surcando el mar con la arrogancia enfática de un falucho portugués.

Pero las mujeres protestaban. ¡Vaya un nombre! ¡Cómo se reirían en el Cabañal! ¿Y qué hierro iba á escupir una barca pescadora? Lo mejor era la proposición de la *siñá* Tona: que se llamase *Ligera*, como aquella otra en que pereció el tío Pascual y había servido de refugio á toda la familia.

Protesta general. Aquel título forzosamente había de tener mala sombra. La suerte de la otra lo demostraba.

El de Dolores era mejor. *La rosa del mar*. ¡Qué bonito! ¡Qué gusto tenía para todo su mujer! Pero *el Retor* recordaba que había otra con el mismo título. Era lástima...

Y Roseta, que había callado, haciendo un mohín de disgusto á cada título, soltó el suyo. Debía llamarse *Flor de Mayo*. Aquella misma noche lo pensaba ella en la barcaza de la playa mirando una estampa de las que adornaban las libras de tabaco «Flor de Mayo» que venían de Gibraltar. La seducía aquel título tan bonito, formando una aureola de colores sobre la marca, que era una señorita vestida como una bailarina, con rosas como tomates sobre la faldilla blanca, y en la mano un manojo de flores que parecían rábanos.

El Retor se entusiasmaba. Sí: ¡recristo!; aquello estaba puesto en razón. La barca se llamaría *Flor de Mayo*, como el tabaco que fabricaban en Gibraltar. Era de justicia; la barca se hacía principalmente con el dinero del alijo, y éste se componía en su mayor parte de aquellos paquetes con su alegre señorita. Tenía razón su hermana; *Flor de Mayo*, nada más que *Flor de Mayo*.

Todos se entusiasmaban con el título; lo encontraban dulce y bonito; sus rudas imaginaciones agitábanse con un

estremecimiento de poesía; hallábanle algo misterioso y atractivo, sin sospechar que aquel mismo nombre era el de la histórica barca que, llevando hacia las costas americanas el perseguido exodo de los puritanos ingleses, presenció la gestación de la mayor república del mundo.

El Retor estaba radiante. ¡Qué talento tenía Roseta! ¡A cenar, caballeros!... y á los postres se brindaría por *Flor de Mayo*.

Y Pascualet, al ver que la sartén del pescado se entraba en la casa con toda la familia, abanbonó al orfeón de gente menuda, con lo que terminó el monótono concierto de *la lluna la pruna*.

Con la facilidad de transmisión de los pueblos pequeños, pronto supo todo el Cabañal que la barca se llamaba *Flor de Mayo*, y cuando en la víspera de la bendición la arrastraron hasta la orilla frente á la *casa dels Bous*, llevaba ya en la borda de popa, por la parte interior, pintado con hermoso azul, aquel dulce título.

Al día siguiente por la tarde el barrio de las Barracas parecía estar en domingo. Fiestas como aquella se veían pocas. Era padrino de la barca nada menos que el señor Mariano *el Callao*, un ricachón que, aunque del puño prieto,

en obsequio á su sobrino estaba dispuesto á derrochar un dineral; en la playa iban á rodar los confites y á circular las copas como una bendición de Dios.

El Retor sabía hacer bien las cosas. Había ido á la iglesia para escoltar con los hombres de su tripulación á don Santiago el cura hasta la playa. El párroco lo acogió con una sonrisa de las que se guardan para los buenos parroquianos. ¡Qué! ¿Ya era la hora? Pues que llamasen al sacristán para que preparara el calderillo y el hisopo. El se arreglaba en un momento; cuestión de calarse el roquete y nada más.

Pascual protestó indignado. ¿Qué era aquello de roquete? Capa; y la mejor que tuviera. El bautizo de su barca no era cualquier cosa; y además, él estaba allí para pagar lo que fuese.

Don Santiago sonrió. Bueno; la capa no correspondía, pero lo haría por él, que era un buen cristiano y sabía quedar bien con las personas.

Y salieron de la casa rectoral; el sacristán delante con el hisopo y el sagrado cuenco, y detrás, escoltado por el patrón y sus marineros, don Santiago, en una mano el libro de oraciones y levantándose con la otra, para no rozar el barro, aquella capa vieja y suntuosa, de una blancura mate, con los pesados

bordados de oro de un tinte verdoso, mostrando por entre la deshilachada trama el relleno del realce.

Acudían á bandadas los chiquillos á restregar la mocosa nariz en aquella mano que á cada instante había de soltar la capa, y las mujeres saludaban sonrientes al *pare capellá*, hombre campechano, tolerante, con sus puntos de malicia, que sabía amoldarse á las costumbres de *su ganado*, y que muchas veces, por las mañanas, veíase detenido en medio de la calle por alguna pescadera de las que le encargaban misas, pidiéndole que le bendijera las cestas y la balanza para que los municipales de Valencia no la pillasen con las pesas cortas.

Al salir á la playa la comitiva, comenzaban las campanas á voltear, confundiendo su parloteo juguetón con los murmullos de las olas. La gente corría por la playa para llegar á tiempo de ver toda la ceremonia, y allá lejos, en un espacio libre de barcas, alzábase sobre la arena la *Flor de Mayo*, rodeada de negro y bullidor enjambre, brillante, charolada, bañada en sol, que doraba sus costados, y destacando sobre el espacio azul aquel mástil esbelto y graciosamente inclinado, en cuyo tope agitábase el distintivo de toda barca nueva, un ramillete de gramíneas y flores de trapo que habían

de quedar allí hasta que el viento de los temporales fuese arrebatándolas.

El Retor y sus hombres abrían paso al cura en el gentío que se apelotonaba en torno de la barca. Frente á la popa estaban los padrinos; la *siñá* Tona con mantilla y falda nueva, y el señor Mariano puesto de sombrero y bastón, hecho un caballero, ni más ni menos que cuando iba á Valencia con el alcalde para hablar al gobernador.

Toda la familia ofrecía un aspecto de suntuosidad que alegraba la vista. Dolores con traje de color de rosa, al cuello un pañuelo de seda de vistosas tintas y los dedos cargados de sortijas; Tonet pavoneándose en la cubierta con la chaqueta nueva, la gorra flamante caída sobre una oreja y atusándose el bigotillo, muy satisfecho de verse en tal altura, expuesto á la admiración de todas las buenas mozas; abajo, al lado de Roseta, su Rosario, que en gracia á la solemnidad había hecho las paces con Dolores, y se presentaba con su mejor ropa; y *el Retor* deslumbrante, hecho un inglés, con un traje de rica lana azul que le había traído de allá el maquinista de un vapor que hacía el viaje á Glasgow, y ostentando sobre el chaleco, prenda que usaba por primera vez en su vida, una cadena de

doublé tamaña como un cable de su barca.

Sudaba con aquel hermoso traje de invierno; daba codazos y se esforzaba porque no empujase la muchedumbre al capellán y los padrinos. ¡A ver, señores!... un poco de silencio. Un bautizo no es cosa de risa. Después sería el jaleo.

Y para dar ejemplo á la irrespetuosa masa puso el gesto compungido y se quitó la gorra, mientras que el capellán, no menos sudoroso bajo su pesada capa, ojeaba el libro de oraciones buscando la de *Propitiare Domini supplicationibus nostris et benedic navem istam*, etc.

Los padrinos, graves y mirando al suelo, estaban á ambos lados del cura; el sacristán miraba á éste pronto á gritar ¡*amén*!, y la multitud calmábase y quedaba suspensa, con la cabeza descubierta, esperando algo extraordinario.

Don Santiago conocía bien á su público. Leía la sencilla oración con gran calma, deletreando las palabras, abriendo solemnes pausas en aquel silencio general, y *el Retor*, á quien la emoción convertía en un pobre mentecato, movía la cabeza á cada frase como si estuviera empapándose de lo que el cura decía en latín á su *Flor de Mayo*.

Lo único que pudo pillar fué lo de *Arcam Noé ambulantem in diluvio*, y

se infló de orgullo al adivinar confusamente que su barca era comparada con la embarcación más famosa de la cristiandad, y que con esto quedaba él mano á mano con aquel alegre patriarca, el primer marinero que hubo en el mundo.

La *siñá* Tona se llevaba el pañuelo á los ojos, apretándolos como para impedir que saltasen las lágrimas.

Terminada la oración, el cura empuñó el hisopo.

—*Asperges*...

Y envió á la popa de la barca un polvo de agua que resbaló en menudas gotas por las pintadas tablas. Después, siempre seguido por el *amén* del sacristán y precedido por el patrón, que abría paso, dió la vuelta en torno de la barca, repitiendo hisopazos y latines.

El Retor no podía creer que aquello hubiese terminado. Faltaba bendecir lo de arriba, la cubierta, el fondo de la cala: ¡vamos, don Santiago!; ya sabía que él quedaba bien. Y el cura, sonriendo ante la actitud suplicante del patrón, se decidió á subir la escalerilla aplicada al vientre de la barca y comenzó á ascender con su incómoda capa que, bañada por el sol de la tarde, parecía de lejos el caparazón de un brillante y trepador insecto.

Terminó la bendición. Se retiró el

cura sin otro acompañamiento que su monago, y la multitud arremolinóse en torno de la barca como si fuese á entrar al asalto.

¡Buena se iba á armar! Toda la pillería del Cabañal estaba allí, ronca, desgreñada, increpando á los padrinos con su chillona canturía

Armeles, confits...

El señor Mariano sonreía omnipotente desde la cubierta. Ahora verían lo que era bueno. Más de una onza se había gastado por quedar bien con su sobrino. Y se agachó, metiendo las manos en aquellos cestos que tenía entre las piernas. ¡Allá va! Y el primer metrallazo de confites, duros como balas, cayó sobre la vociferante chusma, que se revolcaba por la arena disputándose las almendras y los canelados, al aire las sucias faldillas ó mostrando por los rotos pantalones sus carnes rojizas y costrosas de pillos de playa.

Tonet destapaba los tarros de ginebra, llamando á los amigotes con aire protector, como si fuese él quien pagaba. La caña blanca medíase á jarros, y todos acudían á beber; los carabineros, fusil al brazo, los viejos patrones, los de las otras barcas que llegaban descalzos, vestidos de bayeta amarilla como paya-

sos, y los grumetillos que, sobre los harapos y atravesado en la faja, ostentaban pretenciosamente un cuchillo tan grande como ellos.

Arriba estaba la juerga. La cubierta de *Flor de Mayo* resonaba con alegre taconeo como el entarimado de un salón de baile; un vaho de taberna esparcíase en torno de la barca, y Dolores, atraída por aquella alegría, se encaramó por la escalera, increpando á los grumetillos que se agazapaban con la malsana intención de ver las medias encarnadas de aquella soberbia moza.

La mujer del *Retor* estaba en su elemento allí arriba, entre tanto hombre, rodeada de un ambiente de voraz admiración, pisando fuerte aquellas tablas que eran suyas y muy suyas, y contemplada desde abajo por muchas mujeres, y especialmcnte por su cuñada Rosario, aquella zarrapastrosa que debía estar muriéndose de envidia.

Pascual no abandonaba á su madre. En aquel día solemne para él y tantas veces ansiado, sentía como un recrudecimiento de su cariño filial, tan desatendido en la infancia, y se olvivaba de su mujer y hasta de su Pascualet, que se atracaba de confites en la barca, para no pensar más que en la *siñá* Tona.

—*¡Amo de barca!... ¡Amo de barca!...*

Y abrazaba á la vieja, besándola en aquellos ojos abotagados, que lloraban también.

Algo renacía en la memoria de Tona. Aquella fiesta en honor de una barca evocaba el pasado, y por encima de la loca aventura con el carabinero y de los largos años de viudez y aborrecimiento á los hombres, resucitaba el tío Pascual joven y vigoroso, tal como le conoció al casarse, y lloraba desconsolada, como si acabase de perderlo en aquel instante.

—¡*Fill meu!*, ¡*fill meu*!—gemía abrazando al *Retor*, en quien veía una asombrosa resurrección de su padre.

El era la honra de la familia; quien le hacía recobrar su perdida importancia á fuerza de trabajo. Y si ella lloraba era porque sentía remordimiento: se acusaba de no haberle querido todo lo que merecía.

Ahora se desbordaba su cariño; sentía prisa de amarle mucho, y temía, sí señor, temía que su Pascualet, su pobre *Retor*, tuviese igual suerte que su padre.

Y al manifestar sus temores con voz entrecortada por el llanto, miraba su vieja tabernilla, que se veía desde allí: aquella barcaza que guardaba en sus entrañas la espantosa tragedia de un mártir del trabajo.

El contraste entre la barca nueva,

gallarda, deslumbrante, y aquel ataúd que falto de parroquianos iba haciéndose cada vez más tétrico y negruzco, impresionaba á Tona, y hasta creía ver ya á *Flor de Mayo* rota y tumbada, como vió un día á la otra llevando en su seno á su pobre marido.

No; ella no se alegraba. La hacía daño la algazara de toda aquella gente. Era burlarse del mar, de aquel hipócrita que ahora susurraba marrulleramente como un gato traidor, pero que se vengaría apenas *Flor de Mayo* se confiase á él.

Sentía miedo por su hijo, al que amaba de pronto como si lo encontrase tras larga ausencia; nada importaba que fuese un gran marinero; también lo era su padre y se burlaba de las olas. ¡Ay!; se lo decía el corazón. El mar se la tenía jurada á la familia y se tragaría aquella barca como destrozó la otra.

No, ¡*recristo*!; eso no. *El Retor* protestaba indignado. ¡Vaya una conversación oportuna en un día tan alegre! Todo eran escrúpulos de vieja; remordimientos que la acometían por no haberse acordado en tantos años de su primer marido. Lo que debía hacer era encenderle un cirio bien gordo al alma del pobre marinero por si estaba *en pena*. ¡Afuera tristezas! Á él que no le hablasen mal

del mar. Era un buen amigo que se enfadaba algunas veces, pero que se dejaba explotar por los hombres honrados y mantenía á la pobreza. A ver: una copa, Tonet. Que siguiera la broma: había que bautizar bien á *Flor de Mayo.*

Bebió, mientras su madre seguía gimoteando con la mirada fija en la trágica barcaza que sirvió de cuna á sus hijos. *El Retor* púsose serio.

¿Pero no iba á callar? ¡En un día como aquel acordarse de que el mar tiene malas bromas! ¿Y qué? Si no quería verle en peligro, haberlo criado para obispo. Lo importante es ser honrado, trabajar y venga lo que venga. Ellos nacían allí; no veían más sustento que la mar; se agarraban á sus pechos para siempre y había que tomar buenamente lo que diesen; el agrio de la tempestad ó lo dulce de las grandes pescas. Alguien tenía que exponerse para que la gente comiese pescado; le tocaba á él, y mar adentro se iría, como lo estaba haciendo desde chico. ¡*Rediel agüela*!; ¡*calle ya*!... ¡Que viva *Flor de Mayo!* Otra copa, caballeros. Un día es un día. El pagaba, y le darían un disgusto si á la mitad de los que estaban allí no los recogían á media noche roncando sobre la arena como si *talmente* fuesen unos cerdos.

VIII

Volvía Pascual á su casa después de pasar la tarde en Valencia, y al llegar á la Glorieta detúvose frente al palacio de la Aduana.

Eran las seis. El sol daba un tinte anaranjado á la crestería del enorme caserón, suavizando la sombra verdinegra que las lluvias depositaban sobre los respiraderos de las boardillas. La estatua de Carlos III bañábase en aquel ambiente azul y diáfano, saturada de luz tibia, y por los enrejados balcones escapábase un rumor de colmena laboriosa, gritos, canciones ahogadas y el ruido metálico de las tijeras, cogidas y abandonadas á cada instante.

Por el ancho portalón comenzaban á salir como rebaño revoltoso las operarias de los primeros talleres, invasión de rameada indiana, pañuelos formando visera sobre los ojos, brazos arremangados y robustos con la cesta como eterno

apéndice; menudos é incesantes pasos de gracioso gorrión; confuso vocerío de llamamientos y desvergüenzas, extendiéndose ante la puerta, en aquel espacio donde se paseaban los soldados de la guardia y se levantaban algunos aguadachos.

El Retor quedó parado en la acera de la Glorieta, donde pululaban los vendedores de periódicos. Atraíale la algazara de las cigarreras, aquel rebaño revoltoso que, con sus blancos pañuelos avanzados sobre la frente, tenía un aspecto de comunidad revoltosa, de monjas impúdicas que con sus negros ojos medían á los hombres de pies á cabeza como si los desnudaran con su desdeñosa mirada.

El Retor vió á Roseta que, apartándose de un grupo, fué en busca de él. Sus compañeras esperaban á otras de diferente taller, que tardarían algunos minutos en salir. ¿El iba á casa? Bueno; pues harían el camino juntos: á ella no le gustaba esperar.

Y emprendieron la marcha por el camino del Grao; él, pesado, moviéndose con dificultad, como marinero patizambo, y haciendo esfuerzos por conservarse siempre en la misma línea que aquel diablo de chica que no sabía andar más que de prisa, con garboso contoneo,

haciendo ondear su falda como una bandera de regatas.

Su hermano quería descansarla llevándola la cesta. Muchas gracias; pero estaba tan acostumbrada á sentirla en su brazo, que sin ella no sabría moverse.

El patrón, antes de llegar al puente del Mar, hablaba ya de su barca, de aquella *Flor de Mayo*, por la cual hasta se olvidaba de Dolores y su Pascualet.

Al día siguiente comenzaba la pesca del *bou* y salían todas las barcas. Ahora se vería de lo que era capaz la suya. ¡Barca más hermosa! El día anterior la habían arrastrado los bueyes al agua, y ahora estaba en el puerto confundida con las demás. ¡Pero qué diferencia, chica! Llamaba la atención, como una señorita de Valencia metida entre las zarrapastrosas de la playa.

Había estado en la ciudad para comprar lo que le faltaba en su equipo de mar, y apostaba un duro á que todos los ricachos del Cabañal, aquellos amos que se comían lo mejor de la pesca sin exponer la piel, no presentaban una barca tan maja como la suya.

Pero como todo tiene término, á pesar de los entusiasmos del *Retor*, se agotó el capítulo de las excelencias de la barca, y al llegar frente al horno de Figuetes callaba ya oyendo á Roseta, que

se lamentaba de las perrerías de las maestras de la fábrica.

Abusaban de una y hasta daban motivo para que á la salida se las agarrara del moño. Y menos mal, que ella y su madre podían pasar con poca cosa; pero, ¡ay de otras infelices!, otras que habían de trabajar como negras para mantener á un marido vago y á las polladas de chiquillos que esperaban á la puerta con unas bocas que nunca tragaban bastante pan.

Parecía imposible que con tanta miseria aún tuviesen algunas mujeres ganas de broma.

Y siempre grave, con ademán pudoroso, aquella virgen rubia é inabordable, criada entre la pillería de la playa, contó á su hermano una historia escabrosa, empleando los términos más crudos, como mujer que lo sabe todo, pero con una pulcritud de acento, que las palabras más duras parecían resbalar por sus rojos labios sin dejar rastro alguno.

Tratábase de una compañera de taller, una mala piel que ahora no podía trabajar, por tener un brazo roto. Era á consecuencia de una paliza del marido, que la habia pillado con uno de sus muchos amigos. ¡Qué escándalo! Y aquella *púa* tenía cuatro hijos.

El Retor sonreía con ferocidad. ¡Un

brazo roto! ¡*Redéu*!, no estaba mal, pero le parecía poco. Duro con aquellas malas hembras. Debía ser una pena insufrible vivir con una mujer así. Cuántas gracias tenían que dar á Dios los que como él gozaban la suerte de tener mujer honrada y casa tranquila.

Sí; él era dichoso y podía dar muchas gracias. Y Roseta, al decir esto, envolvíale en una mirada de compasiva ironía: sus palabras tenían una vibración sardónica demasiado sutil para ser apreciada por *el Retor*.

Este parecía transfigurarse, indignado por la mala conducta de una mujer á quien no conocía y por la desgracia de un hombre cuyo nombre ignoraba. Es que le enfurecían aquellas perrerías. Porque eso de que un hombre se mate trabajando para dar pan á la mujer y á los hijos, y cuando vuelva á casa se la encuentre abrazada al querindango, francamente, es cosa para hacer una barbaridad, yendo un hombre á presidio por toda la vida. Y lo que decía él: ¿quién tiene la culpa, señores? Pues las mujeres, las maldecidas mujeres, que están en el mundo para que los hombres se pierdan y nada más... Pero arrepentido, rectificábase, haciendo una excepción en favor de su Dolores y de Roseta.

De poco le servía la aclaración, pues

su hermana veíase metida en el tema favorito de ella y su madre. Las nacaradas mejillas inflamábanse; las venillas azules de su frente parecían hincharse y latir con más fuerza, y la dulce voz vibraba con tonillo irritado.

¡Los hombres! Vaya una gente; ellos sí que eran los culpables de todo. Lo que decían su madre y ella: el que no era pillo resultaba imbécil. Ellos, solamente ellos tenían la culpa de que las mujeres fuesen como eran. De solteras iban á tentarlas, y ella podía asegurarlo, pues á ser tonta y creer á ciertos hombres, estaría Dios sabe cómo. De casadas, si se hacían malas, también era por culpa de los hombres que, ó por pillos las irritaban, arrastrándolas á la imitación, ó por tontos nada veían y no aplicaban á tiempo el remedio. No tenía más que mirar á Tonet. ¿No le sobraba razón á Rosario para hacerse una perdida, aunque nada más fuese que por vengarse de las perrerías de su marido? Y de los otros no quería presentar ejemplos. En el Cabañal se conocían demasiados maridos que tenían la culpa de que sus mujeres fuesen como eran.

E irreflexivamente miró de tal modo al *Retor*, que éste, á pesar de su rudeza, pareció entender, lanzando á su hermana una ojeada interrogante.

¡Bah! Era más lo que hablaba la gente que la verdad. En el pueblo tenían mala lengua. Trataban los asuntos de familia con la mayor ligereza; hacían asunto de risa la fidelidad de la mujer y la dignidad del marido; lanzaban los chistes más atroces sobre la tranquilidad de las familias, pero todo junto no pasaba de ser una broma dicha sin intención de ofender. Falta de educación, como aseguraba muy bien don Santiago el cura.

El mismo, si fuera á hacer caso, ¿no tenía razón para ofenderse? ¿No se habían atrevido á hacer suposiciones maliciosas sobre su Dolores, gastándole broma á él en la playa? ¡Y con quién, señores!... ¡con quién dirás tú!, pues había para asombrarse; era con Tonet, con su hermano: vamos, que era para reirse. Creer que á él, con una mujer tan buena le adornaban la casa y que el encargado de ello era Tonet, que le tenía á Dolores el mismo respeto que á una madre.

Y *el Retor*, aunque molestado algo por aquellas murmuraciones, se reía al recordarlas con la misma expresión de desprecio y de fe que un labriego á quien negasen los milagros de la virgen de su lugar.

Roseta le miraba fijamente, deteniendo el paso. Examinaba á su hermano con

sus ojazos profundos, como si dudase sobre la espontaneidad de aquella risa. No había duda: era natural. Aquel zopenco estaba á prueba de sospechas.

Por esto ella se irritó, é instintivamente, sin darse cuenta del daño que hacía, soltó lo que parecía escarabajearle en la lengua. Lo dicho: todos los hombres eran unos pillos ó unos brutos.

Y con la mirada parecía señalar á su hermano, incluyéndolo en la última categoría.

Por fin adivinó aquel hombre rudo. ¿Quién era el bruto? ¿él? ¿Sabía acaso Roseta algo?... A ver: que hablase y clarito.

Estaban entonces á mitad del camino, junto á la cruz, donde se detuvieron por algunos instantes. *El Retor* estaba pálido y se mordía uno de sus dedazos, dedos de marinero, romos, callosos y con las uñas roídas.

A ver: podía hablar claro.

Pero Roseta no hablaba. Veía en su hermano algo que no la gustaba. Temía haber ido demasiado lejos; su conciencia de buena muchacha reprendíala y arrepentíase ante la palidez y el duro gesto de aquel rostro siempre bondadoso.

No; ella no sabía nada: las murmuraciones del pueblo y nada más. Pero lo que le tocaba hacer para que la gente no

hablase, era obligar á Tonet á que visitase su casa lo menos posible.

El Retor la oía encorvado sobre la fuente cercana á la cruz, engullendo por entero el chorro de agua, como si la reciente impresión hubiese encendido una hoguera en su estómago.

Emprendió de nuevo la marcha con la boca chorreante, enjugándola con sus callosas manazas. No; él no procedería nunca tan feamente con su Tonet. ¿Qué culpa tenía el pobre chico de que la gente fuese tan desvergonzada? Cerrarle la puerta sería perderle, pues justamente, si su mala cabeza íbase sentando un poco, lo debía á los buenos consejos de Dolores, de aquella pobrecita á la que muchos odiaban por envidia, nada más que por envidia.

Y en su rencor contra las enemigas de su Dolores, subrayaba las palabras con el gesto, como si incluyera entre ellas á Roseta.

Que hablasen hasta cansarse. Mientras él estuviera tranquilo, se reía de los demás. Tonet era para él un hijo. Se acordaba como si hubiese ocurrido ayer de cuando le servía de niñera y se acostaba con semejante diablejo en el camarote de la barcaza, haciéndose un ovillo para dejarle la mayor parte de la colcho-

neta. ¡Qué! ¿Aquellas cosas, tan fácilmente se pueden olvidar?

Se olvidan las buenas épocas; se borra fácilmente el recuerdo de los amigotes con los que se bebe y se ríe en la taberna; pero cuando se pasa hambre, ¡*redéu*! no se olvida por nada del mundo al compañero de miseria.

¡Pobre Tonet! Se había propuesto sacar á flote á aquel perdido, digno de lástima, y no pararía hasta verlo hecho un hombre de pro. ¿Qué se habían figurado? El era un animal, pero tenía un corazón que no le cabía allí dentro.

Y se golpeaba el recio pecho, que sonaba como un tambor.

Más de diez minutos marcharon los dos hermanos sin cambiar palabra. Roseta, arrepentida de haber provocado aquella conversación; Pascual, con la cabeza baja, pensativo, frunciendo algunas veces las cejas y cerrando los puños como si le acometiera un mal pensamiento.

Habían llegado al Grao y atravesaban sus calles con dirección al Cabañal.

El Retor habló por fin, mostrando necesidad de desahogar su pensamiento, de echar fuera aquellas ideas penosas, cuyo doloroso culebreo se notaba en las contracciones de su frente.

En fin, Roseta: lo conveniente era

que todo aquello sólo fuese una broma de la gente. Porque si algún día fuese verdad, ¡*recristo*!, á él no le conocía nadie en el pueblo. Se tenía miedo á sí mismo en ciertos momentos. Era hombre de paz y huía las cuestiones: muchas veces perdía su derecho en la playa porque era padre y no aspiraba á pasar por majo; pero que no le tocasen lo que era suyo y muy suyo: el dinero y su mujer. Aún se acordaba con horror de que al venir de Argel, con *aquello*, tuvo el pensamiento de si le alcanzaba la escampavía, plantarse junto al mástil faça en mano, y allí matar, matar siempre, hasta que lo tumbaran sobre aquellos fardos que eran su fortuna. Y en cuanto á Dolores, algunas veces, al contemplarla tan buena, tan guapa, con aquel aire de señora que tan bien le sentaba, había pensado ¡por qué no decirlo!, había pensado en que alguien se la podía quitar, y entonces ¡*redéu*!, entonces sentía deseos de apretarla el gaznate y de salir por las calles mordiendo como un perro rabioso. Sí; eso es lo que él era; un perro mansote, que si llegaba á rabiar acabaría con el mundo ó tendrían que matarle... Que le dejasen quieto; que nadie turbara aquella felicidad adquirida y sostenida á fuerza de trabajo.

Pascual manoteaba mirando fijamen-

te á Roseta, como si ésta fuese la que iba á robarle su Dolores. Pero de pronto hizo un gesto como si despertase, y se notó en él el disgusto del que en un momento de excitación teme haber dicho demasiado.

Le molestaba la presencia de su hermana. Ya podían separarse. Ella hacia la barcaza de la playa y ¡*espresións á la mare*!; él iba á casa.

Hasta bien entrada la noche le duró al *Retor* la impresión de aquel paseo. Pero cuando fueron á verle para tomar órdenes los tripulantes de *Flor de Mayo*, todo lo olvidó.

Allí estaba Tonet, en su presencia, y, sin embargo, no experimentó la más leve emoción. Aquello resultaba la prueba más clara de que todo era mentira. Su corazón estaba mudo; luego nada había.

Todo lo olvidó para hablar de la salida del día siguiente. La *Flor de Mayo* formaría pareja con una barca que le habían alquilado. Que Dios le diese buena suerte, y no tardaría en construir otra embarcación como *Flor de Mayo.*

En la tripulación figuraba un marinero, al que *el Retor* oía como un vetusto oráculo: el *tío Batiste*, el pescador más viejo de todo el Cabañal; setenta años de vida de mar encerrados en un armazón de pergamino curtido que salían por la

negra boca, oliendo á tabaco malo, en forma de consejos prácticos y de marítimas profecías. Le había enganchado el patrón, no por lo que pudiera ayudar á la maniobra con sus débiles brazos, sino por el exacto conocimiento que tenía de la costa.

Desde el cabo de San Antonio hasta el de Canet era el golfo una gran plaza sin bache ni agujero que no conociera el *tío Batiste*. ¡Ah! si él pudiera convertirse en un *esparrelló*, nadaría por allá abajo sabiendo siempre dónde se encontraba. La superficie del mar, muda para otros, la leía con la mayor facilidad, adivinando su fondo.

Sentado sobre la cubierta de la barca parecía sentir todas las ondulaciones del suelo submarino, y con una ligera ojeada sabía si estaban sobre los profundos algares, sobre *el Fanch* ó sobre aquellas colinas misteriosas llamadas los *pedrusquets*, que evitaban los pescadores por miedo á que se enrocasen las redes y se hicieran trizas. El sabía pescar en los tortuosos callejones de mar profunda abiertos entre los *Muralls de Confit*; la *Barreta de Casaret* y la *Roca de Espioca*; arrastraba las redes por aquel laberinto sin tropezar con las traidoras puntas ni con los algares que cargan la malla hasta romperla, no sacándose nada de

provecho; y en las noches obscuras, cuando no se veía á cuatro pasos de la barca y la luz de los faroles se la sorbía sin rastro alguno la lobreguez de las aguas, bastábale gustar con la lengua el fango de las redes para saber con matemática certeza el sitio donde estaba. ¡Demonio de hombre!; parecía que sus setenta años se los había pasado allá abajo en compañía de los salmonetes de roca y de los pulpos. .

Aparte de esto sabía muchas cosas no menos útiles, como eran que el que salía á pescar el día de las Almas corría el peligro de sacar algún muerto envuelto en las redes; y el que ayudaba todos los años el día de la fiesta á llevar en hombros la Santa Cruz del Grao, no podía ahogarse nunca.

Por esto él se conservaba bien á pesar de sus setenta años, y eso que nunca se había separado del mar. A los diez años tenía ya callos en el sobaco, á fuerza de tirar como un toro de las cuerdas del *bolich*; y no sólo había sido pescador: tenía su docena de viajes á la Habana, pero no como los chicos de ahora, que se creen hombres de mar porque hacen de camareros y mozos de cordel en cualquier trasatlántico como un pueblo, sino á bordo de faluchos de la matrícula, barcos más valientes que Barceló, que

iban á Cuba con vino y traían azúcar, mandados por patrones venerables, envueltos en su ranglán, con sombrero de copa; y antes se acababa el mundo que faltaba á bordo la lamparilla encendida ante el Cristo del Grao y el rosario á la puesta del sol.

Aquellos eran otros tiempos; la gente era mejor. Y el *tío Batiste*, moviendo las arrugas de su rostro y aquella barbilla de chivo venerable, hablaba contra la impiedad y soberbia del presente, acompañando sus palabras con juramentos del castillo de proa y *me caso* en esto y en lo de más allá.

El Retor le escuchaba complacido. Encontraba en el viejo á su antiguo maestro el *tío Borrasca*, y oyéndole pensaba en su padre.

La demás gente de la barca, Tonet, los dos marineros y el grumete, reíanse del viejo y le enfurecían asegurándole que ya no estaba para navegar y que el cura le reservaba la plaza de sacristán.

¡*Chentola*! Ya verían quién era él cuando saliesen al mar; aún les llamaría cobardes en más de una ocasión.

Al día siguiente todo el barrio de las Barracas estaba en movimiento. Por la noche se hacían á la mar las barcas del *bou*, llevándose los hombres á la dura conquista del pan.

Todos los años se repetía aquella emigración viril, pero á pesar de esto las más de las mujeres mostrábanse impresionadas pensando en los muchos meses de sobresalto é inquietud que habían de sufrir hasta la primavera.

Los patrones estaban atareados en los últimos preparativos. Iban al puerto para examinar sus embarcaciones, hacían funcionar las garruchas, correr las maromas; subían y bajaban las velas, tocaban el fondo de la cala, examinaban el repuesto de lona y cables, contaban las cestas y hacían repasar las redes. Después llevaban los papeles á las oficinas para que aquellos señores tan orgullosos y malhumorados se dignasen despacharlos.

Cuando *el Retor* fué á comer á mediodía, encontró en la cocina de su casa á la *siñá* Tona, que lloraba hablando con Dolores.

La vieja sostenía sobre sus rodillas un envoltorio, y apenas vió á su hijo le increpó con ira.

Vamos á ver: aquello era una mala cosa; parecía imposible que él fuese padre. Le habían dicho que se embarcaba en la *Flor de Mayo* para hacer el aprendizaje de *gato* su nieto Pascualet. ¿Estaba bien aquello? Una criatura de ocho años que aún debía estar mamando ó

cuando más jugando en la tabernilla de la abuela, ir al mar como los hombres á pasar fatigas y quién sabe si á algo peor. Ella se oponía, sí señor; el chico no debía estar conforme con aquel martirio, y puesto que la madre callaba y al padre se le había ocurrido tal barbaridad, ella, como abuela, protestaba. Se llevaría el chico para impedir semejante crimen. ¡Pascualet!, tu abuela te llama.

Pero el demonio del muchacho, enfundado en un traje nuevo y brillante de franela amarilla, descalzo para mayor *carácter*, con una faja que se le enroscaba hasta el pecho, gorra negra sobre la oreja y la blusa hinchada como un globo, pavoneábase imitando el aire desgarbado de lobo marino del *tío Batiste* y hacía muecas á su abuela en venganza de las ofensas que le infería rogando por él.

No iría á jugar más á la playa; que se guardase la abuela sus meriendas; él era hombre y quería ir al mar como segundo *gato* de la *Flor de Mayo*.

Sus padres se reían con las insolencias del muchacho. ¡Demonio de chico! *El Retor* se lo hubiera comido á besos.

La abuela lloraba como si le viera ya próximo á la muerte. Pero el padre se indignó. ¿Quería callar? Cualquiera creería que iban á matar al chico. ¿Qué tenía aquello de extraordinario? Pascualet iba

al mar como habían ido su padre y todos sus abuelos. ¿Deseaba la *agüela* que fuese un vago? El le quería valiente y trabajador, sin miedo al agua, que es donde está la vida. Si cuando él muriera podía dejarle *un buen pasar*, mejor que mejor.

El chico no se expondría navegando, pero sabiendo lo que era una barca no podrían engañarle. Una desgracia á cualquiera le pasa, y porque á su padre, el tío Pascual, le hubiera ocurrido lo que todos sabían, ya se figuraba su madre que todos los pescadores habían de morir ahogados precisamente. Vamos... calle, calle y no haga reir.

Pero la *siñá* Tona no podía callar. Allí estaban todos endemoniados. El maldito mar les atraía para acabar con la familia. Ella no descansaba. ¡Si contase los espantosos sueños que tenía por la noche! Ya sufría mucho pensando en los peligros del hijo, y ahora, por si no tiene usted bastante, el nieto también. Vamos, que aquello no podía sufrirse; lo hacían por matarla á pesares; y si no fuera por lo mucho que les quería, no debía mirarles más la cara.

El Retor, indiferente á los lamentos de su madre, sentábase á la mesa ante la cazuela humeante. Escrúpulos de vieja. ¡A comer, Pascualet!

Su padre había de hacerle el mejor marinero del Cabañal.

Y para extremar sus bromas, quiso saber qué traía su madre en aquel envoltorio.

Volvió á llorar la *siñá* Tona. Era un obsequio bien triste. El miedo no la dejaba dormir; había reunido la noche anterior todos sus ahorros, bien poca cosa, y quería hacer un regalo á su hijo: un chaleco salvavidas que por mediación de una amiga había comprado al maquinista de un vapor inglés.

Y sacó á luz aquella coraza voluminosa de forradas escamas de corcho, que se plegaba con gran flexibilidad. *El Retor* la contemplaba sonriente. Bien estaba aquello: ¡lo que inventaban los hombres!; algo había oído de aquellos chalecos, y se alegraba de tener uno, por más que él nadaba como un atún y no necesitaba de tales adornos.

Pero entusiasmado como un niño ante el regalo, abandonó la comida y se probó el chaleco, riéndose de aquel grueso envoltorio que le daba el aspecto de una foca, haciéndole respirar angustiosamente.

Gracias; con aquello no se ahogaría en el agua, pero moriría de sofocación. Lo metería en la barca. Y arrojó la coraza al suelo, apoderándose de ella Pas-

cualet, quien con gran trabajo se embutió en el salvavidas, asomando la cabeza y las extremedidades como una tortuga dentro del caparazón.

Al terminar la comida llegó Tonet. Traía una mano entrapajada. Era un golpe que había recibido aquella mañana: y lo decía de un modo, que su hermano no quiso preguntarle más ni le sorprendió la extraña mirada de Dolores. Alguna diablura de aquel loco; alguna riña que habría tenido en la taberna.

Con una mano inútil, para nada servía en la barca. Se quedaría en tierra, y ya lo tomaría su hermano á bordo de allí á dos días, pues pensaba no tardar más en su primer salida si la pesca era buena.

Mientras hablaba *el Retor* con gran tranquilidad, lamentándose de que su hermano no fuese á bordo de la *Flor de Mayo*, Tonet y su cuñada bajaban la cabeza y evitaban el mirarse como si se sintieran avergonzados.

A media tarde comenzaron los preparativos para la salida del *bou*.

Más de un centenar de barcas formadas en doble fila frente á los muelles inclinaban sus mástiles como escuadrón de lanzas que saluda, moviéndose sus cascos con incesante y gracioso contoneo. Aquellas embarcaciones pequeñas, con su

rudo perfil de galera antigua, recordaban las numerosas armadas de Aragón, las flotas de barquichuelos con las que Roger de Lauria era el terror de la Sicilia. Y los pescadores presentábanse á grupos con el hatillo á la espalda y el aire resuelto, como aquellas bandas de almogávares llegaron á la playa de Salóu para ir en embarcaciones iguales ó peores á la conquista de Mallorca.

Tenía aquel embarque en masa y en tan rudos barcos un sabor tradicional, algo que forzosamente hacía recordar la marina de la Edad Media, los bajeles de Aragón, cuya vela triangular lo mismo espantaba al moro de Andalucía, que se destacaba sobre el clásico y risueño cielo de la Grecia.

Todo el pueblo acudía al puerto; las mujeres y los niños corrían por los muelles buscando en aquella confusión de mástiles, cuerdas y cascos incrustados unos entre otros, la barca donde iban los suyos. Era la emigración anual á los desiertos del mar; la caída en perpetuo peligro para sacar el pan de las misteriosas profundidades, que unas veces se dejan extraer mansamente sus riquezas y otras se alborotan amenazando de muerte á los audaces argonautas.

Y por las pendientes tablas que unían las barcas con el muelle, pasaban pies

descalzos, calzones amarillos, caras tostadas, todo el mísero rebaño que nace y muere en la playa sin conocer más mundo que aquella extensión azul; gente embrutecida por el peligro, sentenciada á muerte, para que tierra adentro, otros seres como ellos, sentados ante el adamascado mantel, puedan contemplar como joyeles de coral los rojos langostinos ó se conmuevan con estremecimientos de gula ante la enorme merluza nadando en apetitosa salsa. El hambre iba á lanzarse en el peligro para satisfacer á la opulencia.

Comenzaba á caer la tarde. Los últimos mosquitos del verano, enormes, hinchados, zumbaban en aquel ambiente impregnado de tibia luz, brillando como un chisporroteo de oro; el mar se extendía tranquilo fuera del puerto hasta juntarse con el horizonte, y allá en la línea divisoria destacábase sobre el cielo limpio, como una vaga nube, la cumbre del Mongó, cual si fuese una isla flotante.

Continuaba el embarque. La aglomeración de barcas tragábase hombres y más hombres; las mujeres hablaban con animación del tiempo, de la pesca, que deseaban fuese buena; de aquel período que se preparaba, en el cual podría haber pan abundante en sus casas; y los grumetes corrían desolados por el mue-

lle, descalzos y apestando á brea, para hacer los últimos encargos de sus patrones, embarcar la galleta y cargar el tonelillo del vino.

Cerraba la noche; ya estaba toda la gente en las barcas: más de mil hombres. Sólo faltaba para partir que aquellos señores de las oficinas acabasen de despachar los papeles; y la multitud que ocupaba los muelles se impacientaba como quien espera un espectáculo que se retarda.

Había en el acto de la partida una costumbre que cumplir. Desde tiempo inmemorial que todo el pueblo acudía á la salida del *bou* para insultar á los que se iban. Chistes atroces, sangrientas bromas cruzábanse entre las barcas y las escolleras cuando aquellas salían del puerto, todo á la buena de Dios, sin mala intención, porque así lo marcaba la costumbre y porque tenía gracia decirles algo á aquellos... *lanudos* que se iban tan tranquilos á pescar dejando solas á sus mujeres por una larga temporada.

Y tan arraigada estaba la costumbre, que algunos pescadores se preparaban con anticipación metiendo en sus barcas capazos de guijarros para contestar las insultantes despedidas á pedrada limpia.

Era una diversión brutal propia de

las playas levantinas, donde las bromas giran siempre con la mayor inocencia sobre la mansedumbre del marido y la fidelidad de la mujer.

Cerró la noche. Inflamábase como una guirnalda de fuego el rosario de faroles que orlaba los muelles; titilaban los rojos regueros de luz sobre las mansas aguas del puerto, y las linternas de los buques brillaban en lo alto de los palos como estrellas verdes y encarnadas. Cielo y agua tomaban el mismo color ceniciento, destacándose los objetos como manchas negras. El puerto, el caserío y los buques parecían dibujados con tinta china sobre una inmensa hoja de papel gris.

Ya salían, ya salían. Izábanse las velas, que en aquella lobreguez, transparentando su tejido las luces del puerto, parecían piezas extendidas de crespón, sutiles alas de gigantescas mariposas negras.

La pillería había ocupado lo más saliente de las escolleras para saludar á los que partían. ¡Cristo! y cómo iban á divertirse. Había que agazaparse bien para que no les llegase alguna pedrada.

Ya salía la primer pareja; mansamente, con poco viento aún, cabeceando las dos barcas como toros perezosos antes de tomar carrera. En la obscuridad

conocíase á las *parejas* y los que iban en ellas.

—¡*Adiós*!—gritaban las mujeres de los tripulantes.—¡*Bon viache*!

Pero la pillería había roto ya en su espantoso é infamante vocerío. ¡Vaya unas lengüecitas! Y hasta las mismas mujeres injuriadas que estaban á espaldas de ellos reían como locas, celebrando las ocurrencias. Era un Carnaval con toda su libre franqueza para mezclar verdades y mentiras.

¡Lanudos!, ¡más que lanudos! Iban á pescar tan tranquilos, dejando solas á sus mujeres. Ya se encargaría el cura de acompañarlas. ¡*Muuu*! ¡*muuu*!...

E imitaban el mugido de los bueyes entre las carcajadas del gentío que, por un absurdo de la costumbre, gustaba de aquellos insultos á los hombres que marchaban á trabajar y tal vez á morir por el sustento de sus familias. Pero éstos, siguiendo la sarcástica broma, echaban mano á los capazos de piedra, y los guijarros silbaban como balas, chocando con los peñascos, tras los cuales se ocultaba la procaz granujería.

Era aquello como un aquelarre, una aglomeración de escandalosos duendes que bullían en las dos escolleras y vomitaban injurias cada vez que pasaban barcas por la estrecha garganta de la dársena.

Cuando las voces ya roncas enmudecían cansadas de berrear, la provocación partía de las mismas barcas; molestábales á los pescadores el que saliese su *pareja* en silencio, y partía de ella alguna voz de marinero socarrón preguntando mansamente: *¡Che!, ¿qué no dieu algo?*

Vaya si le decían; y recrudecíase otra vez el eterno grito de *lanudos*, que venía á confundirse con el rugido de los caracoles que soplaban los grumetes, misteriosa señal para reconocerse las dos barcas que formaban la pareja y navegar juntas en la obscuridad, sin mezclarse con las innumerables embarcaciones que seguían el mismo rumbo.

Dolores estaba en una escollera, de pie, sin miedo á las pedradas y casi confundida en aquella turba vociferante. Sus amigas se habían quedado atrás por temor á un guijarro y ella estaba allí sola: sola no, porque un hombre se aproximaba lentamente, con fingida distracción, hasta quedar casi pegado á sus espaldas.

Era Tonet. La soberbia moza sentía en la nuca la respiración de su cuñado, y los rizados pelillos erizábanse con aquel aliento abrasador. Volvia ella la cabeza buscando en la obscuridad los ojos de Tonet que fulguraban con ham-

brienta fiebre, y sonreía satisfecha por la muda adoración.

En el talle sentía deslizarse una mano ansiosa y ágil, la misma mano entrapajada que, según declaraba Tonet horas antes, no podía mover sin terrible dolor.

Las miradas de los dos expresaban lo mismo. Por fin, tenían una noche de libertad: ya no serían entrevistas rápidas con ansiedad y peligro. Solos, completamente solos por toda la noche, y por la otra y por otra más... hasta que volvieran *el Retor* y su hijo. Tonet iba á acostarse en la cama de su hermano, como si fuese el amo de casa.

Y este placer criminal, este adulterio, al que se unía la traición al hermano, causábales escalofríos de horrible voluptuosidad; les hacía estrechar sus cuerpos, en los que la carne estremecíase con vibraciones puramente animales, como si lo infame de la pasión aumentase la intensidad del placer.

Un grito de la chiquillería les sacó de aquella somnolencia amorosa.

—¡*El Retor*! ¡*Ahí va el Retor*! ¡*Esta es Flor de Mayo*!

Y, ¡vive Cristo! que fué buena la que se armó! Para el pobre Pascualo estaba reservado lo más fuerte de la fiesta.

Ya no eran chicuelos los que gritaban.

Los pocos hombres que quedaban en tierra y el mujerío que odiaba á Dolores, unían sus voces al ronco gritar de la pillería.

¡*Lanudo*! Cuando volviera á tierra habría que acercarse á él capa en mano. Y la gente vociferaba estos y peores insultos con verdadera furia, como quien sabe que no da golpes en vago. Con aquel no era broma: le decían la verdad y nada más.

Tonet se estremecía temiendo alguna indiscreción de aquellos bárbaros, pero Dolores, impúdica y audaz, reíase de veras, como si le hiciera mucha gracia aquella rociada de insultos que recibía su panzudo. ¡Oh! Era legítima hija del *tío Paella*.

La *Flor de Mayo* atravesaba mansamente por entre las escolleras, y de su popa salió la alegre voz del patrón, satisfecho de las ovaciones que merecía.

—¡*Che*! ¡*Digáu més*! ¡*Digáu més*!

Aquella provocación irritó á la muchedumbre. ¿Que dijeran más? Pues allá va. Y cerca, muy cerca de Tonet y Dolores, sonó una voz que contestó á la provocación de un modo que hizo estremecer á los amantes.

A ver si callaba el muy *lanudo*. A pescar sin cuidado. Tonet ya se quedaba con Dolores para consolarla.

El Retor soltó el timón y se puso en pie de un salto.

—*¡Morrals!*—rugió;—*¡cochinos!*...

No; aquello no estaba bien. Bromitas á él, todas las que quisieran; pero eso de meterse en la familia era muy feo... muy indecente.

IX

Aquel año protegía Dios á los pobres.

Así lo decían las pobres mujeres del Cabañal, agrupándose por la tarde en la playa dos días después de la salida de las barcas.

Volvían las parejas del *bou* rápidamente, impulsadas por el viento de popa, y la rígida línea del horizonte aparecía dentellada por las innumerables aletas que se aproximaban á pares como palomas que, unidas por una cinta, volasen á flor de agua.

Hasta las más viejas del pueblo no recordaban una pesca tan afortunada. ¡Señor!; ¡si parecía que el pescado estaba allá dentro en grandes masas esperando pacientemente las redes para entrar voluntariamente en ellas, aliviando por su buen corazón la miseria de los pescadores!...

Sobre la arena de la playa, agitándo-

se todavía dentro de los cestones de caña, estaba aquella hermosura; los salmonetes de roca, como palpitantes pétalos de sonrosada camelia, contrayendo su lomo de suave bermellón con el estertor de la asfixia; los viscosos calamares y los pulpos, moviendo su maraña de patas, apelotonándose y enroscándose en la agonía; los lenguados, planos y delgados como suelas de zapato; las rayas, estremeciéndose como titilante mucosidad, y sobre todos los langostines, la pesca preciosa, que asombraban aquel año por su cantidad, transparentes como el cristal, erizando sus patas con desesperación y destacando sobre las negruzcas cestas sus dulces tonos de nácar.

Llegaban las barcas plegando sus enormes velas y quedaban quietas y balanceantes á pocos metros de la orilla.

A cada *pareja* agolpábase la multitud en el límite de las olas, arremolinábanse las faldas de sucio percal, las caras rojas y las cabelleras de Medusa, gritando, increpándose, discutiendo para quién sería el pescado. Arrojábanse de las barcas los *gatos* con agua á la cintura, formando larga fila, en la que iban interpolados los hombres y los cestos y avanzaban rectamente hacia la orilla, surgiendo poco á poco del manso oleaje, hasta que sus pies descalzos tocaban la

arena seca, y las mujeres de los patrones se encargaban de la pesca para venderla.

Poblábase como si fuese un pedazo de tierra el espacio de mar entre la orilla y las barcas. Pasaban los grumetes con el cántaro al hombro, enviados por la tripulación que, cansada del líquido recalentado y sucio de los toneles, anhelaba el agua fresca de la *font de Gas;* las chicuelas de la playa, remangándose impúdicamente las haraposas faldillas, hundían en el mar sus piernas de chocolate para ir á curiosear en las barcas con su despeluchada cabeza y apropiarse algo de la pesca menuda; y para sacar las barcas que habían de aguardar en seco el día siguiente, entraban olas adentro los bueyes de la comunidad de pescadores, hermosos animales rubios y blancos, enormes como mastodontes, ocupando su cabeza un tercio del volumen, moviéndose con pesada majestad y agitando su enorme papada con la soberana altivez de un senador romano.

Aquellas yuntas que hundían la arena bajo sus pezuñas y que de un tirón arrastraban las barcas más grandes, guiábalas *Chepa*, un chicuelo enteco y jiboso con cara de vieja maliciosa, un engendro que lo mismo podía tener quince años que treinta, enfundado en un chu-

basquero amarillo, por bajo del cual asomaban dos piernecillas rojas, en las que la piel, siguiendo con fidelidad todas las ondulaciones del esqueleto, marcaba el contorno y los ligamentos de sus huesos.

En torno de las barcas que arrastradas surgían lentamente del mar, agitábase un apretado círculo de pillería haraposa y greñuda, sacando medio cuerpo del agua como el cortejo de nereidas y tritones que escoltan las barcas mitológicas, pidiendo con roncos gritos que les echasen un puñado de *cabets*.

En la playa organizábase un mercado, donde á fuerza de gritos, manoteos é insultos, se realizaban las ventas.

Las amas de barca regateaban y reñían detrás de sus repletas banastas con todo aquel rebaño vociferante que había de revender el pescado al día siguiente en Valencia, y cuando llegaba el ajuste por arrobas recrudecíanse los insultos por cuestión de si habían de entrar las piezas gordas ó la morralla. Dos capazos pendientes de cuerdas y unos cuantos guijarros enormes servían de balanza y pesas, y nunca faltaba algún chico del pueblo de la clase de *leídos* que se prestaba á ser secretario de las amas, llevando en su papel la cuenta de las ventas.

Rodaban empujados por el pie del

comprador los repletos capazos, contemplados con codicia por los pillos de la playa.

Pieza que caía *evaporábase* como tragada por la arena; y los buenos burgueses que venían de Valencia para admirar el pescado fresco, sentíanse empujados, pisoteados por aquella multitud arremolinada que, como inquieta tromba, mudaba de sitio á la llegada de una nueva barca.

Dolores estaba en sus glorias. Por muchos años, al comprar en la playa el pescado como una simple vendedora, había deseado ser ama de barca, poder reñir é imponerse á aquel mísero y escandaloso rebaño. Por fin se realizaban sus aspiraciones; y sorbiendo orgullosamente el aire con su graciosa nariz, erguíase entre los cestones recién desembarcados, mientras que Tonet se cuidaba del peso y de registrar las ventas.

Casi encallada en la mar baja, esperaba cabeceando *Flor de Mayo* que los bueyes la sacasen á la playa.

El Retor ayudaba á los marineros á plegar la vela, y se detenía algunas veces para mirar á su mujer cómo se peleaba con las compradoras y apuntaba los precios que el cuñado tenía que registrar. Miradla; parecía una reina. Y el pobre hombre sentíase satisfecho al pen-

sar que su Dolores debía todo aquello á él, á nadie más que á él.

En la punta de proa erguía su hijo Pascualet la desmedrada é inmóvil figurilla, como si fuese el mascarón de la barca, hecho un lobo de mar, descalzo y sucio, con la camisa fuera del calzón, los faldones revoloteando al viento y al descubierto su panza rojiza como la de una estatuílla de barro cocido.

Y frente á la barca, admirando desde tierra á *Flor de Mayo*, un buen golpe de aquellos infelices rateros de la playa, casi desnudos, con aspecto de tribu salvaje, rojos, con aquella patina que daba á los cuerpos el aire del mar y con los miembros enjutos, delatando la pobreza nutritiva de la salazón. ¡Pero qué suerte tenía *el Retor*, aquel *lanudo*! Traía la barca atestada de langostinos, que á dos pesetas libra... ¡tira!, ¡tira! Y aquellos miserables abrían la boca y entornaban los ojos como si viesen un deslumbrante oleaje de pesetas.

Chepeta llegó con su pareja de poderosas bestias, y la *Flor de Mayo*, chirriando sobre los tarugos en que resbalaba su quilla, comenzó á salir á tierra.

El Retor había abandonado ya su barca y estaba frente á Dolores, sonriendo como un bendito ante aquel delantal recogido é hinchado por los enormes pu-

ñados de plata que parecían romper la tela. ¡Vaya una jornada! Con pocas así podían redondearse. Y aquella suerte tal vez se repitiera, pues el demonio de viejo que llevaba á bordo adivinaba los sitios donde estaba la mejor pesca.

Pero se interrumpió en su entusiasmo para mirarle las manos á su hermano. Los trapos habían desaparecido; ya estaba bueno, ¿eh? Se alegraba mucho: así podría embarcarse en la segunda expedición y ya vería lo que es divertirse. Daba gusto pescar sacando las redes llenas con tanta facilidad.

Pensaba salir al amanecer. Había que aprovechar aquella fortuna.

Dolores había terminado su venta y le preguntaba si iría á casa. El patrón no podía decirlo. No le gustaba abandonar la barca. La gente de la tripulación era capaz de irse á la taberna así que volviese la espalda, y la barca no podía quedar abandonada en aquella playa donde pululaban los raterillos husmeando todo lo aprovechable. Tenía ocupación, y si á las nueve de la noche no estaba en casa, podía ella acostarse.

En cuanto á Tonet, que marchara á casa á despedirse de su Rosario y á coger el hatillo; pero antes del amanecer, allí en la playa, pues él no quería esperar.

Dolores cambió una rápida ojeada con su cuñado y después se despidió de su marido, intentando llevarse á Pascualet. No; el muchacho quería quedarse en la barca al lado de su padre; y al fin la buena moza tuvo que partir sola, siguiendo los dos hombres con la mirada el garboso contoneo de aquel cuerpo soberbio que se alejaba empequeñeciéndose.

Tonet permaneció en la playa hasta el anochecer, hablando con el *tío Batiste* y comentando con otros pescadores la inesperada abundancia de pescado. Se fué cuando el grumete comenzaba á preparar la cena á bordo de la *Flor de Mayo*.

Pascual, al quedar solo, comenzó á pasear por la playa con las manos metidas en la faja, oyendo el *fru-fru* de sus calzones impermeables, que producían un roce de pergamino seco.

La playa estaba obscura. En las cubiertas de algunas barcas brillaban las fogatas de la cena, pasando ante ellas de vez en cuando las sombras de los tripulantes; el mar, casi invisible, pues solo en ciertos momentos marcábase con débil fosforencia, mugía dulcemente; y á lo lejos, de la lóbrega playa salían ladridos de perros y alguna voz de niño entonando una canción amortiguada por la dis-

tancia. Eran grumetes que se dirigían al Cabañal.

El Retor miraba la débil faja de luz rojiza que aun se marcaba en el horizonte tras la linea de lejanos tejados por donde se había ocultado el sol. No le gustaba aquel color: como él decía con su experiencia de marinero, el tiempo no estaba seguro.

Pero esto le preocupó poco, pensando únicamente en sus negocios y en su dicha. No podía quejarse de la suerte. Hogar tranquilo, buena mujer, ganancias para construir antes de un año otra barca que formase *pareja* con *Flor de Mayo* y un hijo digno de él, que mostraba gran afición al mar y sería con el tiempo el mejor patrón del Cabañal. Vamos, hombre, que podía tenerse por el más feliz de los mortales, y esto sin carecer de camisa como aquel hombre dichoso del cuento, pues tenía más de una docena y un pedazo de pan para la vejez.

Pascual, animado por la contemplación de su dicha, avivaba su torpe paso restregándose las manos alegremente.

Vió á poca distancia una sombra que se aproximaba con lentitud. Era una mujer; una mendiga tal vez que iría por las barcas pidiendo como limosna el desperdicio de la pesca. Válgame Dios; cuánta miseria hay en el mundo. Y como al sen-

tirse feliz hubiera él querido hacer partícipe de su dicha á todo el mundo, buscó la punta de su faja, donde siempre llevaba enrolladas algunas pesetas con mezcla de calderilla.

—*Pascualo*,—murmuró la mujer con voz dulce y tímida.—¿*Eres Pascualo*?

¡Cristo!, ¡qué chasco!... ¡Si era Rosario, su cuñada! ¿Venía en busca de su marido? Pues perdía el viaje; debía estar ya en casa esperándola para cenar.

Pero el alegre patrón quedó perplejo al saber que no buscaba á Tonet. ¿Qué hacía allí entonces?... ¿Quería hablar con él? Esta pretensión le extrañaba. Sus tratos con la mujer de Tonet eran pocos y no comprendía para qué pudiera necesitarle. Pero en fin, podia hablar.

Se cruzó de brazos mirando su barca, en la que Pascualet y el otro *gato* danzaban en torno de la marmita de la cena. Esperaba las palabras de aquella sombra que permanecía con la cabeza, baja como si se sintiera poseída de invencible timidez.

Vamos, ya podía hablar: él la escuchaba.

Rosario, como quien desea acabar pronto diciéndolo todo de un golpe, irguió su cabeza con energía y clavó sus ojos en los del *Retor*, brillándole con misteriosa fosforescencia.

Lo que tenía que decirle era que se interesaba por la dignidad de la familia; que ya no podía sufrir más, y que ella y *el Retor* estaban haciendo reir á todo el Cabañal.

A ver: ¿quién hacía reir? ¿él? ¿y por qué se divertían á su costa?... porque él no creía dar motivo para que se le burlaran como si fuese una mona.

—*Pascualo*—dijo Rosario con lentitud, pero con energía, como quien se resuelve á todo. — *Pascualo... Dolores t'engaña.*

¡Quién!... ¡su mujer le engañaba!... Cristo, aquello sí que era bueno.

Y como un buey que recibe un mazazo, inclinó su cabezota por algunos instantes. Pero pronto sobrevino la reacción. Había en aquel hombre fe suficiente para resistir golpes mayores.

—¡*Mentira*!... ¡*mentira*! *Vesten, embustera.*

Si la obscuridad no hubiese sido tan densa, tal vez Rosario se habría asustado al ver la cara del *Retor*. Pataleaba como si de la arena hubiese salido la calumnia y quisiera aplastarla; movía sus brazos con expresión amenazante y las palabras se le escapaban barboteando como si se ahogasen en aquel acceso de rabia.

¡Ah, mala piel! ¿Creía ella que no la

conocían?... Envidia, y nada más que envidia... Odiaba á Dolores y mentía para perderla... ¿No le bastaba con no saber dirigir al pobre Tonet, que aún intentaba deshonrar á Dolores, que era una santa?... Sí señor, una santa, y ya quisiera ella llegarle á la suela del zapato.

— *Vesten*—rugía;—*vesten ó te mate.*

Pero á pesar de las amenazas con que acompañaba su exigencia de que se fuera, Rosario permanecía inmóvil, como si resuelta á todo no le intimidaran las amenazas del *Retor*.

—*Sí; t'engaña, Pascualo*—decía con su desesperante lentitud.—*Te engaña, y es en Tonet.*

¡*Recordons*! ¿y también metía á su pobre hermano en la danza? La indignación le ahogaba; aquella mentira era ya insufrible, y en su furor sólo sabía repetir:

—*Vesten, Rosario; vesten ó te mate.*

Pero lo decía de un modo terrible, cogiendo á su cuñada por las muñecas, apretándola con furia, empujándola de un modo tan amenazador, que la pobre mujer, al desasirse, mostraba miedo y comenzó á alejarse.

Había ido allí para hacerle un favor, para que no se rieran más las gentes de él; pero ya que lo quería, podía seguir siendo un *bendito*.

—¡*Bruto... llanut*!

Y escupiendo estos dos insultos como despreciativa despedida, huyó Rosario, quedando *el Retor* inmóvil, con los brazos cruzados.

¡Oh, qué mala piel! ¡Cuán infeliz era su hermano con una mujer así!

Sentíase satisfecho por su arranque de indignación. Buenas cosas se había oído aquella envidiosa: podía volver otra vez con mentiras.

Y se paseaba por la arena humedecida por las olas, sintiendo alguna vez el agua en sus gruesos zapatones.

Daba bufidos de satisfacción recordando la energía con que había procedido, pero algo le escarabajeaba en el cerebro y en el pecho, algo que crecía por momentos y le apretaba la garganta, causándole mortal angustia.

¿Y por qué no había de ser verdad lo que decía Rosario?

Tonet había sido novio de Dolores; por su hermano conoció él á su mujer; se veían con frecuencia; se hablaban solos horas enteras; ella mostraba gran interés por su cuñado... ¡Cristo! Y él sin sospechar nada, sin adivinar su deshonra... ¡Cómo se habría reído la gente!

Y pateaba con furia, cerrando los puños y profiriendo juramentos espanto-

sos, de esos que él guardaba para los días de borrasca.

Pero no; no era posible: cómo gozaría aquella mala lengua si le viese á él con su rabieta de muchacho crédulo. Y en resumen: ¿qué le había dicho? Nada; la misma broma con que varias veces le habían molestado en la playa; solo que los pescadores se permitían la injuriosa suposición para hacerle enfadar y reirse de su gesto bosco, mientras que Rosario lanzaba tales calumnias con la venenosa intención de poner en discordia al matrimonio. Pero todo eran mentiras. ¿Faltarle á él Dolores? No era posible: ¡una mujer tan buena, y además con un hijo, con Pascualet, al que quería tanto!...

No podía ser. Y para convencerse mejor, para ahuyentar aquella angustia que le oprimía, *el Retor* paseaba aceleradamente y decía con voz tan alterada por la emoción, que al mismo le parecía que era de otro:

—*Mentira; tot es mentira.*

Aquello le tranquilizaba. Con tales palabras aliviábase, como si convenciera al mar, á las sombras, á aquellas barcas que habían presenciado la calumniosa afirmación de Rosario: pero, ¡ay!, dentro llevaba el enemigo; y mientras la lengua repetía ¡*mentira*!, los oídos le zumbaban, como si aun vibrasen en ellos las

últimas palabras de su cuñada: ¡*Bruto*!... ¡*llanut*!

No, ¡recristo!; todo antes que eso. Al pensar en que podían ser ciertas las palabras de Rosario, sentía aquella ansia de destrucción de que habló á Roseta días antes en el camino del Grao, y veía á Tonet y á Dolores y hasta á su hijo, como si fuesen terribles enemigos.

¿Y por qué no había de ser verdad todo? Una mujer como Rosario, para vengarse de Dolores, podía calumniarla por el pueblo; pero ir directamente á su esposo suponía la desesperación de la que se considera engañada.

Ahora se sentía arrepentido de haber contestado tan brutalmente á su cuñada. Debió oirla, apurar toda la amarga verdad. El mayor dolor con su terrible certeza era preferible á aquella inquietud.

—¡*Pare*!... ¡*pare*!—gritaba una vocecita alegre desde la cubierta de la *Flor de Mayo*.

Era Pascualet, llamando á su padre para cenar. El no cenaba. ¿Quién pensaba en cenar con aquella impresión que anudaba la garganta y le oprimía el estómago?

El patrón se aproximó á la barca, hablando á su gente con tono seco é imperioso. Podían cenar: él iba al pueblo, y si

no volvía, que durmiesen hasta el amanecer, en que sería la salida.

Pascual se alejó sin mirar á su hijo, y como un fantasma atravesó aquella playa negra, en línea recta, tropezando algunas veces con barcas viejas y hundiendo otras sus gruesos zapatos en las marismas que formaba el oleaje en los días de tempestad.

Ahora se sentía mejor. ¡Qué calma gozaba al ir en busca de Rosario! Ya no sentía aquel terrible zumbido en que iban envueltos los últimos insultos de su cuñada; ya no se agitaba atropellado el pensamiento, produciéndole agudas punzadas en el cerebro. Su cráneo parecía hueco, no sufría dentro del pecho pesadez alguna, sentíase con una ligereza asombrosa, como si caminase á saltos, sin tocar apenas el suelo, y únicamente continuaba el obstáculo de la garganta, aquel nudo asfixiante y un sabor salobre en la lengua, como si estuviera tragando agua del mar.

Iba á saberlo todo, todo. ¡Qué amargo placer! ¡Recristo! Jamás hubiera sospechado que una noche tenía que correr casi como un loco hacia la barraca de su hermano, marchando por la playa y evitando las calles, como si le avergonzara la presencia de gente.

¡Ay! Qué bien le había sabido clavar

el puñal aquella Rosario; qué misterioso poder tenían sus palabras y qué demonio insaciable y furioso habían despertado dentro de él!

Entró casi corriendo en aquella calle de míseros pescadores que desembocaba en la playa, con sus olivos enanos orlando las aceras, que eran ribazos de tierra apisonada, y sus dos filas rectas de mezquinas barracas con cercas de tablas viejas.

Empujó con tanta rudeza la puerta de la vivienda de su hermano, que la madera fué á gemir, chocando contra la pared interior. A la luz rojiza de un candil vió á Rosario sentada en una silla baja, con la cabeza entre las manos. Su aire de desolación ajustábase bien con el interior mísero, escaso de sillas y aquellas paredes sin otro adorno que dos estampas, una guitarra vieja y algunas redes antiguas.

Aquello, como decían las vecinas, olía á hambre y á palizas.

Rosario, al oir el estrépito, levantó la cabeza, y viendo al *Retor* que obstruía con su figura casi cuadrada el hueco de la puerta, sonrió con expresión amarga:

—¡*Ah*! ¡*Eres tú*!... *T'esperaba*; *estaba segura de que vindríes.*

Podía pasar: no le guardaba rencor por lo de momentos antes en la playa,

¡Ay!; á todos les ocurría lo mismo. La primera vez que á ella le hablaron mal de su marido no lo quiso creer, no quiso oir á la mujer que la revelaba sus infidelidades, riñó con ella y después... después fué en busca de la vecina á pedirle por Dios que hablase, como venía él ahora después que en la playa casi la había pegado.

Le esperaba; estaba segura de que vendría. Así son todas las personas que quieren bien; primero el furor, la rabia ante lo que creen mentiras, y después el maldito deseo de saber, aunque las noticias le desgarren á una las entrañas.

¡Ay Pascualo!... ¡Cuán desgraciados eran los dos!

Y Pascual, que había entrado en la barraca cerrando la puerta, estaba de pie ante su cuñada con los brazos cruzados, mirándola con expresión hostil. Al verla despertaba en él ese odio instintivo contra el que mata las propias ilusiones.

—¡*Parla*!... ¡*parla*!—decía *el Retor* con voz fosca, como si le molestaran las palabras inútiles de su cuñada.—*Dígues-me la veritat.*

El infeliz quería saber la verdad, toda la verdad; mostrábase amenazante por la impaciencia, pero en su interior temblaba y hubiera deseado que los segun-

dos fuesen siglos para no llegar nunca á oir las revelaciones de Rosario.

Pero ésta hablaba ya.

¿Tenía fuerzas para oirlo y resistirlo todo? Iba á hacerle mucho daño, pero sólo le pedía que no la odiase. Ella también sufría, y si hablaba era porque no podía resistir más, porque odiaba á Tonet y á su infame cuñada; porque Pascualo le inspiraba la tierna conmiseración de los compañeros de infortunio.

Dolores le engañaba. Y no era asunto de ayer; aquellas criminales relaciones databan de antiguo; comenzaron á los pocos meses de haberse casado ella con Tonet.

Aquella perra, al ver que Tonet era de otra mujer, lo había apetecido, y por Dolores cometió él la primera infidelidad después de su boda.

—¡*Próbes... vinguen probes*!—rugía el patrón con los ojos amarillentos, que parecían herir á su cuñada.

Esta sonreía con expresión de lástima. ¿Pruebas?... que fuera á pedírselas á todo el pueblo, que hacía más de un año comentaba alegremente aquellas relaciones. ¿No se enfadaría? ¿quería oir toda la verdad? Pues bien: hasta los *gatos* y los marineros jóvenes, cuando hablaban en la playa de algún marido engañado,

decían como exageración que era más *lanudo* que *el Retor*.

—¡*Recordóns*!—rugía Pascual cerrando los puños y pateando el suelo.—*Rosario... mira lo que parles. Si no es veritat te mate.*

¡Matarla!... Valiente caso hacía ella de la vida... Era hacerla un favor el quitarla de en medio.

Sin hijos, sola, teniendo que hacer una vida de bestia, muerta de hambre para darle alguna peseta al señor y que no la zurrase, ¿para qué quería estar en el mundo?

—*Mira, Pascualo, mira.*

Y remangándose un brazo, mostraba sobre la blancuzca y pobre piel que envolvía únicamente el hueso y los nervios, algunas huellas amoratadas que delataban la presión dolorosa de una mano como una tenaza. ¿Y si fuese aquello sólo? En todo el cuerpo podía enseñar marcas iguales. Eran caricias del *siñor* cuando ella le echaba en cara sus relaciones con Dolores. Aquella misma tarde la había hecho lo del brazo antes de ir á la playa á hacer el majo con su cuñada, ayudándola en la venta del pescado como si fuese su marido... ¡Cuánto se habría burlado la gente del pobre *Retor*!

¿Quería pruebas? Pruebas tenía. ¿Por qué no se había embarcado Tonet en la

primera salida? ¿Qué herida era la de la mano que sólo duró hasta que la *Flor de Mayo* hubo salido del puerto? Al día siguiente le vieron todos sin los engañosos trapos.

¡Pobre Pascual! Mientras él iba al mar, á dormir poco, sufriendo el agua y el viento, todo por ganarse el pan, su mujer, su Dolores, se burlaba de él, y Tonet se acostaba en su cama como un señor, caliente y regalado, burlándose del hermano tonto. Sí; era verdad: podía asegurarlo; mientras él había estado en el mar, nunca había dormido Tonet en su barraca, y hasta en aquella misma noche estaba ausente, pues se había llevado poco antes su hatillo de marinero, despidiéndose hasta la vuelta.

¡Llora, Pascualo! Su mujer y su hermano le creían pasando la noche en la playa, y tal vez en aquel momento se preparaban á acostarse en la cómoda cama del patrón.

—¡*Recristo*! — murmuraba *el Retor* con acento doloroso, levantando la cabeza como si protestase contra los de allá arriba, que permitían que á un hombre honrado le ocurrieran tales cosas.

Pero él no se entregaba fácilmente. Su carácter honrado y bondadoso rebelábase ante tanta monstruosidad. Aunque aceptaba en su interior la revelación do-

lorosa, gritaba con expresión amenazante:

—*Mentira... mentira.*

Rosario enardecíase. ¿Mentira? Con hombres tan ciegos como él no valían pruebas. ¿A qué tanto gritar? ¿Iba acaso á comérsela? Era un topo, sí señor; un topo digno de lástima que no veía más allá de sus narices. Otro en su situación ya habría adivinado mucho tiempo antes lo que ocurría. Pero él... ¡vaya una ceguera! Ni siquiera se había fijado en su hijo para comprender á quién se semejaba.

Aquella sí que fué puñalada. *El Retor*, á pesar de la patina bronceada que á su tez había dado el ambiente del mar, púsose pálido, con una blancura lívida; vaciló sobre sus robustas piernas como si la verdad le zarandease rudamente, y la sorpresa le hizo tartamudear angustiosamente.

¡Su hijo!... ¡su Pascualet! ¿Y á quién se parecía? A ver: que hablase pronto aquella mala pécora. Su hijo era suyo y muy suyo. A él únicamente había de parecerse.

¡Pero de qué modo reía aquella maldita! Parecía un demonio sarcástico. Qué terrible gracia le hacía su paternal afirmación... Y oyó aterrado las explicaciones de Rosario. Para ser hijo suyo debía

parecérsele como él se semejaba á su padre, el difunto tío Pascual. Y no era así, no. Pascualet era igual á su tío; los mismos ojos, la misma esbeltez, idéntico aire de *pinturero*. ¡Ah, pobre *Retor*! ¡Ciego *lanudo*! Que se fijase bien y vería como su hijo era igual á Tonet en aquella época que vivía en la barca de la madre y correteaba por la playa hecho un pillete.

Ahora *el Retor* ya no dudó. Aquello sí que lo creía á ojos cerrados. Parecía que acababan de batirle una catarata y todo lo contemplaba con mayor claridad, con nuevas formas y desconocidos relieves, como si fuese un ciego que veía el mundo por primera vez. Era verdad. Lo mismo era su hijo que el otro: varias veces, contemplándolo, había adivinado su instinto una vaga semejanza con alguien que no podía definir ni explicarse.

Se llevó las crispadas manos al pecho, como si fuese á desgarrarlo, á sacar de él algo que quemaba, y después se echó una fiera zarpada á la cabeza.

—¡*Recontracordóns!*—gimoteó con una voz ronca que alarmó á Rosario.—¡*Santo Cristo del Grau*!...

Anduvo algunos pasos como si estuviera borracho y desplomóse con tanto ímpetu, que el suelo tembló con el choque de aquel pecho poderoso, y las pier-

nas se levantaron con el impulso de la caída.

Cuando *el Retor* despertó estaba tendido de espaldas y sentía en las mejillas un cosquilleo caliente, como si algún bichillo se escurriera escarabajeando sobre su piel con tibio contacto.

Llevóse una mano penosamente á la dolorida cara, y á la luz del candil la vió manchada de sangre. Las narices le dolían y comprendió que al caer, su rostro había chocado con el suelo, produciéndose una fuerte hemorragia.

Rosario estaba arrodillada junto á él é intentaba limpiarle la cara con un trapo húmedo.

El Retor, al ver el rostro despavorido de su cuñada, recordó lo ocurrido y lanzó á Rosario una mirada de odio.

Que no le ayudase: podía levantarse solo. La agradecía todo el mal que le había hecho. No; no eran necesarias excusas. ¡Si él estaba muy satisfecho!... Noticias como aquella no se olvidan nunca. Y gracias que había tenido aquella pérdida de sangre, pues de lo contrario era posible que se hubiera quedado muerto en el sitio, víctima de una congestión... ¡Ay! cómo sufría... Pero también ¡cómo se iba á divertir! Ya se había cansado de ser bueno. ¿De qué servía que un hombre fuese honrado y se quitara la piel en

bien de la familia? Ya se encargaban de martirizarle los vagos y las malas pécoras que estaban en el mundo para la perdición de los hombres de bien. ¡Pero cómo iba á divertirse! ¡Cómo se acordaría el Cabañal del *Retor*, el famoso *lanudo*!

Y barboteando quejas y amenazas entre suspiros y rugidos, el patrón restregábase con el trapo el dolorido rostro, como si aquella frescura le aliviase.

Avanzaba hacia la puerta con ademán resuelto y hundiendo sus manazas en la faja. Rosario intentaba cerrarle el paso con expresión de terror, como si en ella acabase de despertarse la loca pasión por Tonet y temiese por su vida.

Debía detenerse; esperar. ¿Quién sabe si todo eran mentiras, visiones de ella, murmuraciones de la gente? Tonet era su hermano.

Pero *el Retor* sonreía de un modo lúgubre. Que no hablase más; estaba convencido; se lo decía el corazón y era bastante. El mismo temor de Rosario le confirmaba en su creencia. ¿Tenía miedo por Tonet? ¿Le quería? También él quería á su Dolores á pesar de todo. La llevaba en el pecho; por más que hiciera no podría sacar de allí dentro á la gran... *punta*, y, sin embargo, ya vería Rosario, ya vería todo el pueblo cómo procedía Pascualo el *llanut*.

—*No, Pascualo*—suplicaba Rosario intentando agarrar aquellas poderosas manazas.—*Espera... esta nit no... atre día.*

¡Oh! El lo adivinaba. Rosario sabía que aquella noche estaba su marido en su casa junto con Dolores. Pero podía tranquilizarse. Decía bien; *aquella nit no.* Además, había olvidado la faca y no era cosa de matar á bocados á la infame pareja... ¡Paso libre! Allí se ahogaba.

Y apartando á Rosario de un vigoroso empellón, se echó á la calle.

Su primera sensación al verse en la obscuridad fué de placer. Pareciale que acababa de salir de un horno y aspiraba con deleite la brisa cada vez más fresca.

No lucía estrella alguna; el cielo estaba encapotado, y á pesar de la situación de Pascual, el marinero prevaleció en él un instante, y examinando el espacio se dijo que al día siguiente sería malo el tiempo.

Después se olvidó del mar y del próximo temporal y anduvo tiempo y más tiempo sin pensar en nada, moviendo las piernas instintivamente, sin voluntad ni rumbo determinado, repercutiéndole los pasos dentro del cráneo como si estuviera hueco.

Sentíase casi tan insensible como poco antes, cuando yacía tendido sin co-

nocimiento en la barraca de Tonet. Dormía en pie, abrumado por el dolor, pero su sueño era ambulante; y á pesar de la parálisis de sus sentidos, las piernas movíanse aceleradamente, sin que Pascual notase que en poco rato pasaba varias veces por el mismo sitio.

Su única sensación era de amargo placer. ¡Qué satisfacción poder caminar amparado por las sombras, pasearse por aquellas calles que á la luz del sol no tendría ya valor para atravesar!

El silencio causábale la extraña voluptuosidad que siente el fugitivo al verse en el desierto, lejos de los hombres y rodeado de los peligros de la soledad.

Vió á lo lejos, marcándose en el suelo, la faja de luz de una puerta abierta, alguna taberna tal vez, y huyó tembloroso, agitado, como si acabase de encontrar un peligro.

¡Ay! ¡si le viese alguien! Tal vez muriera de vergüenza. El más insignificante grumetillo le haría huir.

Obscuridad y silencio era lo que buscaba. Y caminaba sin cansarse, tan pronto por las muertas calles de la población como por aquella playa que también parecía intimidarle. ¡Recristo! Cómo se habrían burlado de él en los corrillos. Todas aquellas barcas viejas debían estar en el secreto, y cuando crujían era que

celebraban á su modo la ceguera del patrón de la *Flor de Mayo*.

Varias veces despertó de aquel sopor que inconscientemente le hacía errar sin descanso.

Una vez se encontró cerca de su barca y otra parado ante su casa y con la mano tendida hacia el aldabón.

Había que huir de allí; él quería sosiego y calma: tiempo le quedaba. Y este raciocinio fué poco á poco sacando su pensamiento de aquella catalepsia dolorosa.

No se entregaba; eso no. Sabrían todos quién era él, pero esto no impedía que encontrase ciertos motivos que disculpaban á Dolores. Al fin no desmentía su casta. Era legítima hija del *tío Paella*, aquel borrachón que tenía por abonadas á las chicas del barrio de Pescadores y que en su casa hablaba lo mismo que si Dolores fuese otra de la parroquia. ¿Qué había aprendido en su casa? Cochinadas, nada más que cochinadas, y así había salido ella. La culpa era de él, ¡grandísimo bruto!, casándose con una mujer que forzosamente había de resultar tal como era.

Ya lo decía su madre.

La que mejor conocía á Dolores era la *siñá* Tona, cuando se oponía á que la hija de *Paella* fuese su nuera. Dolores

era una mala mujer, pero él no podía chillar muy alto, pues resultaba culpable por haberse casado con ella.

A quien odiaba era á Tonet. ¡Deshonrar á su hermano! ¿Cuándo se había visto tal monstruosidad? Tenía que arrancarle el alma.

Pero apenas formulaba en su interior estos horribles deseos de venganza, surgía la protesta de la sangre. Oía la voz de Rosario diciéndole como amarga advertencia que Tonet era su hermano. ¿Cuándo se había visto que un hermano matase á otro? Caín únicamente, aquel hombre perverso, del que había oído hablar con tanta indignación al cura del Cabañal. Además, ¿Tonet era culpable?... No; el culpable era él, nadie más que él. Ahora lo veía con claridad. Le había quitado la novia al pobre Tonet; Dolores y él se amaban antes de que *el Retor* pensase en decir una palabra á la hija de *Paella*, y había sido una barbaridad, como todo lo suyo, el casarse con una mujer que era de su hermano.

Lo que ahora le afligía era forzoso que ocurriese. ¿Qué culpa tenían los dos si al verse juntos, en continuo trato por el parentesco, había resucitado la antigua pasión?

Se detuvo unos instantes, como abrumado por la culpabilidad que le parecía

evidente, y al darse cuenta del lugar donde se hallaba, vióse en la playa, á pocos pasos de la taberna de su madre.

Aquella barcaza vieja y sombría asomando entre las cercas de cañizos, evocó el recuerdo del pasado. Vióse pequeño, correteando por la playa, llevando en brazos á su hermano, á aquel diablejo exigente que le martirizaba con sus caprichos de arrapiezo rabioso. Su vista parecía traspasar las viejas tablas de la barcaza y veía el angosto camarote, sintiendo la tibia caricia de la colcha que les cubría amorosamente á los dos; á él, cuidadoso y solícito como una madre, y al otro, á su compañero de miseria, que apoyaba sobre sus mejillas la morena cabecita.

Sí; tenía razón Rosario. Era su hermano: mejor aún; era su hijo, pues él, más que la *siñá* Tona, había cuidado de aquel encantador pillete, plegándose á todas sus exigencias como esclavo cariñoso.

¿Y le había de matar?... ¡Dios mío!... ¿Quién había imaginado tal monstruosidad? No; perdonaría; por algo era cristiano y creía á ojos cerrados en todo cuanto decía su amigo don Santiago.

La calma absoluta de la playa, aquella obscuridad de caos, la ausencia completa de todo ser humano, infiltraban la

dulzura en su indignada rudeza, inclinándole al perdón.

Pascual sentíase nacer á una vida nueva, y hasta le parecía que era otro quien pensaba por él. La desgracia aguzaba su inteligencia.

Dios era el único que le veía en aquel momento: á El sólo tenía que dar cuentas. ¿Y qué le importa á Dios que una mujer engañe á su marido? Pequeñeces, miserias de los gusanillos que pueblan este mundo; lo importante era ser bueno y no contestar á la infidelidad con un nuevo crimen.

El Retor regresó lentamente hacia el Cabañal. Experimentaba gran alivio; la frescura del ambiente parecía haber penetrado en su ardoroso interior. Sentíase débil. Desde por la mañana no había comido, y el golpe en la cara producíale una picazón molesta.

Sonaban á lo lejos relojes dando la hora... ¡Las dos! Parecíale imposible la rapidez con que había transcurrido el tiempo. Más pesadas le resultarían las pocas horas que quedaban hasta el amanecer.

Al entrar en una calle oyó una voz de niño que cantaba. Algún grumetillo que iba hacia su barca. *El Retor* le distinguió en la obscuridad pasando por la acera de enfrente cargado con dos remos y un

lío de redes. Aquel encuentro le transtornó rápidamente.

Dentro de él existían dos seres; ahora lo comprendía. El uno era el de siempre, el bondadoso y cachazudo, penetrado de afecto á todos los suyos; el otro, aquella bestia que él presentía cuando pensaba en la posibilidad de ser engañado y que ante la traición estremecíase con el delirio de la sangre.

En la obscuridad sonó una risotada fosca y estridente del *Retor*. ¿Quién hablaba de perdonar? ¡Valiente paparrucha! Reíase él del imbécil que momentos antes se enternecía como un niño ante la barcaza de la *siñá* Tona. ¡*Lanudo*!... ¡cobarde! Todos aquellos lloriqueos eran excusas de poltrón, pretextos de un hombre sin agallas para vengarse. Que perdonase don Santiago y todos los que sabían decir cosas tan bonitas... El era un marinero, un hombre con más colgantes que el toro pardo, y el que se la hacía, ¡*redéu*!, se la pagaba, así se metiera en el vientre de un tiburón. ¡*Lanudo*!... ¡Cobarde!

Y el patrón, ofendido por el recuerdo de la pasada debilidad, se insultaba, dábase furiosos puñetazos en el pecho, como si quisiera castigar la bondad de su carácter.

¡Perdonar!... Aún podría hacerse vi-

viendo en un desierto; pero él estaba en un pueblo donde todos se conocían; dentro de pocas horas, así como pasaba aquel chicuelo, irían por aquellas calles centenares de personas que al verle se tocarían con el codo, diciendo entre risas: *Ahi va Pascualo el llanut*; y eso no, ¡Cristo!; antes la muerte: no le había echado su madre al mundo para hacer reir á todo el Cabañal como si fuese un mico. Mataría á Tonet, á Dolores, á medio pueblo si se le ponía delante, y después venga lo que Dios quiera; el presidio se ha hecho para los hombres que tienen agallas; y si le tocaba lo otro, lo peor, también lo aceptaba; si había de morir sobre la cubierta de su barca, lo mismo le daba que le apretasen el cuello en alto: todo era caer sobre tablas... ¡Recristo! ahora verían quién era él.

Y echó á correr con los brazos encogidos, la cabeza baja, rugiendo como si fuese á acometer, dando furiosos encontronazos en las esquinas y guiado por el instinto, por el ansia de destrucción que le llevaba rectamente hacia su casa.

Agarró la aldaba, y aquello fué un repiqueteo feroz é incesante que conmovió la puerta, haciendo crujir las grietas de la madera. Quiso gritar, insultar á los infames para que saliesen; escupirles las tremendas amenazas que le bullían den-

tro del cráneo, pero no pudo; sentía una parálisis en la cabeza, como si toda su vida se hubiese concentrado en aquellas manazas que iban á arrrancar el aldabón, y en los pies, que golpeaban la puerta, incrustando en las maderas los clavos de sus gruesos zapatos.

Aquello era poco: más aún; para que rabiasen aquel par de canallas. Y agachándose, agarró de en medio de la calle un enorme pedrusco y lo arrojó como catapulta contra la puerta, que crujió dolorosamente, conmoviendo toda la casa.

En el silencio que se hizo después de aquel estrépito, *el Retor* oyó el ruido de algunas ventanas que se abrían cautelosamente. El quería venganza, pero no que se rieran los vecinos.

Adivinó lo ridículo de la situación si le sorprendían golpeando la puerta de su casa mientras los otros estaban dentro, y aterrado por las nuevas burlas que caerían sobre él, huyó y fué á refugiarse en la esquina inmediata, donde quedó agazapado.

Oyéronse cuchicheos y risas por un rato, pero después se cerraron las ventanas y la calle quedó otra vez en silencio.

El Retor, con sus ojos de buen marinero, acostumbrado á las noches lóbre-

gas, veía desde aquella esquina la puerta de su casa. Allí permanecería si era preciso hasta que saliera el sol.

Esperaba á su hermano... ¡á su hermano, no!; á aquel canalla de Tonet; y cuando saliera... Era lástima el no tener la faca á mano; pero le mataría de cualquier modo; le apretaría el gaznate ó le machacaría el cráneo con cualquier pedrusco de la calle. En cuanto á ella, entraría después en su casa, la abriría el vientre con el cuchillo de la cocina ó haría otra cosa semejante. ¡Ya veríamos! Puede que al pasar el tiempo se le ocurriera otra barbaridad más chistosa.

Y *el Retor*, agazapado en la esquina, entreteníase en discurrir tormentos; gozaba recordando cuántas clases de muerte había oído relatar; las aplicaba todas á la infame pareja, y hasta regodeábase mentalmente con la esperanza de encender en la playa una pira de barcos viejos, tostándolos á los dos á fuego lento.

¡Qué frío hacía!... ¡Y qué mal iba sintiéndose el pobre *Retor*! Pasada aquella locura furiosa que le acometió al encontrarse con el grumete, sentía ahora una laxitud general, una debilidad que iba paralizándole. La humedad de la noche parecía penetrar hasta sus huesos, y el estómago le atormentaba con dolorosos estremecinientos. ¡Ay Dios! No en bal-

de se sufren los pesares. ¡Qué enfermo se sentía!... Por esto había que matar á aquellos infames, ó de lo contrario acabarían con él á fuerza de disgustos.

Aquella misma noche había conocido la verdad, y ya se sentía envejecido, con el robusto corpachón dominado por extraña debilidad.

¡Las tres! Con qué lentitud pasaba el tiempo. Y seguía allí, inmóvil, sintiendo que la parálisis de sus miembros se apoderaba también de su pensamiento.

Ya no imaginaba terribles castigos; no pensaba nada, y más de una vez se preguntó qué hacía allí.

Toda su voluntad estaba concentrada en los ojos, que no se apartaban ni un solo instante de la cerrada puerta.

Hacía ya mucho rato que habían sonado las tres y media, cuando *el Retor* creyó percibir un ligero chirrido y que se abría el postigo de su casa.

Un bulto se despegó de la obscura puerta, y por unos instantes estuvo inmóvil, como si mirase á ambos lados de la calle temiendo ser espiado.

Volvió á percibirse el chirrido, el choque de las maderas cerrándose, al mismo tiempo que *el Retor*, entumecido por la humedad, se incorporaba trabajosamente.

Por fin, le llegaba su hora buena. Y

corrió hacia aquel bulto, pero éste tenía unas piernas envidiables, y al ver venir un hombre dió un salto prodigioso y emprendió carrera. Los vecinos madrugadores oían desde la cama aquella persecución ruidosa, aquel galope poderoso que hacía temblar las aceras de ladrillos.

Perseguíanse jadeantes é impetuosos en la obscuridad. *El Retor* guiábase por una mancha blanca, algo así como un hatillo que aquel hombre llevaba á la espalda, pero á pesar de sus esfuerzos adivinaba que perdería la pista, pues la distancia entre él y el perseguido aumentaba rápidamente. Sus piernas de marinero eran para sostenerse erguido en la borrasca, no para correr; entorpecíale el entumecimiento de la humedad, y además, bien conocía que tenía que habérselas con su hermano, famoso desde pequeño por su agilidad y ligereza.

En una encrucijada le perdió de vista, como si se hubiera disuelto en la sombra. Huroneó por las calles inmediatas buscando al perseguido, sin encontrar el menor rastro. ¡Buenas piernas tenía el ladrón!

Abríanse algunas puertas dando paso á los madrugadores que tenían que hacer en la playa, y *el Retor* huyó, dominado por el terror que le inspiraba la presencia de extraños.

Nada le quedaba ya que hacer. Había perdido hasta la esperanza de vengarse. Y se encaminó á la playa, temblando de frío, sin voluntad, sin fuerzas para pensar, resignado con su suerte.

Comenzaba el movimiento en torno de las barcas. Sobre la obscura arena brillaban como luciérnagas los rojos farolillos de la marinería que acababa de despertar.

El Retor vió luz en la taberna de su madre. Roseta había levantado aquella hoja de madera que se cerraba sobre el mostrador, y estaba tras éste arrebujada en su mantón, soñolienta, con la aureola de rubios y encrespados cabellos escapándose por bajo del pañuelo de seda y la naricilla roja por el frío del amanecer.

Esperaba los primeros parroquianos y tenía sobre el mostrador, pronta á servir, los vasitos y la botella de aguardiente. La madre dormía aún en su camarote.

Cuando Pascual se dió cuenta de lo que hacía, ya estaba plantado ante el mostrador... ¡Una copa!

Roseta, en vez de servirle, le miraba fijamente con sus ojos claros y sin expresión, que parecían registrarle hasta el alma. *El Retor* temblaba... ¡Ah! aquella chiquilla... ¡qué lista era! Todo lo adivi-

naba, y por esto el patrón, para salir del paso, apeló á la brutalidad.

¡*Recordóns*! ¿No había oído? Quería una copa. Y no era pretexto; la necesitaba para echar lejos de sí aquel frío mortal que le congelaba las entrañas. El, siempre tan sobrio, quería beber, emborracharse, anegar en aguardiente aquel entorpecimiento de idiota que le dominaba.

Bebió... ¡otra! ¡y otra después!; y mientras tragaba el aguardiente de un sorbo, su hermana no dejaba de servirle, siempre con la mirada fija en él, como si leyese en su rostro todo lo ocurrido.

Qué bien se encontraba Pascual. ¡Oh! aquello reanimaba. Parecíale que la fría atmósfera del amanecer se iba caldeando; sentía un tibio cosquilleo bajo la piel y casi se reía de aquella veloz persecución por las calles que tanto le había fatigado.

Experimentaba la necesidad de ser bueno, de querer á todo el mundo, comenzando por aquella chica, por su hermana, que seguía mirándole con atención. Sí; lo proclamaba él muy alto. Roseta era la honra de la familia; todos los demás unos cochinos, y él el primero. ¡Ah Roseta! ¡Qué talento tenía! ¡Qué *finura*! Sabía decir las cosas con *diplomacia*; bien se acordaba él de lo del ca-

mino del Grao; no era como otras locas que daban disgustos de muerte y ponían á un hombre á dos dedos de la perdición. Y además, ¡qué talento! Ella estaba en lo cierto. Los hombres eran todos unos pillos ó unos imbéciles: que pensase así por muchos años. Más valía aborrecer á los hombres que no fingirles cariño como otras, para después engañarlos y perderlos. ¡Ay Roseta! ¡hija mía! ¡Cuánto valía aquella chica!

Y *el Retor*, enardeciéndose por momentos, braceaba y gritaba, oyéndosele desde alguna distancia.

Sonó un roce fuerte dentro del camarote de Tona, y á través de la gruesa cortina salió su ruda voz con inflexión cariñosa.

—*¿Eres tú, Pascualo?*

Sí, él era, madre; iba á la barca á ver lo que se hacía. Que no se levantase aún, pues el tiempo era malo.

Comenzaba á amanecer. En el horizonte, sobre la obscura faja del mar, marcábase otra de luz lívida y débil. El cielo estaba encapotado, y en la playa una densa bruma borraba el contorno de los objetos, que se marcaban apenas como ligeras manchas.

El Retor pidió otra copa: la última; y antes de alejarse pasó su callosa mano por las frescas mejillas de Roseta.

¡Adiós! Ya lo sabía; ella era la única mujer buena de todo el Cabañal. Debía creerle á él, que era su hermano. Que no se casase nunca.

Cuando llegó cerca de la *Flor de Mayo* silbando con indiferencia, cualquiera le hubiera creído alegre, á no ser por el extraño brillo de sus ojos amarillentos, que parecían salirse de aquel rostro rubicundo por el alcohol.

Sobre la cubierta de la barca, erguido con petulancia, como si quisiera enterar á todo el mundo de que estaba allí, mostrábase Tonet. A sus pies veíase el blanco hatillo, el mismo que saltaba sobre su espalda al correr por las calles del Cabañal.

—¡*Bon día, Pascualo*!—gritó al ver á su hermano, como si tuviera prisa por hablarle y desvanecer las temerosas sospechas que sentía.

¡Ah ladrón!... ¡Y qué desvergonzado era!

Pero antes de que pudiera contestarle, cuando comenzaba á sentirse invadido por la misma fiebre de ferocidad de horas antes, vióse rodeado por algunos compañeros.

Los patrones de las barcas celebraban consejo y se agrupaban para deliberar, sin quitar la vista del horizonte.

El tiempo poníase amenazador y re-

sultaba temerario el salir. Era lástima, porque el pescado estaba tan abundante, que podía cogerse con las manos; pero la piel de un hombre vale más que el negocio.

Todos eran de la misma opinión. El tiempo se *ensuciaba*; había que quedarse.

¿Quedarse? Eso que lo hiciera quien quisiera. El á la mar iba. Aún no se habían conocido temporales bastante fuertes para darle miedo.

El Retor decía esto con resolución, como si le ofendieran aquellos propósitos de quedarse. El que no tuviera... *agallas* que no saliera. Allí quería él ver los hombres.

Y volvió la espalda, sin atender razones. Quería huir de tierra, alejarse de allí donde le conocían y sabiendo su desgracia podían burlarse. ¡A la mar!... Ya llegaban los bueyes del arrastre. A ver: ¡los de la *Flor de Mayo*! ¡Todo el mundo á tierra! A poner las viguetas para echar la barca al agua.

Y la gente de á bordo, influída por la costumbre, obedeció al patrón. El *tío Batiste* fué el único en protestar con toda su autoridad de lobo marino.

¡Rediel! Aquello era una barbaridad. ¿Dónde tenía los ojos *el Retor*? ¿No veía acercarse el temporal?

Mutis, agüelo. Aquello, cuando más, reventaría en agua; y al que está acostumbrado al mar, le importa poco un chubasco más ó menos.

Pero el viejo seguía protestando. Reventaría en agua ó en viento, y si ocurría esto último ya podían rezar el último Padrenuestro los pescadores á quienes pillase.

El patrón protestó con una rudeza desconocida en él, que siempre trataba con respeto al viejo... *¡Tío Batiste,* á casa! Ya sólo servía para sacristán del Cabañal. El no quería carroñas ni cobardes en su barca.

¡Recontracordóns!... ¡Cobarde él! ¡Un hombre que habia ido en falucho á la Habana y naufragado dos veces! ¡*Redéu!* (y que le perdonase el pecado el Santo Cristo del Grao). Si tuviera veinte años menos, por aquella palabra ya hubiera sacado la faca, tirándole la *tanda* por el suelo. ¡A la mar! ¡Que todo se lo llevase el demonio! Bien lo decía el refrán: *donde hay patrón no manda marinero.*

Y mascullando su indignación, ayudó á colocar las últimas viguetas, cuando la proa de *Flor de Mayo* tocaba ya el agua.

Otra pareja de bueyes arrastraba al mismo tiempo la barca vieja que *el Retor* tenía alquilada para formar pareja con la suya.

Al poco rato ambas embarcaciones balanceábanse sobre las rompientes de la playa é izaban su inmensa vela latina, tomando viento con rapidez.

Los patrones agrupábanse en la playa perplejos y agitados, mirando con codicia las dos barcas que se alejaban y haciendo indignados comentarios.

Aquel *lanudo* habíase vuelto loco. El muy ladrón iba á hacer su negocio, y ellos, por cobardes, se quedarían con las manos en los bolsillos.

Esta suposición les irritaba, como si *el Retor* fuese á apoderarse de toda la pesca que había en el mar.

Los más codiciosos ó audaces se decidieron. ¡Ea! Ellos eran tan hombres como el que más y podían ir á donde fuese otro. ¡Barcas al agua!

La resolución fué contagiosa, y los boyeros no sabían á dónde acudir, pues todos querían ser los primeros, como si se hubiera generalizado la locura del *Retor*. Parecía que temiesen todos fuera á acabarse la pesca de un momento á otro.

Las mujeres que estaban en la playa gritaban de terror al ver á sus hombres lanzarse en tal aventura y proferían maldiciones contra *el Retor*, aquel *lanudo* que quería perder á toda la gente honrada del Cabañal.

La *siñá* Tona, en ropas menores, con la escasa y gris cabellera flotando sobre el cráneo casi pelado, acababa de llegar á la orilla. Estando en la cama le habían dicho la locura de su hijo y corría á evitarla. Pero las dos barcas ya estaban muy lejos.

—¡*Pascualet*!—gritaba la pobre mujer formando bocina con sus manos.—¡*Fill meu*!... *Torna*... *torna*.

Y al conocer que no podían oirla, tirábase de los escasos pelos y prorrumpía en gemidos y aclamaciones.

María Santísima: su hijo iba á morir. Se lo decía el corazón. ¡Ay reina y soberana! Todos morirían; sus dos hijos, su nieto: parecía que una maldición pesase sobre la familia. Aquella mar cochina se los tragaría á todos, como ya había devorado á su pobre Pascual.

Y mientras que la pobre mujer gritaba como una loca y las demás le hacían coro, los marineros, ceñudos y sombríos, empujados por el egoísmo de la existencia, por la conquista del pan, que hace afrontar los mayores peligros, entraban en el agua hasta la cintura y montaban en sus barcas, tendiendo las gigantescas velas.

Y poco después, un enjambre de manchas blancas marcábase en la bruma de aquel amanecer tempestuoso,

corriendo desbocadas mar adentro, como si las atrajera el imán de la fatalidad.

X

A las nueve navegaba la *Flor de Mayo* á la vista de Sagunto, en el espacio libre que el *tío Batiste*, con su afición á guiarse más por el fondo del mar que por los accidentes de la costa, marcaba entre la *Roca del Puig* y el *Algar de Murviedro*.

Ninguna *pareja* se había atrevido á ir tan lejos.

Por la parte de Valencia y prolongándose hacia Cullera, marcábanse como puntos blancos las otras barcas emparejadas.

El cielo estaba gris; la mar era de un morado tan intenso, que en la lustrosa curva que se formaba entre dos olas, tomaba el color del ébano. Ráfagas largas y frías agitaban las velas, causando ruidosos estremecimientos.

La *Flor de Mayo* y la otra barca de la pareja avanzaban con las velas desplegadas, arrastrando la red del *bou*, que

cada vez se hacía más pesada y tirante.

El Retor iba en su sitio de popa, empuñando la caña del timón.

Apenas si miraba el mar: el instinto era quien movía su mano para enderezar la marcha de la barca.

Sus ojos estaban fijos en Tonet, que desde que salieron parecía huir de él. Cuando no miraba á su hermano, contemplaba á Pascualet, erguido al pie del mástil, como si con su desmedrada figurilla quisiera desafiar á aquel mar que en su segundo viaje comenzaba á mostrarse alborotado.

La barca daba algunos tumbos al saltar las olas, cada vez más violentas, pero los tripulantes eran gente avezada al mar y andaban sobre la movediza cubierta con gran seguridad, expuestos á cada paso á caer al agua.

El Retor no apartaba la vista de su hermano y su hijo, y sus ojos iban con expresión interrogante de uno á otro, como si mentalmente hiciese una minuciosa comparación.

La calma de aquel hombre era de las que inspiran pavor. Estaba pálido, á pesar de lo bronceado de su tez; sus ojos tenían el enrojecimiento de la vigilia, y apretaba los labios, como si temiera que se escapasen aquellas palabrotas de

ira que afluían á su lengua y mascullaba sordamente.

No le había engañado Rosario. ¿Dónde tenía antes los ojos, que no había visto aquella asombrosa semejanza? ¡Cómo se habría reído de él la gente! Su deshonra estaba visible: era la misma cara, el mismo gesto. Pascualet le recordaba aquel otro chicuelo delgado y nervioso, al que él sirvió de niñera en la playa. Era el hijo de Tonet; no podía negarlo.

Y el patrón, conforme se convencía de su deshonra, arañábase el pecho y lanzaba miradas de odio al mar, á su barca y á los marineros, que á hurtadillas le examinaban con inquietud, creyendo que aquella ira se la causaba el mal tiempo.

¿Para qué quería él trabajar? No mantendría más á aquella perra que por tanto tiempo le había puesto en ridículo: ¡adiós ilusiones de crear un porvenir á Pascualet, de hacerle el pescador más rico del Cabañal! ¿Era acaso suyo para interesarse tanto por su suerte? Nada deseaba ya en el mundo; morir y que pereciera con él toda su obra.

Odiaba ahora á su *Flor de Mayo*, aquella hija de madera á la que hablaba como si fuese un ser animado: deseaba su extinción, su inmediata pérdida, como si le avergonzase el recuerdo de las dul-

ces ilusiones que acariciaba cuando estaba ocupado en su construcción.

Si el mar hubiera obedecido á sus deseos, cualquiera de aquellas olas, en vez de levantar á la barca rudamente sobre su espumeante cima, se hubiera abierto para tragarla.

La red era cada vez más pesada; y las barcas, arrastrando aquella enorme pesca, cabeceaban sobre las olas con dificultad.

De la barca vieja que formaba pareja con *Flor de Mayo*, preguntaban si era llegado el momento de *chorrar*.

El Retor sonrió con amargura. Bueno, que *chorrasen*; lo mismo le importaba ahora que después.

La tripulación de *Flor de Mayo* agarró el cabo de la red que arrastraba la *pareja* y comenzó á tirar con gran esfuerzo.

Tonet y los marineros, á pesar de lo ruda que era la faena y del mal tiempo, mostrábanse alegres. ¡Vaya una pesca! A quintales iba á salir el pescado.

El *tío Batiste*, tendido en la proa, mojado por los espumarajos de las olas, miraba al horizonte por la parte de Levante, donde el celaje plomizo parecía condensarse formando una masa de negruzco vapor.

Llamaba á Pascual para que prestase

atención; pero *el Retor* tenía fijos sus ojos en el grupo de tripulantes que tiraban de la red. Por una casualidad Tonet y su sobrino estaban juntos, y la semejanza de sus rostros resaltaba aún más ante la mirada del patrón.

—*Pascualo... Pascualo*—gritó el viejo pescador con voz algo temblorosa.—*Ya está ahí.*

¿Quién?... ¡Quién había de ser! La tempestad, la terrible tormenta que desde el amanecer estaba esperando el *tío Batiste.*

Aquella masa de sombras que se aproximaba agrandándose, se abrió con la luz cárdena de un relámpago, y después sonó el trueno, como si todo el cielo fuese una inmensa pieza de tela que se rasgaba con silbante estrépito.

Sólo faltaba lo otro, el terrible Levante, que barre impetuosamente con hálito de muerte todo el golfo de Valencia; y el Levante llegó.

La *Flor de Mayo* tendióse de costado sobre el agua, como si una mano poderosa, agarrando su quilla, pugnase por voltearla. El agua invadió la cubierta, y la gigantesca vela se extendió como una sábana sobre las olas, aleteando y volviendo á caer como un pájaro moribundo.

Aquella caída de lado, que iba á ha-

cerles zozobrar, fué obra de un instante: el primer impulso del vendaval que, pillando de lleno la tendida vela, la aplastó sobre el agua, tumbando á la barca.

El *tío Batiste* y *el Retor*, arrastrándose por la cubierta, llegaron hasta el mástil, y deshaciendo el nudo de las jarcias, arriaron la vela.

Aquella maniobra audaz salvó á la barca que, libre de la presión de la vela, se enderezó con un golpe de mar.

La *F.or de Mayo*, con el timón abandonado, giraba como una peonza en aquellas aguas bullentes que se hinchaban con lívidas y arrolladoras tumefacciones.

El Retor corrió á popa á agarrar la caña. La barca se movía con dificultad. Arrastraba aquella pesadísima red que momentos antes había contribuído á su salvación, sirviendo de contrapeso á la vela combatida por el huracán.

El patrón vió á la otra barca de la *pareja* sin aparejo, con el mástil roto, alejarse, presentando la popa.

Los tripulantes habían cortado la red para no zozobrar con su peso y huían hacia Valencia, perseguidos p)r aquel furioso Levante que levantaba enormes olas, rectas como muros, arrolladoras y voraces y que de pronto se combaban y caían con ensordecedor es-

trépito, sólo comparable al de aquellos truenos que rasgaban continuamente el espacio.

Era preciso imitar el ejemplo, librarse de aquel peso que entorpecía la maniobra y poner la proa hacia Valencia.

La cuerda de la red fué cortada, desapareció arrastrado por las olas aquel peso que parecía apresar á la barca y la *Flor de Mayo* obedeció con más facilidad al timón.

El Retor ostentaba aquella serenidad sublime de las grandes ocasiones. ¡Oído todo el mundo! Atención á lo que él mandase y á obedecer con prontitud.

La vela estaba caida sobre cubierta; la verga podía tocarse con las manos, y á pesar de la poca lona puesta al viento, la barca corría con vertiginosa rapidez, pasando el agua sobre la cubierta, y el mástil crujía lastimeramente.

Era llegado el momento de virar; el instante supremo: si les cogía de lado uno de aquellos *colls* de mar rectos, que se desplomaban como murallas viejas, podían dar el adiós á la vida.

El patrón, puesto de pie valientemente, sin soltar el timón, examinaba todas aquellas tumefacciones gigantescas que avanzaban veloces. Buscaba en toda aquella cordillera movible un espacio llano, un momento de calma que le permi-

tiera virar sin riesgo de que la barca fuese pillada de costado.

¡Ahora! Y la *Flor de Mayo* giró rápidamente, cambió el rumbo entre dos montañas de agua, pero tan oportunamente que, apenas terminada la maniobra, un golpe de mar casi recto la entró por la popa, la puso vertical, con la proa hundida en la espuma hirviente, la elevó hasta su cima y la arrojó por la espalda, dejándola balanceante y trémula en un espacio relativamente tranquilo.

Los tripulantes, conmovidos aún por aquel zarandeo colosal, seguían absortos la marcha veloz y arrolladora de aquella muralla verdosa.

Viéronla inclinarse, formando como una bóveda de sombría esmeralda sobre la otra barca que huía desmantelada; se desplomó, estallando como una mina, con hervor de espumas y nubes de agua que subían en columna.

Cuando la ola deshecha y anonadada desapareció para dejar espacio libre á otras tan arrolladoras y ruidosas, los de la *Flor de Mayo* sólo vieron en los bullentes estremecimientos asomar un pedazo de palo y el lomo cóncavo de un tonel.

—*Requiescat in pace*— murmuró el *tío Batiste* santiguándose y hundiendo su barba en el pecho.

Tonet y los otros dos mocetones que se burlaban del viejo estaban pálidos, sombríos, é instintivamente contestaron *amén.*

—¡*Pare*!... ¡*pare*!—gritaba con terror Pascualet, mirando al patrón y señalando la proa de la barca.

Momentos antes de virar estaba allí el compañero de Pascualet, el otro *gato* de la barca. Aquella ola monstruosa se lo había llevado sin que lo notaran los tripulantes.

En la *Flor de Mayo* dominaba el terror y el asombro propios de los primeros momentos de peligro.

El trance era supremo. Los truenos se sucedían sin interrupción; rasgábase el plomizo horizonte por todas partes con el *zig-zag* de los rayos: culebras de fuego que se sumían en las aguas para apagar sus entrañas incandescentes; sobre el estrépito de las olas retumbaban los truenos; unos, secos, espeluznantes, como descargas de artillería, que el eco repetía hasta lo infinito; otros prolongados, silbantes, como una rasgadura interminable; y cruzaba el espacio un furioso aguacero, como si quisiera desbordar aquel mar furioso, dándole nueva fuerza.

El Retor se sobrepuso pronto al terror de los suyos.

¿Qué era aquello, *recordóns*? ¿Pescadores del Cabañal y temblaban? Parecía que hubieran embarcado por primera vez. ¿Acaso no conocían las bromas del Levante? Aquello pasaría: y si no pasaba, ¿qué remediaban con el miedo? Los valientes deben morir en el mar. Ya sabían el dicho: más valía ser comida de *carranchs* que no que les cantasen *els capelláns*. Animo, *recristo*. A atarse todo el mundo, que por entonces nada necesitaba la barca, y lo importante era librarse de los golpes de mar.

El *tío Batiste* y los dos marineros se amarraron al mástil por la cintura; Tonet ató sólidamente á su sobrino á una argolla de popa, y él, viendo que su hermano por un alarde de serenidad seguía sentado junto al timón con el cuerpo libre, le imitó, agazapándose tras la borda, agarrando con sus manos crispadas los salientes de la barca.

Reinaba un silencio fúnebre á bordo de *Flor de Mayo*. La furiosa marejada agitaba los algares del fondo; la espuma era amarillenta, sucia, biliosa, y los pobres marineros, calados por la lluvia y por las olas, sufrían los latigazos del mar, aquellos golpes de agua y algas que les cortaban cruelmente la dura epidermis.

Cuando algún *coll* los elevaba á pro-

digiosa altura y la barca quedaba con la quilla al aire como si fuese á emprender prodigioso vuelo, veía *el Retor* á lo lejos, perdidas en la bruma del horizonte, las otras barcas del Cabañal navegando casi á palo seco, empujadas por el temporal hacia el puerto, cuya entrada era un peligro mayor que permanecer en el mar corriendo la borrasca.

El marido de Dolores sentía hondo remordimiento. Parecíale que despertaba después de penoso sueño, y la noche pasada en las calles del Cabañal, la borrachera de la playa, el imprudente embarque, recordábalos ahora como vagas pesadillas.

¡Loco! ¡miserable! Se avergonzaba de sí mismo. Era más criminal que los que le habían hecho traición. Si estaba cansado de la vida, podía haberse atado una piedra al cuello y arrojarse de cabeza al mar en la escollera de Levante; ¿pero con qué derecho su locura había llevado á la muerte á tanto padre honrado? ¿Qué dirían de él en el Cabañal, viendo que por su culpa medio pueblo se había arrojado en medio de la tempestad?

Recordaba á los tripulantes de su vieja barca de la pareja que habían sido tragados por el mar casi á su vista; pensaba en las muchas embarcaciones que seguramente habrían perecido ya á aque-

llas horas y miraba avergonzado á sus compañeros de tripulación, amarrados, azotados por las olas y que se habían lanzado en el peligro por obedecerle.

A su hermano y su hijo no quería mirarles: nada se perdía con que pereciesen; aún renacía en él la ferocidad de la venganza; pero, ¿y los otros? ¿y aquellos dos marineros que tenían madres, viejas pescaderas á las que mantenían? ¿y aquel *tío Batiste*, el amigo de su padre, salvado milagrosamente de tantos peligros?

No; él no tenía ningún derecho para arrastrarles á la muerte: era un criminal.

Y al ver al viejo marino y á sus dos jóvenes compañeros casi tendidos sobre la chorreante cubierta, amarrados con tanta fuerza que las ligaduras les penetraban en las carnes y aturdidos por los golpes de mar que caían sobre ellos como triturante martillo, se olvidaba de que él también estaba en peligro; apenas si se fijaba en las olas que le envolvían sin hacer vacilar su corpachón, que parecía incrustado en la popa, y sentía dentro del pecho una pena semejante á la de la noche anterior.

Era preciso vivir, salvarse. Cuando estuviera en tierra ya arreglaría sus asuntos de familia ó se mataría; ahora lo interesante era llegar al puerto con toda

su tripulación. Ya le pesaban bastante sobre la conciencia aquel pobre grumetillo que desapareció al virar y los que iban en la otra barca de la pareja.

Y *el Retor* ponía toda su atención en el gobierno de la *Flor de Mayo*. El presente no le inquietaba. La barca era fuerte y el temporal se presentaba por la popa: pero pensaba con terror en la entrada del puerto, aquella lucha suprema donde tantos perecían.

A lo lejos, esfumada en aquel ambiente denso por la lluvia y las nubes que levantaba el oleaje, marcábase la escollera como el lomo de una ballena encallada por el temporal. ¡Ah! Si él consiguiera doblarla...

Y cuando la barca, después de quedar hundida en el agua surgía remontándose á la cumbre de una ola, el patrón miraba ansiosamente aquella aglomeración de rocas que asaltaba el mar y en cuya cima bullían innumerables puntos negros, gente sin duda que presenciaba con angustia el terrible combate de la tempestad con los hombres.

El Retor temblaba al pensar en la próxima lucha. No se veía ninguna barca. Algunas estarían ya en el puerto: las demás se habrían perdido.

En su inquietud, sentía la necesidad de fortalecerse y habló al *tío Batiste*.

El que tan bien conocía el golfo ¿qué opinaba de aquello?

El viejo, como si despertase, movía tristemente la cabeza, y en su cara de chivo viejo marcábase un gesto de valiente resignación que le embellecía.

Todo tendría fin dentro de una hora; hombres y barca. La entrada en el puerto era imposible. Lo aseguraba él, que en toda su larga vida no había visto otro Levante como aquel.

Pero *el Retor* se sentía con ánimos para todo. Si no podía entrarse en el puerto seguirían á lo largo corriendo el temporal.

El *tío Batiste* movía su cabeza con la misma expresión triste. Tampoco podía ser. Aquel temporal duraría dos días por lo menos; y si la barca resistía el mar, no por esto iba á librarse de encallar en Cullera ó de ir, cuando más, á hacerse trizas en el cabo de San Antonio. Más valía intentar la entrada en el puerto. Para morir de todos modos, era mejor allí, á la vista de sus casas, en el mismo lugar donde habían perecido muchos de sus antecesores, cerca del milagroso Cristo del Grao.

Y el *tío Batiste*, revolviéndose en sus ligaduras, burgábase el pecho para sacar por entre la camisa un crucifijo de bron-

ce oxidado por el sudor y que besaba con devoción.

Aquello reanimaba á los demás. ¡*Recontracordóns*! Bueno estaba el tiempo para beaterías. Tonet se burlaba con risa fúnebre, y los otros dos marineros increpaban al viejo con las más terribles maldiciones, como si el peligro en vez de aterrarles aumentara su desesperación, que se traducía en impiedades.

El Retor levantaba los hombros con indiferencia. El era buen creyente; el cura del Cabañal podía atestiguarlo, pero estaba seguro de que allí no había más Cristo milagroso que él si la barca le obedecía y á la entrada del puerto daba con oportunidad un golpe de timón.

Bien se adivinaba en la *Flor de Mayo* la proximidad de la escollera. El mar presentábase cada vez más agitado, los *colls* más rectos é inabordables, y ya no eran las olas únicamente de popa, sino que, retrocediendo el mar, al encontrarse con aquel obstáculo de piedra, acometía á la barca por la proa, formando las aguas espantosos remolinos.

Eran dos mareas las que había que sufrir; la del temporal y la del gigantesco escollo formado por los hombres.

Flor de Mayo, crujiendo dolorosamente á pesar de su sólida construcción, apenas si obedecía al timonel é iba como

una pelota lanzada de ola en ola, tan pronto impulsada hacia adelante por el vendaval, como retrocediendo casi sumergida por un golpe de mar.

Las escotillas estaban bien cerradas, y por esto la barca, después que pasaban sobre ella las montañas de agua, volvía á reaparecer chorreante, flotando valientemente.

El patrón se convencía de lo desesperado de la situación. Estaban cogidos por aquella horrible marejada de la escollera; seguir adelante corriendo el temporal era ya imposible; había que meterse en el puerto ó perecer en la entrada.

Distinguía ahora claramente la muchedumbre que pululaba sobre la escollera, alcanzada muchas veces por el oleaje; oía su griterío de terror.

¡Recristo! Era muy triste aquello de morir á la vista de los amigos, oyendo casi sus voces y sin poder recibir auxilio. ¡Perra mar!... ¡Cochino Levante! Y *el Retor*, enfurecido, insultaba á las olas, y en su desesperación las escupía, mientras la barca tan pronto se encabritaba hasta ponerse derecha, como se arrojaba proa abajo en los bullentes remolinos. Causaba vértigos aquel zarandeo interminable, y el mástil lo mismo se inclinaba á babor metiendo la verga en el agua, como caía sobre el costado opues-

to, desapareciendo en las olas la mitad de la cubierta.

¡Allá va!: ya empezaban los *colls* de muerte. Y una ola lívida, traidora, sin espuma y sin ruido cayó sobre la popa, cubriendo toda la barca, barriéndola con una manotada feroz.

El patrón recibió el golpe en la espalda y se dobló hasta juntar cabeza con pies, pero sin soltar el timón ni moverse de aquellas tablas en que parecía incrustado. Sintióse sumergido por algunos instantes, oyó un chasquido enorme, como si la barca se despedazase, y al surgir del agua sintió el roce de un objeto que, empujado por las olas, iba de una parte á otra como un proyectil.

Era la pipa del agua. El furioso golpe de mar había roto sus amarras y rodaba sobre la cubierta con velocidad arrolladora, aplastándolo todo á su paso.

Dió un golpe á Pascualet en el rostro, ensangrentándolo, y después, como un enorme martillo, cayó sobre la base del mástil, donde estaban amarrados el *tio Batiste* y los dos marineros.

Aquello fué tan rápido como espantoso. Sonó un grito horrible. *El Retor*, á pesar de su ánimo, se cubrió los ojos con una de sus manazas.

El barril, como poderosa catapulta, había caído de lleno sobre uno de los

marineros, el más jóven, aplastándole la cabeza. Después de su crimen, la barrica, manchada de sangre, saltó fuera de la barca como criminal que huye, hundiéndose en la espuma.

La cabeza aplastada era una repugnante masa sanguinolenta, de la cual arrancaba el oleaje nuevas piltrafas. El viejo pescador y el otro marinero tenían que permanecer amarrados en contacto con el mutilado cadáver, sintiendo en sus rostros con los rudos vaivenes de la barca, las rozaduras de aquel muñón espantoso que les rociaba de sangre.

El *tío Batiste* clamaba con desesperación. ¡Señor! Que acabase pronto aquel tormento nunca visto. ¿Cuándo se había hecho sufrir á hombres honrados una prueba semejante?

Su voz débil y cascada sonaba con esfuerzos de desesperación sobre el pavoroso mugido del viento y la tempestad. Llamaba al *Retor* rogándole que abandonase el timón y no se esforzara en luchar contra lo imposible. Su última hora había llegado, y era preferible á prolongar tales angustias, dejar que la barca se fuera sobre las rocas, haciéndose en mil pedazos.

Pero *el Retor* no le escuchaba. Aquel chasquido que oyó á continuación del golpe de mar le preocupaba, y, adivinando el

peligro, no apartaba la vista del mástil, que á pesar de su robustez se cimbreaba de un modo alarmante.

En el tope agitábase el ramillete del bautizo, manojo de hierbajos y flores secas que el huracán iba arrebatando como señal de muerte.

Ni siquiera oía á Pascualet que, con el rostro desfigurado por una mascarilla de sangre y aterrado al presentir la catástrofe, gritaba con voz que parecía un balido:

—¡*Pare*!... ¡*pare*!

¡Ah!; su padre poco podía hacer. Evitar como podía los furiosos *colls*, meter la barca muchas veces entre dos olas y librarse siempre de que ésta fuese pillada de costado. Pero doblar la escollera, eso sí que resultaba imposible.

La quebrantada *Flor de Mayo* vióse de pronto como en el fondo de una sima, entre dos muros brillantes, pulidos, de sombría agua, que avanzaban en opuesta dirección é iban á chocar, pillando en medio la barca.

Esta vez hasta el patrón dió un grito de pavor. Fué instantáneo el choque. La barca vióse envuelta en un torbellino de agua, dió un crujido horrible, como uno de aquellos truenos secos que conmovían el espacio, y cuando al fin salió á flote pesadamente, su cubierta estaba

rasa como la de un pontón; el mástil se había roto á ras de las tablas, y palo y vela con los hombres amarrados, habían desaparecido.

El Retor aún creyó ver entre las espumas de una ola que se alejaba, el cadáver mutilado, y junto á él la cabeza del *tío Batiste*, mirando á lo alto con expresión de asombro.

Ahora sí que podían darse por perdidos.

La rotura del mástil la habían visto todos desde la escollera, y un grito de horror proferido por centenares de bocas sonó cuando *Flor de Mayo* reaparecía sobre las aguas desmantelada y á merced de las olas.

Todo el barrio de las Barracas estaba allí sobre el murallón de rojos pedruscos, con el pecho palpitante y la mirada ansiosa, tan atento á la lucha de los hombres con el mar, que apenas si se fijaba en el oleaje que escalaba el escollo, amenazando arrastrar consigo á la muchedumbre.

Al sonar los primeros truenos habían corrido todos cual rebaño asustado á la punta de la farola, como si su presencia pudiese ayudar á los parientes y amigos en la terrible lucha por doblar la escollera y entrar en el puerto.

Llegaron corriendo bajo aquel agua-

cero furioso, combatidos de frente por el vendaval, que arremolinaba las faldas, oprimía los vientres y zumbaba cruelmente en los oídos; las mujeres, con los brazos en alto, cubiertas de la lluvia por el ondeante mantón; los hombres con chubasqueros y botas altas; todos gritando de terror, saltando de pedrusco en pedrusco, deteniéndose muchas veces para dejar pasar alguna ola que, rebasando la escollera, caía en el antepuerto, y resbalando sobre el rodeno mojado de un rojo obscuro que parecía sudar la cólera de la tempestad.

En el sitio más avanzado, sobre las últimas rocas donde bullían los espumarajos y se rompían las olas hirviendo como si saliesen de un volcán, estaba Dolores, pálida, desmelenada, agarrándose á la *siñá* Tona, que parecía próxima á la locura.

Su chico, su Pascualet, estaba allá... y también los otros. Y se tiraban del pelo, lanzando los más atroces juramentos de la Pescadería, hasta que de pronto, deteniéndose y cruzando las manos sobre el pecho, hablaban con tono suplicante de pagar misas, de enormes cirios, dirigiéndose á la Virgen del Rosario ó al Santo Cristo del Grao, como si estuvieran allí junto á ellas.

La mujer de Tonet, agazapada tras

una piedra, arrebujándose en el mantón, miraba el mar con la inmovilidad de una esfinge, dejándose alcanzar por los espumarajos de las olas que la mojaban de pies á cabeza; y arriba, en lo más alto de la escollera, erguíase soberbia, con expresión amenazante, la enorme mole de la *tía Picores*. Temblaba de ira la arrugada boca, amenazaba á las olas con el puño cerrado, y á pesar de su grotesca figura, tenía cierta sublimidad, algo que recordaba los apóstrofes del trágico inglés.

—¡*Sorra!*—gritaba con su voz ronca, amenazando á la mar.—*¡Dona habíes de ser!*

Y la lluvia cayendo cada vez con más fuerza, el vendaval bamboleando como cañas á los que se separaban de los grupos, y las ropas, empapadas por el agua del mar y la del cielo, pegándose á las carnes, chorreando, haciendo toser á toda aquella gente, que se olvidaba de sí misma mirando el rebaño de barcas que se aproximaban en tropel.

¡Qué de maldiciones contra *el Retor*!

Aquel *lanudo* tenía la culpa de todo: él era quien había inducido á tanto hombre de bien á lanzarse en el peligro; ¡ojalá se lo tragase la mar!

Y las mujeres de la familia bajaban la cabeza, anonadadas por la indignación pública.

Las barcas, aunque con gran trabajo, doblaban la escollera é iban entrando en el puerto saludadas por los gritos de alegría de las familias de los tripulantes que corrían hacia el Grao para abrazar á los suyos.

Conforme entraban las embarcaciones de pesca, disminuía la muchedumbre en la punta de la farola.

La embocadura del puerto iba haciéndose por momentos más inabordable. Tres barcas quedaban á la vista, y éstas, durante una hora, tuvieron á toda la muchedumbre con el corazón en un puño, luchando con aquella marejada feroz que las empujaba sobre las piedras.

Entraron por fin: un suspiro de satisfacción dilató los pechos, y entonces fué cuando en el brumoso horizonte comenzó á marcarse una barca solitaria avanzando velozmente, á pesar de que iba á palo seco.

Los marineros, que estaban entre las rocas tendidos sobre el vientre para presentar menos blanco á las voraces olas, se miraron con un gesto de tristeza. Aquella pagaba el pato. Lo que es la rezagada no entraba; lo afirmaban como hombres expertos en tales luchas. Llegaba demasiado tarde.

Y su prodigiosa vista de hombres de mar reconoció al poco rato á aquella

barca, que tan pronto parecía volar como se sumergía por algunos minutos. Era la *Flor de Mayo*.

La madre y la mujer del *Retor* gritaban como locas. Querían arrojarse al mar, ó cuando menos, ir hasta los peñascos más avanzados, aquellos que, al llegar la ola, quedaban aislados por la hirviente agua ó se hundían en la espuma, volviendo á asomar como cabezas de gigantes submarinos.

La conmiseración popular, ese afecto que la desgracia despierta en las muchedumbres, rodeaba á las dos pobres mujeres.

Ya nadie maldecía al *Retor*: todos se olvidaban de su temeridad contagiosa y procuraban consolar á las dos mujeres con falsas esperanzas. Algunos marineros se colocaban entre ellas y el mar, evitando que presenciasen aquella fiera lucha, cuyo triste fin todos adivinaban.

La angustiosa situación duró una hora: lo bastante para encanecer.

Cuando la *Flor de Mayo*, luchando cerca de la escollera fué envuelta por las dos olas y reapareció sin mástil, con la cubierta rasa, un alarido de horror sonó en la muchedumbre. Estaban perdidos: ¡á morir!

La barca, apenas si obedecía al timón. El mar la hizo emprender una ca-

rrera loca hacia los peñascos, y lo único que conseguía el patrón á costa de muchos esfuerzos, era que no presentara sus costados al oleaje.

Por una casualidad no chocó contra las piedras. Un golpe de mar la elevó á tiempo y pasó como una flecha ante el extremo de la escollera, viendo Pascualo como aparición momentánea aquellos pedruscos, y en ellos muchas caras amigas.

¡Qué angustia! ¡Estar á la vista de ellos, poder oir su voz, y, sin embargo, morir!

A los pocos instantes estaban ya lejos de la escollera. Iban rectamente hacia Nazaret, á perecer en aquel arenal donde tantos barcos estaban enterrados.

Tonet, que parecía amodorrado por los golpes del mar, se reanimó al pasar frente á la escollera. Fué aquello una visión de vida que iluminó su resignada desesperación.

No; él no quería morir, se defendería del mar y de la tempestad mientras pudiese. Entre ahogarse de allí á media hora en el arenal ó despedazarse en la escollera en un intento de salvación, prefería esto. Por algo era el mejor nadador del Cabañal.

Y á gatas, expuesto á ser arrastrado por las olas, llegó hasta una escotilla des-

trozada por los golpes de mar y se hundió en la cala.

El Retor le miraba con desprecio. No estaba arrepentido de su obra. Dios era bueno y le evitaba un crimen. Dentro de unos instantes perecería con el hermano traidor; y en cuanto á la que estaba en tierra, que viviese. ¿Había acaso peor tormento que seguir en el mundo? Ahora conocía él el engaño de la vida. La única verdad era la muerte, que nunca falta ni engaña. Y también era verdad la hipocresía feroz del mar, que calla sumiso, se deja robar por los pescadores, los halaga, haciéndoles creer en su eterna bondad, y después, con un zarpazo hoy y otro mañana, los extermina de generación en generación.

Estas ideas se sucedían en él rápida y desordenadamente, como si la proximidad de la muerte excitase su pensamiento.

Pero al ver que reaparecía Tonet sobre la ruinosa cubierta, profirió una exclamación de sorpresa, incorporándose sobre las movedizas tablas.

Su hermano llevaba en las manos el chaleco salvavidas, aquel regalo de la *siñá* Tona que tenía olvidado en la cala.

Tonet no se inmutó ante la mirada fulgurante y la voz bronca de su hermano.

¿Que á dónde iba? A lanzarse al mar.

Había llegado el momento de ¡sálvese quien pueda! El no quería morir encerrado allí como una rata: creía mejor que le aplastasen las olas sobre la escollera.

El Retor lanzó un horrible juramento.

No; su hermano no saldría de la barca: no intentaría salvarse. Moriría con él, y aún así no lo pagaba todo.

Lo supremo de la situación hacía reaparecer en Tonet el matoncillo de puerto, el perdido incapaz de respetos, y sonreía feroz y despreciativamente mirando á su hermano.

En la actitud de los dos hombres había algo que asustaba más aún que la tempestad.

—*¡Pare!... ¡pare!*—repitió el niño con voz débil, agitándose en sus ligaduras.

Entonces recordó *el Retor* que el muchacho estaba allí; y sombrío, silencioso, soltó el timón. Llevaba en la mano su faca de marinero, y de un solo golpe cortó las ligaduras del muchacho.

—*Tú... el chaleco*—ordenó con voz seca é imperativa á su hermano.

Pero éste le contestó con un ademán indecente, é intentó introducir sus brazos en el armazón de corcho.

¡Canalla! Pascual sentía la necesidad de hablar, de decirlo todo, aunque fuese con pocas y atropelladas palabras. ¿Creía que aún estaba ciego? Lo sabía todo: él

era quien en la noche anterior le había perseguido por las calles del Cabañal cuando salió de dormir con aquella *púa* que estaba en tierra. Si no le mataba era porque iban á morir juntos.

Pero aquel chico, el que él llamaba antes su Pascualet, no era culpable y no debía morir. Tal vez se ahogase; sería lo más seguro; pero como á niño inocente, á él le correspondían las probabilidades de salvación. Pronto... el chaleco, Tonet. Era para su hijo, para el fruto del engaño y de la burla. Ya que era tan canalla, al menos que se acordara de ser padre. A obedecer ó le mataba como un perro.

Pero Tonet sonreía de un modo feroz y le contestaba con cinismo. Tal vez no se engañase Pascualo y aquel chico fuese su hijo; pero la piel propia era lo primero.

E intentó vestirse el salvavidas, pero no tuvo tiempo. Fuése sobre él su hermano, y en aquella cubierta resbaladiza, movible, invadida á cada instante por el mar, sonó un pataleo de lucha y Tonet cayó de espaldas.

Su hermano le había hundido dos veces la faca en un costado. Por fin satisfacía aquella fiebre de destrucción que le animaba desde la noche anterior.

Sin saber casi lo que hacía enfardó al muchacho en el salvavidas, y como

si fuera un saco de lastre, lo arrojó por encima de la popa, viendo como flotaba y desaparecía tras la cresta de una ola.

Ahora á morir como todos los de la familia: á caer como caen los que pretenden subsistir á costa del mar; á ser recogido en la playa como un salivazo de las olas; como recogieron á su padre.

Todo había pasado á bordo de la barca con gran rapidez.

La muchedumbre que estaba en la punta de la escollera veía á *Flor de Mayo* saltando como un ataúd sobre las olas sin dirección alguna, cual un juguete de la tempestad.

Los truenos sonaban cada vez más lejanos: cesaba la lluvia, pero el vendaval seguía soplando furioso y el oleaje era cada vez más fuerte.

Los hombres de mar nada vieron de aquella lucha ocurrida en la barca; el drama quedó ignorado. Pero sí que vieron como *el Retor* arrojaba por la popa un gran fardo que, flotando sobre las revueltas aguas, iba aproximándose á la escollera para estrellarse sobre las rocas.

Poco después sonó el último grito de angustia. *Flor de Mayo* era cogida de costado por una ola enorme y rodaba por algunos instantes con la quilla al aire, desapareciendo por fin.

Las mujeres santiguábanse, mientras

que otras rodeaban á Dolores y Tona, sujetándolas para que no se arrojasen al mar.

Todos adivinaban lo que era aquel objeto que flotaba hacia las rocas.

Era el chico; los marineros le distinguían envuelto en el salvavidas.

Iba á matarse contra los peñascos. La madre y la abuela daban alaridos pidiendo socorro sin saber á quién. ¿No habría una buena alma que salvase al chico?

Un mocetón de buena voluntad, con la cintura amarrada por un calabrote que sostenían sus compañeros, se lanzó valientemente en las rocas bajas, en aquellos escollos submarinos, donde se sostuvo entre las bullentes aguas á costa de fuerza y destreza.

Varias veces chocó el inanimado cuerpecillo con las salientes piedras, arrebatándolo de nuevo el mar entre alaridos de horror, pero por fin el marinero pudo alcanzarlo cuando de nuevo iba á golpear como débil catapulta aquel murallón gigantesco.

¡Pobre Pascualet! Tendido sobre la fangosa plataforma de la escollera, su cara ensangrentada, sus miembros amoratados y fríos, desgarrados por las aristas del rodeno, asomaban por entre el voluminoso salvavidas como las extremidades de una tortuga.

La abuela intentaba reanimar entre sus manos aquella cabecita cuyos ojos se habían cerrado para siempre, y Dolores, arrodillada junto á él, se arañaba el rostro, se mesaba la suelta y hermosa cabellera, mirando fieramente á todas partes con sus ojos dorados.

El lamento de dolor cruzaba incesantemente el espacio.

—¡*Fill meu*!... ¡*fill meu*!

Las mujeres lloraban: Rosario, la esposa despreciada y estéril, conmovíase, y ante la locura de la maternidad herida sentía honda conmiseración, perdonando á su rival.

Y en lo alto, dominándolos á todos, estaba la *tía Picores*, erguida y soberbia como la venganza, indiferente á todos aquellos dolores, con las faldas ondeantes como una bandera que le azotase las piernas.

Ya no enseñaba el puño al mar. Volvíale la espalda con marcado desprecio, pero amenazaba á alguien que estaba tierra adentro, al Miguelete, que allá lejos alzaba su robusta mole sobre la masa de tejados de la ciudad.

Allá estaba el enemigo, el verdadero autor de la catástrofe.

Y el puño de aquella bruja del mar, hinchada y enorme, amenazaba siempre

á la ciudad, mientras su boca vomitaba injurias.

Que viniesen allí todas las zorras que regateaban en la Pescadería. ¿Aún les parecía caro el pescado? A duro tenía que costar la libra.

FIN



